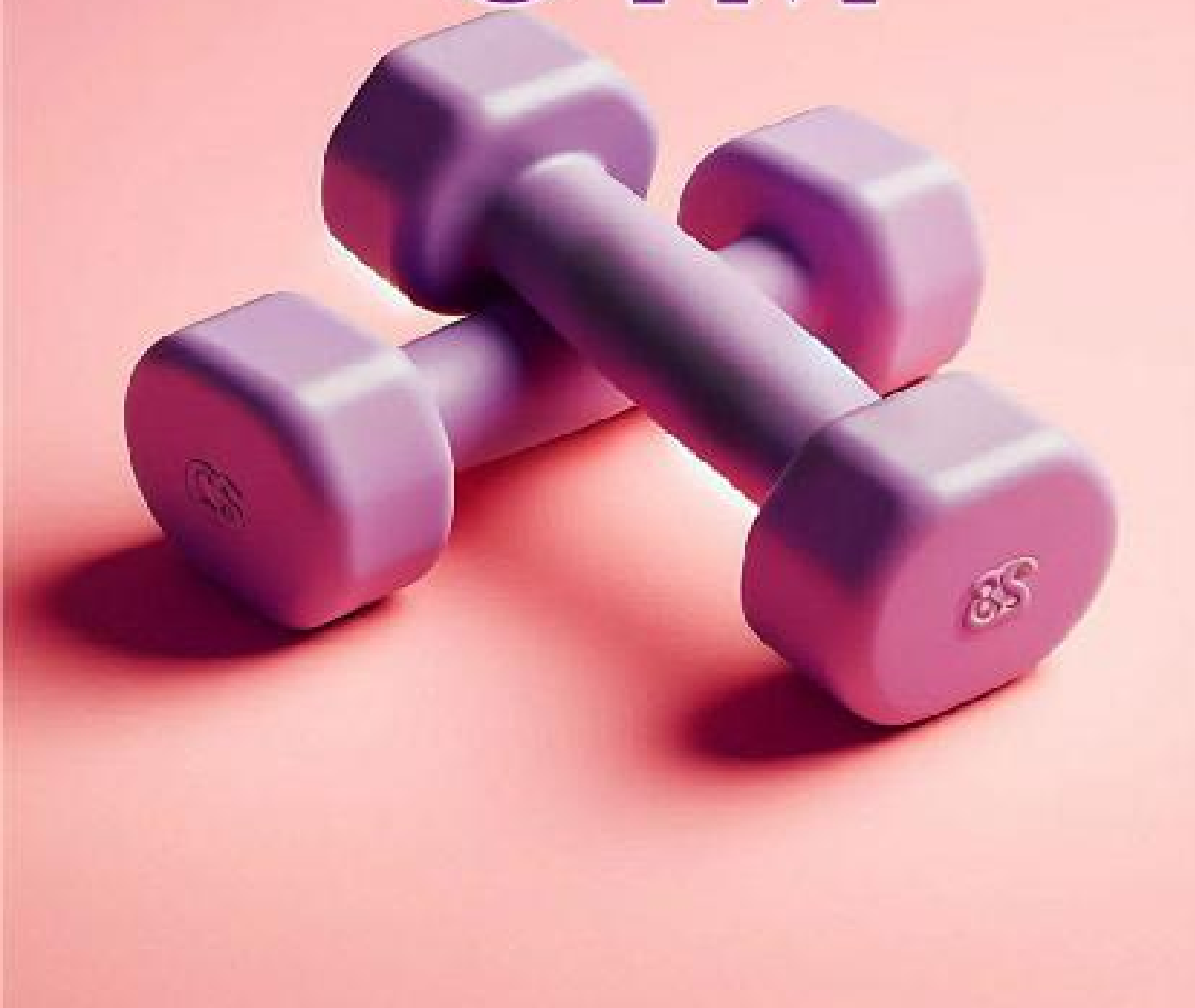
SOFÍA RAQUEL FERNÁNDEZ CASABIANCA

LAS CHICAS DEL GYM



cover

Sofía Raquel Fernández Casabianca

LAS CHICAS DEL GYM

1a Edición — Junio 2024

© SOFÍA RAQUEL FERNÁNDEZ CASABIANCA

LAS CHICAS DEL GYM

Edición al cuidado de la Autora:

SOFÍA RAQUEL FERNÁNDEZ CASABIANCA

Responsabilidad intelectual por los derechos de la presente obra:

SOFÍA RAQUEL FERNÁNDEZ CASABIANCA

Prólogo: OLSVADO OLIVERA

Corrección Ortográfica y de Estilo: DELFINA ACOSTA

ISBN: 978-99989-60-08-4

Diseño y montaje de Tapa: Pedro Delgado

Imágenes generadas en el libro por Inteligencia Artificial

Asunción — Paraguay

Prohibida la reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio, incluyendo el sistema de fotocopias.

Prólogo

Leer «Las Chichas del Gym» es similar a ver un film de Andréi Tarkovski, el director ruso que, en sus largas escenas, describía visualmente la belleza de lo cotidiano, casi como obras de arte. La prosa de Sofía Raquel ha adquirido esa sutileza. Los detalles casi fotográficos de lo que ocurre en el contexto social del gimnasio, donde acuden Tina, Nori, Sil, Marilú y Sole, son historias pequeñas que ocurren en cualquier barrio de Asunción, o de cualquier ciudad. Es como caminar o andar en vehículo, en las intrincadas calles de esta ciudad, donde me animo a decir que, para la autora, es casi lo que significó Aregua para Gabriel Casaccia.

Esa cotidianidad se disfruta en las letras de Casabianca, y puedo dar fe de eso, un proceso en el cual la autora ha madurado en la finura de sus relatos. Lo que ya se leía muy bien en obras anteriores, ahora tiene la belleza de una prosa propia, una rubrica que hace doblemente interesante «Las chichas del gym». Los delicados diálogos en el “grupito de WhatsApp”, la interacción con cosas tan invisibles a lo diario, hacen que el lector pueda encontrar un sinnúmero de cuentos y pequeños relatos, los cuales convergen en la gran historia que envuelve a las protagonistas.

Singularmente, le tengo cariño al relato sobre Serafina Dávalos, al leer Honoria y yo estuvimos juntas hasta la muerte; nuestro compromiso no fue ante un juez, testigos ni ante el altar de la iglesia. Nuestra unión no encuadraba en ninguno de los parámetros ni normas imperantes, no puedo dejar de recordar cuando con Sofía Raquel hablábamos de la brillante tesis, y luego el cruel final de la primera abogada de Paraguay. Serafina merece una reivindicación de toda la sociedad paraguaya. El relato de la autora, bien puede ser el inicio de ese acto de justicia histórica, con una mujer que luchó contra toda la moralidad asuncena de principios del siglo veinte.

Esta novela es un nuevo aporte, a la cada vez más proficua literatura femenina en Paraguay, que desde hace décadas está demostrando ser la bandera de casi toda la literatura paraguaya. Con un número creciente de lectoras y escritoras, no es nuevo ni es una visión parcialista: la literatura femenina es una marca registrada de la actual literatura paraguaya. El lector puede tener la seguridad de que leerá una obra que lo sumergirá en una historia, que puede ser la de cualquier habitante de esta ciudad, o de cualquier otra; el realismo es mágico cuando las descripciones son exactas para imaginarlas.

Osvaldo Olivera

Índice de contenido

Las chicas del gym

Prólogo

El coliseo

Peligro en el gimnasio

Atrapada en la oficina

Rumbo al centro

Inauguración de la Bienal

En el cine

Las noticias

Tiempo de distanciamiento

Nuevo encargo de Tina

La Bobe

Mesie

Primer encuentro presencial

En el quincho de la oficina de Marilú

Plan maléfico

En la lucha

La viuda del golf

Cena en la vereda

El club de bicis

Cumpleaños de Sil en Sanber

El Señor de la noche en Asunción

Kuñá de confianza

Calor de hogar

Sole

Elsa

Tarde de compras

El soldado del portarretratos

Las inocentes tortugas

Paseo a AtyrÁ

¿Sí o no?

Reacción de los lectores de Tina

Ejercicios al aire libre

En el Parque de la Salud

Tina toma un nuevo curso

Asunción

Tina recibe una carta por correo

Atando cabos

Chat de las chicas

La peluquería del barrio

Nenucha

Cambio de color

Corte de luz

La yuyera

Repunte

Una misión y un destino

Nuevas historias para la columna de Tina

La casa verde

Primer borrador

En el Unión Club

Tiempo de celebrar

La historia va tomando forma

Misas y novenas

En la Recoleta

Vuelta al gimnasio

Tina visita la oficina de Marilú

Flechazo en el cementerio

La Tía Ana

El retrato de Serafina

Lanzamiento

La casona

Amigas luminosas

El coliseo

Como todos los días, al despertar, Marilú miró el celular, y apagó la alarma. Lo primero que vio fue el saludo de buenos días de sus amigas del gimnasio. «Las chicas del gym» se llamaba el grupo de WhatsApp cuyo icono tenía como foto de perfil a las cinco chicas del chat, sonrientes, vistiendo coloridas prendas deportivas.

Se habían conocido en el 2018, en el único gimnasio del barrio El Coliseo. El local tenía un enorme cartel en la entrada, con la imagen de dos gladiadores luchando. Había allí todo tipo de aparatos, algunos ya un poco viejos, y otros más nuevos. Era bastante amplio, contaba con estacionamiento para unos cuantos autos. Al ingresar, lo que más impactaba era la decoración con múltiples espejos colgados o adheridos a la pared, de punta a punta, en el gran salón principal. También tenía posters de paisajes de Roma. El efecto rebote de tantos espejos, hacía que los clientes, al ver su propio reflejo, desearan adelgazar o ponerse en forma. En el gimnasio también se daban clases de pilates, zumba, entrenamiento funcional y baile latino. La dueña era una chica de pelito corto, llena de tatuajes, llamada Cristi. Sus padres le habían ayudado económicamente a montar el negocio. Cristi se reveló como una muy buena empresaria.

La clientela estaba conformada por gente bien entrada en años, jóvenes universitarios, oficinistas de la zona, profesionales de mediana edad y amas de casa. Los adultos mayores iban acompañados de alguna persona que los cuidaba, sus máquinas preferidas eran el caminador o la bicicleta estática. Los acompañantes esperaban en un jardincito, donde había algunas mesas con sombrillas y unas pocas sillas. En general, el ambiente era jovial, con música de moda, bien fuerte. Todo el conjunto levantaba el ánimo de los concurrentes.

Las cinco dinámicas chicas, coincidieron en clases de baile latino. Tenían un profesor muy divertido, César D., que insistía siempre en festejar los cumpleaños de sus alumnas. En realidad, cualquier motivo era una excusa válida para reunirse a celebrar. En esos festejos, las chicas comenzaron a charlar, y resultó que todas eran vecinas bastante cercanas. Hubo buena onda entre ellas, enseguida surgió una salida entre las cinco, y así fue como formaron el grupito de WhatsApp.

La primera del grupo se llamaba María Luisa Prieto Meza, pero le decían Marilú. Era abogada y tenía su estudio jurídico muy cerca del gimnasio, que, a la vez, quedaba cerca de su casa. En ocasiones, iba a entrenar antes del trabajo; otras, al mediodía, y, a veces, al concluir la jornada laboral.

Marilú era bajita, trigueña, con un pelo lacio negro, que siempre llevaba largo hasta los hombros. Tenía los ojos negros y era dueña de una mirada que transmitía seguridad. Llevaba una vida muy equilibrada, sus amigas le decían en tono de burla, que parecía un monje negro. No sabían por qué razón, le gustaba el color negro y casi siempre, vestía de ese color.

Se había divorciado hacía unos seis meses. Con su marido había tenido un solo hijo, su amado

Lucas, que estaba estudiando, en Estados Unidos, la carrera de bioquímica. Lucas era el punto de unión entre ambos, y el motivo por el cual sus padres permanecieron juntos tanto tiempo. Inspirado por su abuelo paterno, que fue propietario de un laboratorio, el joven se decidió por la carrera de bioquímica. Era muy aplicado, tenía buenas notas, y todo contribuyó para que la Universidad en Estados Unidos lo aceptara.

Todas en el grupo pensaban que Marilú estaba llevando muy bien el proceso del post divorcio, encarando con optimismo, su nueva vida independiente.

Marilú era inteligente, reservada y prudente, características muy valoradas por ser poco frecuentes. Hablaba lo justo, no contaba nada, a no ser que fuera estrictamente necesario. Una cualidad apreciada por sus amigas, que la tenían por confidente.

Comenzó a frecuentar el gimnasio, por recomendación médica. Su psicóloga, le había dicho que hacer ejercicios, los que fueran, le servirían para despejarse y comenzar con fuerzas la nueva vida que había emprendido.

La segunda de las chicas del grupo era Tina, le decían así desde chiquita. Disfrazaba su nombre, no le gustaba mucho el verdadero: Agustina Peña Duarte. Adoptó la soltería por convicción, ni en sueños se consideraba una solterona; al contrario, con orgullo, sostenía que era la mujer más feliz del mundo viviendo sin pareja, no tenía que rendir cuentas a nadie. Su padre la había consentido toda la vida. Nunca necesitó de nadie más, para tener lo que deseara. Era autosuficiente.

—¡Pero te parece que me hace falta casarme, con todo lo que pasaron mi tía Ana y mamá! ¡Ni en sueños! Si bien papá era muy bueno, mamá le tuvo que bancar varios fatos; ciega nunca fui, tengo muchos recuerdos que reprimí en mi memoria, fui muy mimada por papá y mamá, siempre. Además, ahora tía Ana vive en casa, con la conversación de las dos, tengo material para varios artículos, inclusive libros.

Se refería al hecho de que la única hermana de su papá, tía Ana, se había mudado a vivir a su casa, cuando falleció el papá de Tina. Él había sido el sostén de las tres: de su hermana, de su esposa y de su hija. A Tina le había costado muchísimo superar la ausencia de su padre, quien murió de un infarto masivo. Se puede decir que fue un hombre muy ordenado y considerado con su familia. Dejó todo dispuesto para el momento en que el ya no estuviera en este mundo, su negocio, una imprenta de rango considerable, se manejaba a la perfección con personal de su confianza. El gerente era un primo de Tina, el hijo que nunca tuvo su padre.

Tina era alta, de pelo rubio enrulado, super flaca, a pesar de ser bastante comilona. Tenía los ojos chiquitos y estirados como una chinita, se había puesto delineador definitivo en el contorno de sus ojos verdes. Este detalle favoreció sus facciones, dándole más fuerza a su mirada, pues sus cejas eran claras.

Tina cultivó el entrenamiento físico; además de pilates, hacía aparatos y estaba apuntada en clases de baile latino. El gimnasio la tenía como una de sus mejores clientes, y Cristi la trataba como tal. En síntesis, era la mimada del local, donde pasaba bastante tiempo, dada la cantidad de

disciplinas que practicaba.

En cuanto a su pinta, era un verdadero desastre. No era esclava de la moda. Llevaba siempre ropas cómodas, a veces grandes, pues lo único que le importaba era sentirse bien. Su pelo enrulado lo sujetaba con una coleta, que le daba un aire juvenil, desenfadado, como de alerta, lo cual era perfecto para su profesión de periodista. A veces, en la peluquería del barrio, le hacían shock de queratina o planchita, sobre todo, cuando tenía algún evento.

Le apasionaba su carrera de periodismo. Había terminado la facultad, y su padre le consiguió laburo en una multimedia, o sea, trabajaba en radio y prensa. Bien caradura y con una autoestima a toda prueba, pronto se ganó su lugar entre los periodistas del medio.

La tercera, Nori, en verdad se llamaba Nora Liz Lara Vega; era contadora, estaba casada con Bernardo. Tenían dos hijos. Aborrecía a su marido con toda el alma, pero nunca se animaba a dejarlo. Había intentado de todo por convivir en paz con él, sobre todo por sus hijos, en el fondo, tal vez, por no dejar su zona de confort. El matrimonio había construido un patrimonio económico considerable y todos los bienes eran gananciales.

Nori tenía ojos color miel, de mirada dulce y un poco confundida; en ocasiones miraba con el ceño fruncido, y ponía cara de mala o intransigente, pero en realidad era de una bondad a toda prueba. Tenía el pelo lacio color castaño, que no le gustaba. Por esa razón, siempre se hacía la permanente, y le quedaban unos rulos suaves. Llevaba una melena larga. Era muy cuidadosa con el dinero. Todas la admiraban y siempre le estaban haciendo consultas sobre cómo administrar, invertir o ahorrar. Trabajaba en una institución pública, en el área de contabilidad. Tenía allí un cargo de importancia.

La cuarta de las chicas, se llamaba Silvana Escobar Abente, Sil para las chicas; era una orgullosa y feliz ama de casa, tenía un matrimonio idílico. Todo en su vida era como un sueño, su marido era perfecto, al menos para los demás. Jamás supieron de una pelea entre ellos. Eran padres de dos varones y una nena.

Sil poseía una belleza exótica, tenía el pelo negro ondulado con mechas blancas, salvajemente natural. Casi nunca se maquillaba, ni lo necesitaba. Despertaba paz y plenitud, todo a su lado parecía mágico. Sus ojos, de un color azul violeta (como los de Liz Taylor) transmitían tranquilidad. Era la favorita de todas. Su casa era el centro de reunión preferido de las chicas. Como nunca quería dejar solo a su marido, los cumpleaños, timbas, o lo que fuera, se hacían allí. Además, era una anfitriona perfecta. Su marido, Guille, un empresario exitoso, del rubro del transporte, también tenía en el campo, una cabaña de reproductores; toda la familia era accionista de la empresa. Guille era de lo más amable, saludaba a las chicas, y luego se dirigía directo a su dormitorio, para no molestar, decía. Los hijos ya eran grandes, y, dicho sea de paso, adorables, como sus padres.

La quinta de las chicas era Sole. Su nombre completo era Soledad González Zayas. Era soltera, anhelaba encontrar pareja, pero no tenía suerte.

Decía que necesitaba del gimnasio, hacer ejercicios, justamente para contrarrestar su sedentaria

vida de bibliotecaria. Vivía con su madre y una sobrina, que sufría de un leve retardo mental. Le costaba mucho independizarse, se sentía estancada y sofocada en ese departamento que juntas compartían. Su mal hermano se había desentendido de ellas, les pasaba una pequeña mensualidad, y con eso acallaba el reclamo de su conciencia. No era nada fácil sostener ese escenario vivencial.

Su piel era tan clara como Blancanieves, la del cuento. De pelo negro, oscuro, igual que sus ojos, tenía la capacidad de pasar de una gélida mirada, dura y fría, como un cuchillo filoso, a una mirada alegre y risueña, que siempre le quedaba medio falsa, tipo selfie. Era como si le faltara un condimento indispensable: la sal. Se le notaba una mirada huidiza, a veces misteriosa. Con su actitud, demostraba que te amaba o te odiaba. En el fondo, era buena, y todas las amigas la aceptaban; se habían adaptado a su rara forma de ser.

Peligro en el

gimnasio

Las chicas decidieron salir juntas por primera vez. En esa oportunidad, surgió el comentario de que el año anterior, cuando ellas aún no asistían al gimnasio, había ocurrido allí algo un poco siniestro. La que se enteró del triste caso, fue Tina. En el lapso de seis meses, dos chicas que entrenaban con Cristi murieron en las mismas y extrañas circunstancias. Al vehículo de cada una de ellas, le habían fallado los frenos, y chocaron con una columna, muy cerca del gimnasio, donde había una bajada en forma de curva cerrada y empinada. Cuando ocurrió el segundo accidente, llamó la atención, la extraña coincidencia.

Por ser un tema muy doloroso para Cristi, nadie hablaba de eso. Fue borrado como si nunca hubiera ocurrido, pero, a la vez, flotaba un tufillo en el ambiente. Temiendo que el hecho se repitiera, Cristi contrató a un detective, sin consultar con nadie. Había una persona que despertaba sus sospechas, era mejor prevenir.

El detective se camufló como un cliente más del gimnasio. Y al cabo de unos tres meses, descubrió que el posible responsable de los dos accidentes había sido un hombre, de los más asiduos concurrentes al gimnasio. Llamaba la atención, era un señor de unos cuarenta y cinco años; religiosamente asistía, todos los días a su entrenamiento personal, que realizaba con uno de los ayudantes de Cristi. A ella nunca le había caído en gracia ese hombre, que la saludaba con un guiño cortés todos los días. A Cristi también le molestaba el hecho que se acercara a las más jovencitas. Se sabía su condición de hombre casado, padre de familia y supuestamente muy respetable.

El detective siguió los pasos del hombre, descubrió que tenía un departamento en las inmediaciones del gimnasio; según el conserje del edificio, el sujeto sospechoso solía ir allí acompañado de chicas jóvenes. Cuando el detective le mostró, desde su celular, las fotos de las chicas fallecidas, el conserje las reconoció, y dijo que dejaron de venir, como las demás. Él no se metía en vidas ajenas. Con esos datos, Cristi se animó a hacer la denuncia en la Fiscalía, tratando así de que se hiciera justicia. Por supuesto, antes encaró al individuo, diciéndole que sabía que él era sospechoso y en tal carácter podía ser acusado de homicidio. Por último, le prohibió la entrada al gimnasio. No se supo más si avanzó o no la investigación, pero Cristi creía que había cumplido con su deber.

Atrapada en la

oficina

Marilú recibió al señor Oscar B., un cliente que venía recomendado por Z. Luego de los saludos de rigor, el señor Oscar le refirió que estaba apartado de sus familiares, a raíz de estar en pareja con una persona de su mismo sexo, X, a quien quería proteger económicamente.

Expuso la situación, y preguntó la salida legal factible para que X fuera el heredero de sus bienes, una vez que él ya no estuviera en este mundo. Agregó que se encontraba con problemas judiciales, y que deseaba dejar protegida a su pareja y a la par poner en regla sus bienes. Temía a sus sobrinos, ellos simplemente no entendían el amor que ambos sentían y cuánto contaban el uno con el otro. Sabía que estando tibio su cadáver, entrarían a su departamento a requisar lo que encontraran y no dudarían en echar a su pareja. Siempre lo ninguneaban y le hacían todo tipo de desaires, entre ellos, no invitarlo nunca a eventos familiares, cumpleaños, o fiestas como Navidad y Año Nuevo.

Marilú le aconsejó la manera de no dejar desprotegido a X, sugiriendo varias figuras jurídicas, posibles de aplicar a la situación.

Por fin, casi a las veinte, se despidió el señor Oscar, y Marilú se quedó sola en la oficina.

La casa, donde tenía su oficina, era alquilada, un poco antigua, pero bien conservada. Cuando Marilú se quedaba sola, sentía que la casa quería contarle algo, que le hablaba y nadie le escuchaba. ¿Sería tal vez el fantasma de algún antiguo morador, que había habitado allí?

Juan, el hijo de su prima que trabajaba con ella, también refería que escuchaba voces, pero no entendía lo que decían, y que, en ocasiones, se sentían leves pasos.

Había varios cuadros coloridos, algunos portarretratos y títulos universitarios colgados de las paredes; entre ellos, destacaban los de su abuelo materno, el Dr. Magno Meza, abogado, y el de la famosa abogada Serafina Dávalos, que daban un toque de prestigio y distinción al estudio jurídico.

El día estuvo bastante cargado para Marilú. De mañana había ido al Palacio de Justicia bien temprano; hizo allí varias diligencias. Luego, tomó un café con bizcochuelo en la confitería frente al estacionamiento, donde siempre dejaba su auto. De allí se dirigió a atender a una cliente, la señora Anca, de edad avanzada. La señora Anca era rumana, había quedado viuda tres veces. A Marilú le golpeaba ver los estragos que hacía la vejez en el cuerpo de las personas. La señora rumana, se había encariñado con Marilú. En una de las primeras visitas, le mostró fotos que tenía de sus maridos. En las imágenes, podía observarse a los esposos, y al lado a ella feliz, radiante, bella en su juventud. Con las múltiples visitas obligadas, cada tanto para informarle sobre los casos que le llevaba Marilú, se fueron haciendo amigas.

La señora Anca esperaba siempre a Marilú, con unos ricos bizcochos, y el infaltable vasito de whisky, que acostumbraba a tener en la mano. La saludaba con un abrazo sincero, al tiempo que movía el vaso, haciendo ruido con los hielos. Le mostraba una sonrisa cómplice. En esos agradables encuentros, la señora Anca se explayaba en la conversación, transformándola casi en un monólogo. Compartió así, con Marilú, muchas anécdotas vividas a lo largo de su vida. El padre de la señora Anca, un hombre de muy buena posición económica, le había brindado una excelente educación, que estuvo a cargo de diversos preceptores particulares. La señora Anca era una mujer sumamente culta, poliglota, hablaba nueve idiomas. Años más tarde, esos conocimientos le salvaron la vida cuando, junto con su primer marido, se vio obligada a huir de la ocupación rusa en 1945.

La señora Anca logró posicionarse bien en todos los países donde residió. Primero en la España de Franco, luego en la Argentina de Perón y, por último, en el Paraguay de Stroessner. Era una traductora muy bien recomendada, por ser de absoluta discreción y confianza. Su primer marido murió en Argentina, dejándola sola, a cargo de sus dos hijos. Dueña de una personalidad subyugante, rodeada de un aire misterioso y sofisticado, no estuvo sola mucho tiempo.

Contrajo nupcias por segunda vez, conquistó a un empresario argentino de origen italiano. Pero, al cabo de poco tiempo, tras la caída de Perón, la señora Anca, nuevamente tuvo que mudarse, esta vez a Paraguay, su destino final. Aquí conoció a un inversor alemán. Fue su matrimonio más tranquilo. Él la dejó con una considerable herencia, cuya administración entretenía y hacia más llevadera su vida a la señora Anca. Sus dos hijos fueron a vivir a Estados Unidos, nunca se adaptaron al Paraguay. Ella sí llegó a valorar la paz que se vivía en el país, pero era muy solitaria. Tenía una elegante y señorial casona en el barrio Manorá, donde vivía rodeada de su pequeño séquito, conformado por su jardinero, chofer, mucama y cocinera. No la dejaban nunca. Una vez, preguntó intrigada a Marilú, si existía la amistad en Paraguay; ella le respondió que la amistad y la hospitalidad, junto con la solidaridad, era uno de los mayores tesoros del pueblo paraguayo. La señora Anca miró como extrañada a Marilú.

—Es que no hay mucho de qué hablar con la gente aquí, solo les gusta referirse a la vida de los demás y eso es muy aburrido para mí — respondió con una mirada melancólica.

—Señora Anca, ¿acaso no le gusta la lectura? —le preguntó Marilú.

—Mi hija, se me secan los ojos de tanto leer, fíjate en la inmensa biblioteca que me legó mi difunto marido Peter—dijo a Marilú, al tiempo que señalaba la regia estantería que contenía numerosos libros, cuidadosamente clasificados—. Todo esto, además de las revistas que recibo de París, no logran llenar el vacío que siento.

—Gracias por venir siempre, amiga doctora, me hace bien que me visites — se despidió sonriendo tímidamente. La cita de ese día había terminado. Marilú sabía que debía retirarse.

Al subir al auto y arrancar el motor, Marilú se dio cuenta de que estaba lagrimeando también. Apreciaba mucho a la señora Anca, pero en el fondo, temía terminar la vida sola y triste como ella.

Rumbo al centro

El grupo de chicas había quedado en encontrarse en la inauguración de la Bienal de Asunción, que tendría lugar en el Museo de Arte Sacro. Marilú compartió el flyer de invitación en el grupo de WhatsApp. Aceptaron Tina y Nori, esta última, avisó que no iría a la inauguración, sino directo a Negroni, un roof top, desde donde se veía toda la ciudad de Asunción iluminada hasta el Puente Remanso. Sil se había disculpado pues tenía un compromiso familiar, recibiría gente en su casa esa noche; Sole no había respondido a la invitación, lo cual, últimamente, se había vuelto muy frecuente.

Cuando por fin Marilú dejó su oficina, subió a su auto, y condujo rumbo al centro, cavilando, como siempre lo hacía al manejar; a pesar del intenso y caótico tráfico asunceno en hora pico. Sin que se lo hubiera propuesto, se encontraba en una encrucijada: seguir igual, esperando que las cosas sigan su curso, como una simple espectadora de su aletargada existencia, o tomar las riendas de su vida con protagonismo y un guión estructurado.

Lo segundo requería mucho esfuerzo y una cuota de valentía, no sabía si estaba dispuesta a pagar el precio que implicaba ese salto cuántico.

Orillaba los cincuenta (que las chicas llamaban, los nuevos treinta), ya no era más el tiempo de las excusas. Hizo lo que quiso desde siempre; amada y malcriada por sus padres, probó de todo.

Se había casado con un novio, quien más que de ella; estaba embelesado con lo que Marilú representaba para él: pertenecer a una familia tradicional. Concertaron el casamiento civil con separación de bienes. Todo se fue dando, como un pacto silencioso, donde ambos velaban por sus propios intereses; no había lo que se dice el ánimo societario, mal pudo haber prosperado esa relación. Ella les daría el gusto a sus padres, y él lograría el anhelado ingreso al club social, que, por sus propios medios, no pudo alcanzar. Pero de eso, hacía ya mucho tiempo.

Marilú prendió la radio del auto, escuchó música suave y siguió pensando. Era consciente de que se estaba engañando, dando vueltas sin rumbo. Ocupaba su tiempo en actividades que no le hacían más que pasar el rato, olvidando así su soledad.

Atravesaba esa etapa crítica en la que no soportaba a sus compañeras de colegio, ni a las de la facultad. Esas amigas que parecían haber ganado la lotería, logrando terminar sus carreras, conquistar el éxito en su trabajo y además tener pareja. Era vergonzoso admitir que sentía envidia, un sentimiento muy bajo.

Cuando falleció su padre, le pareció oportuno ir a acompañar a su madre, y, de paso, deshacerse de su marido, como quien no quiere la cosa. Nunca más volvió al departamento de ambos. Él se hacía el desentendido. No le convenía mucho darse por enterado.

Pasado el duelo de unos seis meses que se impuso, se hartó de vivir con su madre, escuchando

sus indirectas sobre las expectativas que tenía en su futuro, y decidió mudarse nuevamente.

Salió de su casa con lo puesto, sin tener nada planeado. Sabía que, si daba la vuelta y miraba a su madre, que llorando le suplicaba que no se fuera, volvería y ya no tendría fuerzas para dejarlo todo atrás. Se sentía libre e independiente por primera vez, había cumplido con todos; ya su hijo, el que ella consideraba su mayor responsabilidad, estaba bien encaminado.

Le había venido como anillo al dedo, el tema del lavado de dinero y la disparada de construcción de edificios en Asunción. Había, además, una gran oferta y demanda de alquileres de propiedades. La ciudad se iba transformando; muchas casas, antes viviendas familiares, se iban convirtiendo en oficinas. Marilú, además de su estudio jurídico, manejaba una pequeña inmobiliaria. Pensó que había acertado en independizarse de su madre. La sociedad con una prima, y uno de los hijos de ella, Juan, estaba marchando sobre ruedas. Justamente Juan, quien les ayudaba con la publicidad, creando contenidos y pautando en las redes sociales, era el que refería escuchar pasos y voces en la oficina cuando estaba solo.

Marilú vivía el día a día, llenaba sus ratos libres con sus amigas; hoy había quedado con dos de ellas en ir juntas a la inauguración de la Bienal Internacional, en el Museo de Arte Sacro.

Con el grupo de chicas del gimnasio, se sentía más a gusto; no sentía la presión que le causaba reunirse con sus antiguas compañeras. Marilú necesitaba apartarse un poco de los conocidos habituales; experimentaba una especie de escrutinio sobre su vida privada, o, tal vez, solo ella se había hecho esa película en la cabeza.

Lo lindo de ese grupo de amigas, era que vivían cerca unas de las otras. Tina, una de las chicas del gimnasio, estaba sin auto; le habían chocado y el taller del seguro estaba tardando muchísimo en entregárselo en condiciones. Nori iría por su cuenta, en Uber, y luego volverían juntas al barrio.

Marilú siguió conduciendo rumbo al centro; como siempre, el tráfico era terrible. Le ilusionaba la idea de ir a un evento cultural, y luego a tomar unos tragos en una terraza. Sintonizó sin querer Radio Amor, cambió rápidamente de estación, la música era muy melosa.

Llamó a Tina por el celular al parar frente al semáforo.

—¡Hola! — contestó con voz acelerada Tina.

—Estoy llegando, bajá ya, mirá que está repesado el tráfico y vamos a llegar tarde — le saludó Marilú.

—Ok— respondió Tina—. Te espero en la esquina de la radio.

Marilú estacionó en doble fila, sobre Andrade esquina O' Higgins, allí le estaba esperando Tina. Por supuesto, un conductor sin paciencia, le tocó unos furibundos bocinazos, una costumbre poco amable, pero lastimosamente, muy frecuente en Asunción. Una vez las dos juntas en el auto, comenzaron a charlar.

—Tuve la visita de un cliente, que tardó mucho en retirarse; su caso era re interesante, pero le tuve que citar para otro día, pues parecía que quería desahogarse, eso lleva tiempo. Por lo menos, creo que gané su confianza.

—Ya sé— dijo Tina con un tono de fastidio, y poniendo los ojos en blanco—. «Secreto profesional», no vas a contar nada más, y yo que quiero saber todo, debe ser muy aburrida tu profesión, todo muy misterioso, nada que ver conmigo. En mi caso es todo lo contrario, si bien no puedo revelar mis fuentes, lo mío es estar actualizada y compartir lo último del momento.

—¡Pero claro! Lo tuyo como periodista se entiende, es la información minuto a minuto.

Marilú se refería al hecho de que Tina trabajaba en una empresa multimedia.

—¿Y cómo fue tu ingreso a los medios? — preguntó Marilú con interés.

Tina le respondió que fue su padre quien le había conseguido el trabajo. A todo esto, el tránsito estaba sumamente lento. El verano iba quedando atrás, cuando Asunción luce más tranquila y se muestra en todo su esplendor. Ya había comenzado el año lectivo, y podía verse más gente por las calles. Si bien hacía calor, el follaje de los chivatos en flor, los jazmines, mangos, árboles de aguacate, las palmeras en algunas veredas conformaban, en conjunto, un lindo paisaje; era como una explosión de la naturaleza, que daba una agradable sensación de estar aún de vacaciones. Era el martes 10 de marzo del 2020. Nadie podía presentir lo que se venía encima. Si bien las chicas habían escuchado hablar del coronavirus, no le habían prestado tanta atención.

El paraguayo se caracteriza por su incredulidad y arrogancia, desconfía de todo, y, no se suele inmutar si le toca de cerca alguna adversidad.

Inauguración

de la Bienal

El local del Museo de Arte Sacro quedaba cerca de la escalinata de Antequera, y eso le hizo confundir las calles a Marilú, finalmente llegaron al local de la inauguración de la Bienal, gracias al GPS.

Luego del canto del Himno Nacional, las palabras de los organizadores y algunos números musicales, surgió, espontáneamente, un baile entre algunas personas del público presente. Ni cortas ni perezosas, Marilú y Tina, fueron de las primeras en saltar a la improvisada pista de baile, donde dieron volteretas como si fueran eximias bailarinas paraguayas; era la confianza que les daba el hecho de practicar baile en el gimnasio. Siguió el brindis con los consabidos bocaditos, vino y otras bebidas.

Se quedaron bastante tiempo, pues había variedad de atracciones, entre ellas, una joven que presentó telas blancas como temática de su exposición. La joven artista plástica, iba susurrando unas palabras al tiempo que, al compás de una música de fondo con tono fantasmal, daba vueltas, armando con las telas blancas, todo tipo de formas. Luego, al terminar, quedaron las piezas armadas, como exposición. Fue todo muy novedoso.

De allí, pasaron al Negroni Downtown, que estaba en la terraza de Unicentro, en ese entonces, solo se llamaba Negroni.

Había una despedida de soltera, y las chicas, que estaban bien alegres, se colaron entre las personas que estaban bailando.

La vista desde allí era simplemente alucinante, podían verse las luces hasta el Puente Remanso. La sobria Asunción lucía iluminada como un arbolito de Navidad, dando la ilusión de ser una gran metrópolis.

Apenas consiguieron lugar en la barra. En eso, se les unió Nori. Como la música sonaba muy fuerte, decidieron pasar al área cerrada, no sin antes tomarse varias selfies, con las luces de la Asunción nocturna de fondo. Luego, cada una subió la foto donde mejor había salido en su estado de Instagram.

Encontraron un lugar cerca de la escalera, y cada una pidió los sushis y tragos de su preferencia.

—¿Qué tal estuvo la inauguración de la bienal? — preguntó Nori. —¡Super genial! — respondieron en coro Marilú y Tina.

—Uf, suerte que pudieron llegar a tiempo— dijo Nori—. Yo tuve que quedarme en casa a terminar la tarea de poner la cena, y hacer un poco de buena letra, antes de salir, o si no me bajan

la caña.

—¿Quién? — preguntó Tina, conocida por no medir sus palabras y lanzar dardos sin filtro—. Si ya tus hijos son todos grandes, terminaron la facultad y todo, lo hacés porque querés.

—Vos no entendés nada, Tina. Hay que guardar las apariencias delante de los chicos.

—Mentira, vos nomás querés, nadie te obliga.

—Bueno, tal vez sea porque yo quiero, para que después Bernardo no me saque nada en cara, por lo menos así salgo con ustedes con la conciencia tranquila.

—Y sí— dijo como al descuido Marilú, quien hacía rato se había dado cuenta de que Nori no era ella, si no justificaba todos y cada uno de sus actos.

—Lo encontré recién a un compañero de facultad en la entrada al baño — dijo Marilú al regresar a la mesa—. Se casó tres veces, pero al parecer no tuvo suerte, y eso que parece tan bueno, encima es churro y platudo, ¿por qué será que no le dura ninguna?, ¡cuánto desperdicio!

—¿Y qué, te dijo algo? ¿Te invitó a bailar? — preguntó Nori.

—No, no, súper respetuoso, es mi colega, nada más. Acá hay de todo, cada una tiene que saber darse su lugar y punto— concluyó Marilú.

—Mamá siempre dice que la relación de pareja se construye cada día, y que algunas personas no tienen paciencia ni vocación para eso; yo soy el vivo ejemplo, perdón por la autorreferencia, no tengo paciencia. ¡Uf! —dijo Tina.

Pidieron la cuenta, se dividieron entre las tres por partes iguales, como siempre hacían, y sortearon a quien le tocaría la factura.

De vuelta en el auto, Nori les avisó que había comprado dos entradas para el cine a la salida de la misa de la parroquia, a beneficio de los seminaristas.

—¿Quién quiere ir conmigo? — preguntó.

—Yo — respondió Marilú. Dicen que es linda la película, y no quiero llegar temprano a casa. Todavía no me acostumbro al silencio de la soledad. Pero antes tengo la misa por una amiga. La que les conté que falleció de cáncer hace un mes. Fue un ángel, y su familia, un tesoro. No pude ir al velorio porque estuve con dengue, ¿recuerdan que les conté?

—¡Claro que sí!, todos en el barrio tuvimos dengue, no sé quién se salvó— recordó Tina.

—Nos encontramos mañana en el cine Itaú del super seis, a las veinte— le recordó Nori a Marilú, al tiempo que bajaba del auto.

—¡Dale! — se despidió Marilú.

Tina hizo un gesto, como tirándole un beso. Después le dijo:

—¡Chau, nenita!

En el cine

Al día siguiente, tal como acordaron, Nori y Marilú se encontraron en la boletería, a la entrada del cine Itaú del Hiperseis.

Habían comprado pororó y gaseosas. La película era como para ser vista en familia.

Nori le contó a Marilú, tal como lo había hecho en reiteradas oportunidades, que deseaba iniciar los trámites de separación de Bernardo, que estaba sobrepasada de la relación enfermiza que ambos sostenían. Pensaba que era mejor dar un paso al costado y que terminaran siendo dos examigos, antes que juntos y enemigos.

Marilú escuchó a Nori con paciencia, pero le explicó que no era nada sencillo el paso que deseaba dar. Que lo pensara mejor.

Nori le respondió que lo había estudiado muchísimo, al punto que se había vuelto una obsesión.

—Razón de más —le respondió Marilú—. Nada bueno puede salir de algo así.

Pero la verdad, era un tema recurrente en cada conversación que sostenía con Nori; tal vez, realmente, era insostenible la relación.

Luego de charlar en torno a otros temas sin trascendencia, al salir del cine, se despidieron en el estacionamiento. Como siempre, prometieron avisar por WhatsApp, la llegada de cada una a sus casas.

Las noticias

Al día siguiente, las chicas, comentaron en el chat, cómo se habían enterado de las noticias sobre el nuevo virus, que parecía ser maléfico.

Fue como apocalíptico. Daba miedo todo ese contexto de algo tan desconocido y peligroso.

Tina, preocupada, comenzó a googlear. Por su parte, Nori empezó a compartir videos de YouTube, sobre todo lo relacionado con el covid. Las chicas empezaron a pasarse recetas de cómo prevenir el mal desconocido. Estaban asustadas, y cada una lo expresó a su manera.

Pasados unos días, comenzaron las estrictas medidas sanitarias que recomendaban el aislamiento.

—Qué loco todo, ¿verdad? — dijo Tina en el chat.

—Chicas, yo temo quedarme sin trabajo, con lo que me costó conseguir mi comisionamiento en la Biblioteca del Congreso; ahora se va a cerrar —se lamentó Sole.

—No temas, Sole, todo se va a cerrar. Seguramente, en breve tiempo, se reabre otra vez la Biblioteca. Todo es incierto, en cuanto a los espacios, pero la vida sigue; a cuidarnos y no dejen de avisar lo que necesiten — les tranquilizó Marilú—. Voy a mudarme con mamá, no la puedo dejar sola en un momento así; su empleada con retiro no puede venir, y ella sola no va a poder con la casa y todo lo demás.

—Tranquilas, chicas, vamos a quedarnos a reposar en nuestras casas, a cuidar de nosotras mismas y de los nuestros. Vivamos un día a la vez. No perdamos el contacto, propongo que el sábado de tarde nos reunamos por videollamada — dijo Sil.

—¡Dale! — respondió Tina. Yo conozco una aplicación, Google meet, pásenme sus correos y van a ver que es mejor que la video llamada. Preparen su merienda para las diecisiete, y nos veremos por las pantallas de nuestros dispositivos, fácil es. En mi caso, no estoy preocupada, creo que este momento marcará un punto de inflexión en mi carrera, me voy a poner a escribir, aprovecharé para inspirarme.

Tiempo de

distanciamiento

Pasadas las dos primeras semanas, las chicas se fueron acostumbrando a quedarse en sus respectivas casas, tal como lo hizo el mundo entero. Fueron días de incertidumbre y reflexión.

Sil tomó la situación como un desafío, se anotó a clases de yoga por zoom, y se volvió experta en implementar nuevas recetas. Le llevaba un buen tiempo la limpieza de la casa, la comida, y todo, lo que nunca hizo, se volvió un placer para ella. El personal doméstico brillaba por su ausencia. Había que usar una especie de salvoconducto para trasladarse hasta el lugar de trabajo. Comenzó una especie de caza de brujas. Los empresarios, como siempre, aprovecharon para reducir el personal, o desvincular a los más antiguos. Fue un tiempo de incertidumbre y reprogramación.

Sole se llamó a silencio, no se presentaba a las reuniones virtuales, solo lo hizo dos veces; las chicas comenzaron a escribirle al privado, un poco preocupadas, ya que vivía sola con su madre, ya bastante mayor, y su sobrina, pero no había nada que hacer. Sole se blindó en sí misma, en un punto; dejaron de insistir. Sil comentó que, un amigo, vecino del edificio de Sole, le contó que se estaban acompañando a su manera. Con las medidas de distanciamiento de por medio.

—Ja, ja, ja, eso sí que es re simpático, mediante el encierro, puede ser que Sole por fin consiga su príncipe azul, Cupido es así.

—No seas mala. Hay que respetarla; cada una es como es— dijo Nori.

A todo esto, ante el incómodo y extraño silencio de Sole, habían formado otro chat, con otro nombre Las Superpoderosas.

Nuevo encargo

de Tina

—¡Chicas! — saludó Tina en el chat. Mi jefe me sorprendió hoy, pues había sido que lee lo que siempre escribo en Facebook, y me dijo que le encantaría que yo aceptara escribir en una columna de la revista femenina que sale los viernes con el diario. Me sugirió que escribiera relatos que parecieran reales, tipo cuentos. ¡Estoy feliz, me van a pagar un adicional! Aprovecho para pedirles que me pasen algunas anécdotas que tengan en la memoria; yo tengo varias, pero pienso que sería lindo compartir nuestros recuerdos de esta manera. Para la primera entrega, elegí una historia real, muy linda y a la vez interesante, que me compartió una amiga que está planeando mudarse a vivir a Israel. Yo frecuentaba mucho su casa en la adolescencia, y recordaba a su abuela, como una fina y bella señora, pero envuelta en un halo de misterio. Le pedí entonces a Karen que me explicara, por qué siempre su abuela les decía, a ella y a sus hermanos: «Hay que irse de este país». A modo de despedida, antes de su partida definitiva del país, mi amiga Karen me compartió unos audios y con ellos armé la primera historia, y de la misma, surgió otra.

Siguió escribiendo Tina:

—Aquí les paso el primer borrador para la revista, debo enviar el material el próximo lunes, no teman decirme qué no les gusta, y que tenga algo que agregar, suprimir o corregir. Se llama La Bobe, el segundo, Mesie. Está en word, pueden abrir sin drama en el celular.

— ¡Qué bueno! — respondió Nori, con lo aburridas que estamos, cualquier cuentito nos va a venir bien. Conste que yo ya tengo los ojos cuadrados de tanta pantalla. Varios emoticones de risa sellaron la aprobación.

La Bobe

Al tiempo que Karen preparaba las maletas donde debía empacar su ropa, y unos pocos recuerdos de toda su vida en Paraguay, al ver la inmensa cantidad de fotos que tenía, decidió digitalizarlas, pues le sería imposible llevarlas todas consigo. Ni bien decidió divorciarse de su esposo, había comenzado el engorroso trámite de la legalización de los papeles que le permitirían ir a Israel, para iniciar una nueva vida, junto con sus hijos. El proceso para que pudiera darse el traslado definitivo, duró tres largos años. Ya con todos los papeles listos, comenzó a empacar lo básico, en seis valijas. Una tarde, cercana ya su partida, me envió, por WhatsApp, varias fotos escaneadas, donde las dos estábamos juntas o con otros compañeros del colegio; varias de las imágenes tenían como fondo su casa.

Entre las fotos, vi una de su abuela a quien ella le decía la Bobe. Yo tenía grabada en mi memoria, a una señora muy fina, discreta, con una leve sonrisa, de cabellos blancos, que vestía elegantemente y siempre llevaba puesto un collar de perlas. Su piel era blanca y no recuerdo que tuviera arrugas. La veía a menudo, porque yo, al igual que otros compañeros de colegio, visitaba continuamente la casa de Karen. Era el sitio preferido, por ser sus padres excelentes anfitriones, y dicho sea de paso, muy cariñosos con todos nosotros. A raíz de las emociones que me despertaron las fotos, le pedí a Karen que, cuando tuviera tiempo, me contara por qué siempre en su casa repetían como una letanía, que había que irse de este país, tal como después lo hicieron sus hermanos y ahora ella.

Unos días después, Karen me envió tres largos audios, y al escucharlos, me parecía ver la historia de la vida de la Bobe. Dejemos hablar a Karen.

Lo primero que me viene a la memoria al recordar a mi Bobe, es mi Zeide (abuelo) Luis Goldberg. La Bobe (abuela) trabajaba como cajera de Botonplast, frente al Hotel Paraná. Los dos eran oriundos de la ciudad de Bialystok, Polonia. La hermana de mi Zeide tenía un castillo de verano. Cuando empezó la Segunda Guerra Mundial, ella le pidió que cuidara de su castillo y al final de la guerra ella pensaba que volvería, pero murió en el campo de concentración. Mi Zeide se llamaba Luis Goldberg y la Bobe se llamaba Sonia Rizikow. Ella se cambió el nombre de Sara (judío) por Sonia para que no le hicieran problemas. Cuando se trasladaron a Asunción, la Bobe le dijo a mi Zeide: «¿Luis, cuando llegamos a Asunción?». Ellos venían de veinte grados bajo cero a cuarenta grados sobre cero, bajo la sombra, mucho calor para los dos. Salieron de una ciudad «moderna» y vinieron a un «pueblo». Dejaron sus bienes atrás y llegaron con sus pocas maletas y lo que tenían puesto. Mi Zeide le respondió: «Ya llegamos, Sonia». La Bobe se puso a llorar. No daba crédito al lugar al que le trajo el Zeide. La verdad, fueron héroes. Lucharon por sobrevivir al genocidio. Vinieron sin proyectos, ya que no tuvieron tiempo de planear nada. Pero a su manera, con la llegada de sus hijas, formaron una familia, salieron adelante, y continuaron con nuestras tradiciones.

—Yo, personalmente, tuve la mejor de las infancias al lado de ellos —continuó Karen—. Los

primos, nos queríamos como hermanos. Hasta ahora, a pesar de la distancia, nos amamos. Recuerdo que, en el taller de mi Zeide, encontramos un libro sobre la Segunda Guerra Mundial, que contenía antiguas fotos de los campos de concentración, y de reliquias de las pertenencias de los prisioneros acumuladas en un depósito enorme (maletas, joyas, anteojos, todo). Le pedimos al Zeide que nos explicara de qué se trataba eso. Pero no pudo. Papá y mamá sí lo hicieron. Mi Bobe nunca fue feliz aquí, y mi Zeide tampoco. Y no podían hablar de lo que había pasado. Era una dolorosa negación.

De los pocos comentarios que recuerdo de mi abuela, mi Bobe Sonia, decía ella que, con mi Zeide Luis, se escaparon de Polonia por el estallido de la Segunda Guerra Mundial; antes se casaron, para así unidos poder huir. Ellos no se conocían. Fue un arreglo de las familias. Para que mi abuela pudiera dejar el país, los padres de mi abuela le pidieron a mi abuelo que se casara con ella. Él era quince años mayor que mi abuela, y, así y todo, se casaron; subieron a un barco y vinieron hasta Paraguay. Tuvieron que aprender a convivir. Sufrieron mucho por el cambio drástico junto con el hecho de perder toda la familia en la guerra, en los campos de concentración.

Mi abuelo hizo dos idas y vueltas más en barco, buscando a sus hermanos, porque él les prometió a sus padres que iba a salvar a sus hermanos, pero el saldo de eso fue: toda la familia de mi abuela murió en el campo de concentración, y de la familia de mi abuelo, pudieron salvarse él y dos hermanos más. Su hermana, un hermano y sus padres perecieron en el campo de concentración.

Tuvieron dos hijas (Pupi y Anita, esta última mamá de Karen). Mi abuelo fue el primer mecánico dental del Paraguay (Luis Goldberg.) Les enseñó a todos los que querían aprender, ad honorem; nunca cobraba por sus enseñanzas, era muy noble, demasiado bueno. Él se reunía mucho con la comunidad rusa acá, porque hablaba un ruso muy lindo. Se reunía siempre con Mesié Morvíl y otros más, a tomar vodka y a bailar Kozachok.

Nosotros, la verdad es que tuvimos una infancia muy linda, inolvidable con mis abuelos, sobre todo con mi abuelo que era muy especial, muy, muy dulce. Una vez le preguntamos a mi abuela, después de mucho tiempo, cuando ya falleció mi abuelo, cómo hizo para vivir tantos años al lado de una persona que se casó con ella por necesidad, y entonces dijo: «Respeto». Que cuando hay respeto, todo es posible; vivieron juntos hasta que él murió, y ella continuó la vida sin él.

—Continúo, Karen, te cuento un poco la historia de la Bobe, la mamá de mamá. Ella fue enfermera en Bialystok, y dejó todo para venir, lo que te puedo decir es que nunca fue feliz. Era una mujer muy exigente, con todo y con todos. Hacía mucha diferencia entre sus hijas, a quienes amaba, pero como siempre, una fue preferida, y se notaba mucho, igual que con sus nietos. Era una mujer de carácter duro, muy fría, a diferencia de mi abuelo, que era una persona a lo mejor fría para demostrar que te quería, pero con la mirada te decía cuánto te amaba. Cuando me veía, se le llenaban de lágrimas los ojos. Él era un sol. Tenía una santa paciencia con sus siete nietos. Nunca hizo diferencia alguna, al contrario, siempre nos quiso a todos por igual. Tuvieron una dura vida los dos acá. No les fue fácil. Cuando la Bobe enviudó, era aún bastante joven, y se vino a vivir con nosotros; tuve que compartir mi cuarto con ella por unos cuantos años. Ese fue uno de

mis máximos martirios, porque estaba en la primaria. Cuando venía Ana Lidia, íbamos a jugar a mi pieza, y la Bobe venía y me decía: «Salgan de acá, quiero descansar», y no me quedaba otra opción, me tenía que ir de la pieza. Eso sí, era muy coqueta, muy coqueta, muy elegante, muy tardona en el baño; cuando ella entraba en el baño “fuiste alpiste”; si querías entrar detrás de ella te quedabas con las ganas, era todo un tema. Siempre estaba de punta en blanco, le gustaba mucho caminar, caminaba desde el barrio Carmelitas, allá de la calle Santa Ana, hasta su trabajo sobre la calle Caballero. No quería que se la llevara, quería caminar, era muy disciplinada con su vida, eso sí hay que destacar.

Ellos recibían cartas de sus padres, sobre todo, de parte de mi Bobe, de la Vivi, todo era prácticamente en santo y seña. Las cartas eran cortas, del siguiente tenor: «Estamos bien». No podían decir mucho, y les obligaban a sacarse fotos, con trajes, todos rellenos, para que no se viera que estaban tan flacos, para disimular y poder decir que estaban bien; pero después cada vez fueron llegando menos cartas, hasta que dejaron de recibirlas.

Terminó así una historia que pudo ser una más de las tantas que ocurrieron en la Segunda Guerra Mundial. Pero este relato, tiene de peculiar que conocí a la protagonista de los hechos, la Bobe Sonia.

Mesie

Estaba paseando con mis compañeras por el patio del colegio, era la hora del recreo largo. Antes habíamos comprado algo de la cantina para tomar de merienda. Recién habíamos pasado a lo que entonces llamábamos la secundaria. Éramos las más jóvenes de aquel grupo, entre adolescentes que deambulaban confundidos y divertidos, intentando ser aceptadas por la tribu. De repente, me entraron ganas de ir al baño, me aparté de mis amigas, y entré corriendo al pasillo de la planta baja.

Con miedo todavía del nuevo edificio de la secundaria, de sopetón, me tropecé con Mesie Eugene Oge de Morvil, el legendario y mítico personaje del colegio. Los alumnos de cursos superiores decían que era un ruso blanco, que había huido de la revolución bolchevique, en 1917.

Temiendo escuchar la potente voz del otrora gimnasta que formó, con férrea disciplina, una pléyade de excelentes atletas que dieron brillo a la historia del deporte nacional, me estremecí de emoción.

En el ocaso de su carrera de educador, Mesie fue nombrado jefe de disciplina. Era sumamente respetado, más bien, temido por la fama que le precedía. Su tono de voz era firme y bien elevado, con un marcado acento extranjero que nunca había perdido. Un cierto aire fascinante lo envolvía.

Pero el temor que en un principio sentí al encontrarlo, dio lugar a la pena. Dolía verlo encorvado y solo en el tenebroso Museo del colegio, que estaba frente al baño.

En clase de Ciencias Naturales, habíamos visitado el lúgubre recinto. Si bien tenía muchos especímenes de aves y animales disecados, al igual que rocas de diversas formas y colores, debidamente descriptos con pequeños rótulos escritos en latín y español; nunca pude olvidar el horror que me produjo ver, por primera vez, un feto humano conservado en líquido dentro de gran frasco de vidrio.

Mesie estaba parado en la entrada del museo, con su elegante traje gris, chaleco negro, corbata a rayas bordó y azul, con su reloj de bolsillo, que le hacían lucir semejante al personaje de las novelas de Agatha Christie, Hércules Poirot.

—¡Hola, Mesie!, ¿qué hace aquí en el museo? — me atreví a preguntar, sin pensar que debía ser al revés.

—Me trasladaron aquí —me respondió lacónicamente—. Me comunicaron que mi antiguo despacho, pasaría a ser sala de profesores, las instalaciones ya no dan abasto. No se les ocurrió una salida más elegante, qué se puede hacer ya, son órdenes y hay que cumplirlas.

No supe qué responder. Solo pensé en la ingratitud por parte de las autoridades de la institución, que lo habían enviado al museo, como un despojo o bulto que molesta.

A pesar de ser solo una chiquilina, yo apreciaba a Mesie, y lo veía como a un amoroso abuelo, igual que a Madame Morvil, su esposa, a quien cariñosamente llamábamos abuela.

Ella había sido mi profesora de Educación para el Hogar en séptimo grado. En una ocasión, le preguntamos qué sentía cuando tantos alumnos la llamábamos así. Sonriendo, con sus ojitos cerrados, nos confesó que no le molestaba, pero sí le hacía gracia cuando los alumnos coreanos le decían abuela.

—¡Mesie, debo ir al baño — me disculpé, al tiempo que entraba al sanitario. No me animé a mirarlo otra vez, me estremecía el corazón, él no merecía que lo trataran así.

Primer encuentro

presencial

Habían pasado varios meses del inicio de la pandemia. Marilú invitó a las chicas a reunirse en el quincho de su oficina, ya que la entrada a la misma reunía los requisitos exigidos por las autoridades sanitarias, y además el espacio era bastante abierto. Les dijo que estuvieran bien tranquilas pues cada una estaría cómodamente sentada en una reposera, con el debido distanciamiento. Las chicas aceptaron, con gusto, porque estaban hartas de estar confinadas, sería un after office.

Un mes antes, fue la celebración del cumpleaños de Nori, modo covid. Las chicas habían ido en caravana, cada una con su auto, hasta la vereda frente a la casa de Nori. Allí le dejaron en el jardín, regalos y unos bocaditos. Las tres tocaron bien fuerte la bocina, traían consigo serpentinas y unos globos de moda con los números plateados: cinco y tres (Nori cumplió 53 años). A Nori le saltaron lágrimas de alegría. Fue muy emotivo y novedoso a la vez.

Por las redes sociales, se podía ver todo tipo de saludos en caravana; novios que se casaron por civil, saludando desde la vereda del registro civil, los noventa años de una abuelita, que desde el garaje de su casa saludaba a sus nietos. Tiempos sombríos y de esperanza, a la vez. La vida continuaba. Cada una tuvo que adaptarse y reinventarse. Algunos decían que la situación era una simple «plandemia» mundial, para migrar a la era absolutamente digital.

En el quincho de la

oficina de Marilú

A las diecinueve, todas llegaron puntualmente, cubiertas con sus respectivos tapabocas. Les abrió el portón eléctrico Marilú, pidiendo que se lavaran bien las manos. Se desinfectaron con alcohol, se miraban entre asustadas y contentas; era la primera vez que se reunían en forma presencial. Llegó la hora de comer, y cada una se sirvió con guantes de plástico, unos cuantos bocaditos en platos personales; todas habían llevado su termo Stanley.

Nori fue a escondidas de su marido. Cada una llevó algo de comer, lo importante era poder compartir. Al final, Sil no fue, pues su marido estaba con síntomas de gripe. Nori contó que estaba al borde de la locura; el encierro le dio contra su marido, el pobre y nunca bien ponderado Bernardo.

—Mal de barco, mal de cabañas, como quieran llamarlo, no lo soporto más.

Fue así como Nori tomó el micrófono y fue explicando, con lujo de detalles, algunos ya un poco incómodos e innecesarios, lo mal que estaba pasando el encierro; pensaba que esta pandemia estaba sacando lo peor de su matrimonio. La reunión le sirvió para hacer catarsis.

En respuesta a la penosa situación que estaba atravesando Nori, Tina y Marilú la animaron. Tina se atrevió a opinar, a pesar de no haber estado casada nunca, que la animadversión que se había desatado en Nori hacia su marido podía deberse a algún cambio hormonal, teniendo en cuenta su menopausia. Marilú también le animó, diciéndole que, si bien la entendía, tal vez la situación fuera simplemente pasajera, y que, si bien no eran amigos, percibía que el marido de Nori era una buena persona. Algo difícil de encontrar en estos tiempos.

—Ánimo, amiga, plagueate con nosotras, pero no lo dejes a tu marido; mirá que la supuesta libertad y tranquilidad de estar sola, no siempre es tal. Ya desearía a veces tener a mi lado a alguien en las noches. Simplemente a quien mirar, o a alguien que escuche mis tonterías. No me arrepiento de haberme divorciado, pero no es tu caso; creo que ustedes como pareja, tienen esperanza.

Las tres comentaron lo rara que estaba Sole, ella alegaba que no se reunía con nadie por miedo a contagiar a su mamá, pero creían que era una excusa pasajera. El primer grupo de chat entre las cinco se había quedado mudo.

Luego se inició una conversación bastante desordenada; las tres se apuraban en tomar la palabra. Estaban super ansiosas por hablar cada una de sí misma.

—¿Y cómo se están arreglando sin ir al gimnasio? — preguntó Tina.

—Yo camino frente a la tele de mi estar, es super entretenido. Me suscribí al canal de una yanqui que tiene millones de seguidores; presenta todo tipo de rutinas para ejercicios de cardio de bajo impacto. Me hace sudar bastante — intervino Marilú.

—Yo hago pilates en la cama, me tranquiliza, y nadie en casa me mira— dijo Nori.

—A mí lo que me está encantando, son mis clases de teatro por Google meet, ¡qué gusto que da! —dijo Marilú —Puedo gritar, decir palabrotas, y nadie se ofende, es como una liberación. El invierno es largo, y los fines de semana se me hacen eternos. Con estas clases, dos veces por semana, más la oficina, me pasa más rápido.

—¿Cómo hacés con la misa? — le preguntó Marilú a Nori, refiriéndose al hecho de que Nori iba a misa casi diariamente antes de la pandemia.

—Y al comienzo, veía por la tele o en YouTube, pero me avisó una amiga que en la parroquia del barrio se podía entrar por el costado, por una puerta que estaba levemente entornada. Allí, sin problema, voy a misa. Es muy triste que cuanto más necesitamos aferrarnos a la fe, no podamos ir a la Iglesia. Lo espiritual es esencial.

—Si es por eso, ahora es cuanto más necesitamos de todo. Por suerte yo estoy haciendo home office, pero ni me quiero imaginar a las mamás que son profesoras y madres a la vez, cómo harán para dar clase y controlar a sus hijos; seguro estarán por volverse locas o ya son santas de altar— dijo Tina—¿Les conté que estoy asistiendo por zoom a un taller de redacción creativa? Me está ayudando mucho con la columna periodística de los viernes, que sale en la revista del diario. Yo, caradura, acepté el nuevo encargo, pero me di cuenta de que me faltan herramientas; feliz estoy, no saben la cantidad de gente conectada que hay. Justo, una de mis tareas es escribir sobre el titular de un diario del siglo pasado, no sé si oyeron hablar de Serafina Dávalos.

—¿Marilú, acaso vos no tenés un portarretratos medio antiguo, colgado aquí en tu oficina, de Serafina Dávalos? — interrogó Nori.

—Sí— respondió Marilú. De ella y de mi abuelo, ambos fueron abogados, más o menos en la misma época.

—¿Quieren que les lea el artículo del diario? — preguntó insistente Tina. Lo tengo aquí en el celular.

Tina les mostró la captura de pantalla del artículo en cuestión. El titular hablaba del trágico final de la gran luchadora feminista.

Podía verse que era un extracto de la publicación del diario El País del 19 de octubre de 1959.

De por sí, el encabezado invitaba a sumergirse en la historia, casi desconocida para gran parte de la población paraguaya. Se refería en el encabezado, a que Serafina Dávalos había sido la primera mujer abogada del país.

Lo más resaltante del escandaloso y triste artículo, era el hecho de que refería a su excompañera

como responsable del despojo de todos sus bienes.

Ese comentario, además de penoso, abría un abanico importante de suposiciones.

¿Excompañera? Más bien sonaba a expareja.

Se añadía que la tumba de la primera abogada paraguaya, hasta la fecha, no había podido ser encontrada.

Luego se observaba un dibujo, que pretendía ser el retrato de la luchadora feminista, según un dibujante del diario Última Hora, que decía ser Enzo Pertile. Firmaba la nota el conocido periodista Andrés Colmán Gutiérrez.

Seguía después, una serie de interrogantes sobre cómo una mujer que peleaba con tanta valentía e inteligencia a favor de los derechos de las mujeres no pudo protegerse a sí misma de los prejuicios de una sociedad patriarcal e intolerante, ni tampoco de la traición de una persona a quien había amado, y depositado en ella toda su confianza.

El periodista se seguía preguntando cómo Serafina, pudo haber tenido una brillante vida académica y a la vez haber muerto en un obscuro ostracismo, abandonada a su suerte.

Ella, que había sido una pionera del feminismo y primera mujer miembro del Superior Tribunal de Justicia en 1908.

Proseguía diciendo el cronista, que el historiador Fabián Chamorro, descubrió detalles de una querella presentada ante la Justicia por Nicasio Adriano Dávalos, sobrino de Serafina, contra la Señora Honoria Barilán, exsecretaria y compañera sentimental de tan ilustre abogada. En el escrito de inicio de la demanda, acusaba a Honoria de haberle provocado la muerte de manera intencional, pues le negó alimentos, sometiéndola a maltratos, que tenían como objetivo menoscabar su integridad para luego despojarla de sus bienes materiales.

Parecía poco probable que la otrora eminente jurista, hubiera caído víctima de su antigua amiga y compañera de confianza. Pero el artículo, demostraba que el sobrino estaba empeñado en echar la culpa de la muerte de su tía Serafina a Honoria.

Relataba el diario, que, en el mes de setiembre de 1957, una mujer de aspecto extraño había llegado hasta el Sanatorio Leriche, ubicado en el Mercado 4 de la ciudad de Asunción, en la esquina de las calles Perú y Ana Díaz. La mujer había dicho que venía a pedir medicamentos para una enferma que carecía de recursos.

En la oportunidad, se encontraba de guardia el doctor Óscar Acuña Torres. El mismo le explicó a la mujer, que le era imposible recetar ningún medicamento sin ver a la enferma. Ante la imposibilidad de llevar medicamentos y la insistencia del doctor, la mujer lo condujo a una vivienda sobre la Avenida José Gaspar Rodríguez de Francia.

Seguía la crónica, que grande había sido la sorpresa del facultativo, cuando al ingresar a la humilde vivienda, se vio ante un cuadro siniestro. La mujer que yacía en un tosco catre de lona,

sin siquiera un colchón, era de avanzada edad, y presentaba a simple vista, un severo cuadro de desnutrición, que el doctor comprobó al revisarla, al tiempo que reconocía en su improvisada paciente, a la abogada Serafina Dávalos.

Quien había ido al sanatorio solicitando medicamentos y auxilio, no era otra que la secretaria y «dama de compañía» de Serafina.

Con los años, el doctor Acuña Torrés declaró ante un Juzgado, que le fue imposible curar a la abogada, pues su organismo estaba muy deteriorado, y que la misma falleció el 27 de setiembre de 1957.

En la acusación que hizo el abogado Nicasio Dávalos, hijo de un hermano de Serafina, presentó querella contra Honoria Barilán ante el Juzgado de Primera Instancia en lo Criminal de Asunción, a cargo del juez Ernesto Giménez; culpó a la misma de haber causado a su tía una muerte lenta y horrorosa.

En el relato sostenía que, si bien Honoria Barilán vivía con Serafina Dávalos desde 1915, como “dama de compañía», pasados los años, Honoria pasó a ejercer sobre su tía, una nefasta influencia encaminada a quedarse con toda su fortuna.

Como prueba se señalaba que la exsecretaria, refiriéndose siempre a la Señora Honoria Barilán, había logrado que Serafina la nombrara su heredera universal; el Palacete en que vivían, sobre la calle Herrera casi Tacuarí, pasó a nombre de Honoria Barilán, y esta luego lo vendió al Estado, como así también, procedió a vender los coches de la abogada y un establecimiento ganadero en Itacurubí de la Cordillera.

El expediente era extenso y sin dictamen aún.

Nori frunció el ceño, como si le interesara mucho el tema, y en su mente se desataron una serie de interrogantes. ¿Cómo la famosa jurista, reconocida por toda la sociedad e inclusive en el extranjero, que había aportado muchísimo al feminismo de principios del siglo pasado, había muerto prácticamente en la indigencia y de inanición? Nori dijo que quería saber cómo había sido verdaderamente su final.

—Tina, lo que yo pienso es que sería súper interesante que vos pudieras investigar, ya que tenés acceso directo a mucho material en el diario de la multimedia, qué fue lo que en realidad pasó con Serafina, por qué terminó así tan mal. La inanición, de qué pudo haberse tratado el caso; a mí sinceramente me llama mucho la atención y no sé desde dónde podés arrancar— dijo Nori—. Es más, recuerdo que Sil había dicho que conocía a una descendiente de Serafina Dávalos, creo que hubo un lío muy grande, o sea, hay como un vacío, un buraco como dirían los rapai.

—Si bien su vida pública había tenido mucha notoriedad, su vida privada, ella se la guardaba celosamente; vivió lo que se llama una especie de exilio interior, eso es lo que escuché, que se fue aislando cada vez más de sus familiares. Pero, pónganse a pensar, a ellas les tocó vivir una época en que las relaciones de personas del mismo sexo resultaban aún inconfesables. Huele raro ese artículo —insistió Nori intrigada.

—¡Ya sé! — agregó Marilú—. También te pueden ayudar, las asociadas de la ONG Arya.

—Sí, creo que va a ser un buen texto periodístico para la revista del diario. Me vendría bien una historia así, que revele aspectos desconocidos de su vida, o por lo menos no ventilados. Más bien, creo se me instaló la incógnita en la cabeza.

—Quién sabe qué problema sentimental tuvieron las dos — dijo Nori—. Difícil ya es con un marido como el mío, qué será con una pareja del mismo sexo, mucho mambo, sobre todo en esta sociedad, y en esa época. Si hubiese sido hoy, no hubiera revestido mayor importancia. Pero insisto, tuvo que ser algo bastante chocante y raro para la Asunción de entonces.

—No digas así, Nori— le persuadió Marilú—. Aunque yo me haya divorciado, no a todos las demás les fue mal. Yo creo en la institución del matrimonio. Problemas de relacionamiento siempre hay, y a los que dicen que no tienen problemas, yo personalmente, no les creo. Hay que recordar también que ahora tenemos la suerte de salir a compartir, solteras, viudas, divorciadas, y cada una lleva lo mejor que puede su vida. Creo que en realidad nos tocó vivir una época de privilegios. Otras fueron las que nos allanaron el camino para que ahora pudiéramos votar, ejercer todo tipo de profesiones y administrar nuestros propios bienes. Ahora parece todo fácil, pero algunas mujeres tuvieron que dar la vida para alcanzar esos privilegios, entonces impensables para una mujer.

—A todo esto, chicas, al llegar a casa, les comparto mi próximo cuento, que escribí para la columna. Esperando mi turno en el banco, a pesar de las restricciones, estaban dos chicas, hablando cerca, y no pude evitar escuchar. Las primeras dos entregas: La Bobe y Mesie, tuvieron buena aceptación — dijo Tina, con una ilusionada sonrisa en el rostro.

Siguieron hablando de temas diversos, hasta las veintitrés, entonces comenzaron a acomodar todo lo que habían usado, y se fueron despidiendo. La calle lucía desolada. Y hasta daba un poco de miedo.

Plan maléfico

Hay días que parece nunca van a terminar, no pasa la hora, hagas lo que hagas. Esa mañana, yo debía retirar mi chequera personalmente.

El Banco estaba atiborrado de gente. Intente elegir un lugar cómodo y lejos del guardia, para así para poder darle un vistazo a mis redes sociales, o ponerme al día con mi agenda.

Logré mi objetivo. Pero al rato nomás, dos mujeres de mediana edad se sentaron frente a mí.

Una de ellas acudió a uno de los boxes, donde la aguardaba un oficial.

Volvió al rato, muy ofuscada. —Neneco me bloqueó la cuenta. Es un desgraciado, poco hombre. No fue capaz de avisarme.

Me llamó la atención el tono de voz lleno de rabia de la mujer.

En eso veo que se pone a llorar y que la amiga la abraza y comienza a consolarla acariciándole el pelo. Era un poco incomodo.

— Te avisé que esto iba a pasar.

—Decile de una vez que vas a dejarle. Vas a tener que demandarle. Mucha plata ya ganó en la empresa de tu papá—dijo la amiga.

—Yo no tengo fuerzas, él me domina con la mirada, no soy fuerte como vos que saliste adelante sola, siempre dependí de mi papá y ahora de Neneco. Por eso yo te admiro Lidia; estoy segura de que vos podrías hacer frente a la situación. Pero yo no puedo.

—Dejá a mi cargo, se me acaba de ocurrir un plan, estoy segura de que va a funcionar— concluyó Lidia con una mirada maléfica.

Daba la impresión de que Lidia había tomado el control absoluto de la vida de su débil amiga. No pude conocer el plan maléfico, pues mi oficial me llamó con una sonrisa para entregarme la chequera que yo había ido a buscar al banco.

Corrí hasta el box que me correspondía. En eso miré nuevamente a las amigas. Hubiera deseado escuchar el plan de Lidia, pero me esperaba una jornada llena de actividades, y como el cielo lucía nublado, yo tenía prisa por llegar a mi oficina, antes de que se largara la tormenta.

En la lucha

Sil había avisado en el chat de las superpoderosas, que su marido tenía timba con su grupo de póquer. Como estaría sola en la casa, invitó a las chicas del grupo, a tomar champaña en el borde de la piscina de su casa. Les dijo que pedirían algo para comer por delivery.

En esa oportunidad, todas asistieron. Ya había pasado el primer año, y la novedad de la «plandemia» se había ido diluyendo, es más, se mencionaba que estaban por llegar las vacunas, y a la vez, muchas personas comenzaron a viajar a los Estados Unidos, en el marco de un fenómeno que dio en llamarse «Turismo de vacunas».

Sil dijo que ella no se pondría ninguna vacuna. Estaba convencida de que todo era un negociado planeado por las potencias y multinacionales. Agregando que era todo muy experimental para exponerse como conejillo de indias.

—Pero mucha gente sigue muriendo, Sil— le increpó Nori—. ¿Cómo vas a sostener que no debemos vacunarnos? ¿Acaso a nuestros hijos, al nacer, no le ponen la Sabin, BCG y otras más, sin preguntarles nada? ¡No seas retrógrada, me extraña de vos!

La noche estaba bien clara, iluminada por la luz de la luna que se reflejaba en el agua de la piscina. Corría una suave brisa entre los árboles del patio. Si bien seguían cuidándose con el tema del distanciamiento, ya todo era más relajado. Marilú comentó que, durante la pandemia, se reencontró por las redes sociales con una antigua compañera de colegio que se había casado con un diplomático norteamericano, y que le había invitado a ir a vacunarse a Estados Unidos.

—¿Y vas a ir? — le interrogó Nori—. ¿Le vas a dejar a tu mamá?

—Y sí, después de todo este tiempo viviendo juntas, ya estoy más tranquila, las dos buscamos nuestro espacio. Mamá está bien. No temo dejarla sola, sabe manejarse de manera independiente, lo cual no deja de sorprenderme. Yo había pensado que después de la muerte de papá quedaría devastada, pero no fue así— dijo Marilú—. Además, creo que están dadas las condiciones para encontrarme con mi hijo. No pensé que lo extrañaría tanto. Le está yendo de maravillas, estoy orgullosa de sus logros. Es tan cariñoso. Casi a diario hablábamos por video llamada, me impresiona su madurez.

—Y vos le hiciste así, siempre comentás que fuiste exigente con él -comentó Nori.

—Sí, es verdad—respondió Marilú.

—Y bueno, nenita, si ya decidiste ir a Estados Unidos a ponerte la vacuna, a encontrarte con tu hijo y con tu amiga de la juventud, nadie te va a detener, ¿verdad, chicas? — dijo riendo Sil. Todas terminaron riendo a carcajadas.

—Hey, este ambiente tan cool me recuerda una anécdota que me había contado una amiga, cuyo marido era golfista. Voy a ver si me sale una historia para la columna. A todo esto, gracias por las sugerencias que siempre me hacen en privado — dijo Tina, refiriéndose al hecho de que las chicas se habían convertido en expertas dando consejos sobre sinónimos, antónimos, o diversas palabras con las cuales mejorar sus escritos para la columna del diario.

—Yo creo que ya no nos necesitas como lectoras beta, mejoraste mucho tu escritura, fluye, da gusto. Pero no dejes de enviarnos los cuentos, son super entretenidos—concluyó Sil, al tiempo que alzaba la copa recién cargada con champaña.

—¡Salud, chicas! ¡Seguimos en la lucha!

La viuda del golf

Nicole se sentía aburrida, sabía que le esperaba otra interminable tarde de sábado. Sus hijos ya tenían sus planes, y ella se había quedado sola en la casa, sin ningún programa a la puerta. En esos casos, iba al lado, a lo de su vecina Paula, para matar el tiempo, mientras Eduardo, su marido, jugaba al golf. Como luego de terminar el partido, él se quedaba en el hoyo 19 a festejar la victoria o morder el polvo de la derrota, Nicole daba vueltas por la casa, buscando qué arreglar. Luego, cansada de leer un libro o ver alguna película, más o menos a la hora de la merienda, iba a visitar a su vecina de la casa de al lado. Llevaba algo para compartir, y charlando de bueyes perdidos, las dos se acompañaban.

Su vecina Paula también pasaba sola largas horas; su única hija siempre estaba fuera de la casa, por el trabajo o por la facultad. Y su marido, también parecía ser un hombre inquieto. Paula le decía que a ella no le importaba lo que él hiciera, pues la mantenía como a una reina, es más, Paula había dejado de amarlo desde hacía mucho tiempo. Tenían un pacto de «hacé nomás lo que quieras».

Nicole y Paula se conocieron y se hicieron amigas a través de sus hijos, que eran compañeros de colegio y amigos del fútbol. Solo con Paula, Nicole se animaba a descargarse, sin temor a ser juzgada. Le daba vergüenza admitir ante su familia y sus demás amigas, todo el rencor que sentía hacia su marido, y no encontraba la manera de canalizarlo.

Para Nicole, esas escapaditas a la casa de su vecina, cuando su marido iba al club a jugar golf, eran una especie de consuelo. La vida de Nicole se dividía entre la casa y la chofereada de los chicos, parecía un poco vacía, o eso era lo que ella sentía entonces en realidad. Se había vuelto, lo que siempre había escuchado decir a las esposas de los golfistas mayores: una viuda del golf.

Las dos vecinas esperaban con ilusión que llegara el sábado, un tiempo para hablar hasta por los codos. Picaban algo y a veces tomaban Aperol. Al final, Nicole casi siempre volvía a casa más tarde que Eduardo. Entonces, él se enojaba y le cerraba con llave la puerta del frente. Ella se ingeniaba para que él no la escuchara, y entraba a la casa, por la ventana de blindex del estar, que, a propósito, antes de salir, dejaba sin seguro. Pero a la mañana siguiente, él le hacía comentarios desagradables. Nicole callaba, tenía mucho que responderle, pero prefería no hacerlo. Llegó a llamarla ¡borracha!, eso ya fue el colmo. Marcó el inicio del fin.

—¡Podrida estoy! Yo le pedí a papá que le asocie al club. Después, mi papá también le «prestó» plata para su postgrado en Estados Unidos. Le presenté a todas mis amigas y a sus parejas. Cuando se sintió seguro en mi mundo, se apropió de él y me desplazó. Ahora yo soy su apéndice. No estoy dispuesta a seguir viviendo bajo su sombra, me convertí en «su esposa», y en realidad es lo contrario: él es «mi esposo»— dijo Nicole.

—Mirá, tenés dos caminos: aguantar, o decidir empoderarte y tomar el protagonismo de tu vida. Tenés dos títulos colgados de adorno. Vos también te dejaste estar y permitiste que se instalara

esta situación en tu vida —respondió Paula tranquila.

—No, creo que ya es tarde, se volvió violento. Le tengo miedo. Me gritó feo la otra vez que llegué cuando él ya se había dormido. Para más fue delante de los chicos — se lamentó Nicole.

—¡Vos estás loca! No podés permitir que encima te falte así al respeto. Reaccioná, o esto va a empeorar—le animó, con una voz cautelosa, Paula.

Llegó el sábado, y Nicole no apareció por lo de Paula. La llamó por teléfono, pero nada. Se acercó al frente de la casa, vio que estaba la camioneta de Nicole, mas no la de Eduardo. Entonces, Paula se animó y tocó el timbre con insistencia. Se acercó a la puerta, y la golpeó fuertemente. Lentamente, la puerta de la casa se abrió; Nicole sujetaba el picaporte de la puerta con la mano izquierda, y con la derecha, intentaba taparse el ojo amoratado.

—¡Te dije que se iba a poner peor! — dijo en voz alta Paula, al tiempo que ingresaba a la casa para ayudar a Nicole.

Cena en la vereda

Las chicas quedaron en ir a cenar a una tranquila pizzería del barrio, que tenía mesas y sillas en la vereda. Ya todos lucían más tranquilos, pues la gran mayoría se había vacunado contra el covid.

La reunión era para dar la bienvenida a Marilú, quien trajo recuerdos de su viaje a Estados Unidos para cada una de las chicas, y una cantidad de anécdotas del viaje en avión en tiempos del covid.

Marilú les contó lo bien que le habían recibido su compañera de colegio y el marido de esta. No conocía la ciudad ni sus alrededores, nunca había estado en el estado de Texas. Reconoció que tuvo la suerte de tener unos anfitriones de lujo; la trataron muy bien y le hicieron recorrer muchísimo. Además, lo más importante, había encontrado muy bien adaptado a su hijo, en Miami; pasaron juntos momentos entrañables. Fue un viaje que le devolvió la esperanza en la vida.

Al tiempo que Marilú fue a Estados Unidos, llegaron a Paraguay las esperadas vacunas para toda la población, que acudió en masa a los centros habilitados para recibir la primera dosis. En las redes sociales, las personas subían las fotos del momento en el cual les estaban aplicando las vacunas. Las noticias aún seguían informando de cifras muy altas de fallecidos.

En la pizzería del barrio a donde habían ido las chicas, las mesas estaban dispuestas en la vereda. Muchos locales del centro, que habían tenido que cerrar las puertas a sus clientes, implementaron esa modalidad para volver a funcionar. Era novedoso, pero triste a la vez, pues los negocios que trabajaban legalmente, emitiendo factura y pagando a su personal, sufrían el rigor del control. Surgieron infinidad de emprendedores en el rubro gastronómico. Los repartidores no daban abasto. Lastimosamente, muchos negocios de nivel medio, quebraron y tuvieron que cerrarse definitivamente.

Las amigas pidieron tres pizzas de diferentes sabores, y mientras comían, iban comentando las novedades de cada una en su vida. Sil había recibido la primera invitación a una boda, en formato digital. Sería algo íntimo, por las medidas sanitarias. Sin embargo, comentó Sil, trascendió por las redes sociales, un gran número de bodas con muchos invitados. Se comentaba también, dijo Tina, que, en las quintas familiares del interior del país, los jóvenes contrataban algunos disjockey y se celebraban grandes fiestas, protegidas por la policía del lugar. La corrupción en Paraguay es endémica, si hay una ley, el paraguayo busca pronto cómo romperla. Había sido así, desde tiempos de la conquista de los españoles. Y a pesar de los controles, seguía todo igual o peor.

—Chicas: vi de todo en los aeropuertos, estuve en cuatro, en un lapso de menos de veinticuatro horas hasta llegar a mi destino, y lo mismo a la vuelta. Parecía estar en una galería de espejos, así como yo los veía raros a ellos, seguro así también me veían ellos a mí. Me sentí racista en un

punto, no sé por qué me llamaba tanto la atención, la diversidad de razas; creo que es porque en Paraguay, somos tan pocos—se lamentó Marilú.

—Yo tengo una anécdota que compartir contigo, le comenté a una amiga de tu columna, y me dijo que le encantaría que saliera allí su historia de amor— agregó Nori—. Es super romántica, creo que te va a gustar; había visto una vez una pareja de buzos que se casaron sumergidos en el mar, y este relato, no es tan rebuscado como una boda en las profundidades del mar, pero tiene su encanto; podría decirse que se trata de un romance sobre dos ruedas.

—Creo que, a este paso, les voy a tener que compartir mis ganancias— terminó riendo Tina.

El club de bicis

Nadia estaba sintiéndose pesada e incómoda con unos kilitos de más, llevaba una vida sedentaria de oficinista, lo cual le impedía ejercitarse como ella hubiese deseado. Vio en el Facebook el anuncio de un grupo de ciclistas que se reunían en la costanera de Asunción, el flyer informaba además que se alquilaban bicicletas todos los fines de semana; pensó que era justo lo que estaba buscando.

El primer sábado de tarde que fue a la costanera, se vistió lo más atractiva que pudo, con un ciclista negro y una remera amarilla; pronto divisó las bicicletas y algunas personas reunidas en torno a un hombre que parecía ser el jefe del grupo.

Se acercó tímidamente, pero resuelta a la vez. Se dirigió al hombre que parecía ser el encargado general.

—Hola, soy Nadia, vi el anuncio en el Facebook, quiero inscribirme en el club.

—Qué tal, soy Hugo, el encargado, bienvenida. Llevás los colores de mi club, con eso nomás ya me caés bien.

Este saludo en apariencia intrascendente fue el inicio de fines de semana alucinantes, en los cuales Nadia se sentía volar en las nubes de la felicidad. Los viernes de noche, al llegar a su casa de la oficina, ya preparaba el atuendo para los paseos del fin de semana en bicicleta.

Hugo siempre iba al final del grupo, alentando a los nuevos o rezagados. Los paseos se iniciaban en distintos puntos de Asunción, Gran Asunción, Lambaré, Villa Elisa o San Lorenzo, y tomaban distintas rutas.

Nadia enseguida tomó ritmo, pero, por estar cerca de Hugo, siempre decía que le costaba mucho pedalear al ritmo de los demás; era una simple excusa.

Una tarde entre semana, Nadia quedó en tomar un café con su amiga Roxy, luego de salir de la oficina.

—Nadia, estás espléndida, super flaca y con los ojos brillantes, amiga, contame ya nomás, soy toda oídos — le dijo Roxy al saludarla.

—No, es nomás que estoy andando en bicicleta todos los fines de semana con un grupo del club de ciclistas de la Costanera de Asunción —respondió Nadia.

—¿Y es gratis? — le preguntó Roxy.

—No, pago cincuenta mil guaraníes la hora por el alquiler de la bici— dijo Nadia con cierto temor.

—¿Y cuántas veces al mes se reúnen a bicicletear? — volvió a la carga Roxy, ya con un tono medio de burla.

—Todos los fines de semana — dijo Nadia sonriendo pícaramente.

—¡Pero ya te hubieses comprado unas dos bicicletas de alta gama con todo lo que pagaste! ¿O hay algo más? — insistió Roxy, tal una inquisidora.

—No pienso comprarme una bici para andar sola, me encanta el grupo, me siento feliz, y eso no tiene precio — concluyó Nadia, al tiempo que terminaba su café y pedía la cuenta al mozo de la confitería.

Roxy la miró con tono de desconfianza, pero se guardó sus comentarios.

El grupo del club de las bicis, eligió como próximo destino un paseo al Parque de la Salud. Era de noche, todos estaban munidos de sus equipos, luces, bicis, chalecos reflectivos, cascos. Llegaron al punto de destino, se tomaron fotos, como lo hacían siempre. Era la hora de la vuelta. En esta oportunidad Hugo iba detrás del grupo como escolta, en una camioneta, a la cual le llamaban escoba, pues iba rescatando a los rezagados que ya no daban más, o velando por algún accidentado. Era un importante apoyo logístico, también llevaba agua.

Como Nadia ya se sentía toda una ciclista profesional, en una bajada, siguió pedaleando a toda velocidad y agarró una lomada; al darse cuenta, intentó frenar, pero eso hizo que vuele y aterrice en el asfalto sobre su brazo derecho. Resultó con varias lastimaduras y una fractura de muñeca, el susto de su vida. Hugo la auxilió en forma inmediata, tal como era su función. Alzó la bici (que era luego suya) a la camioneta, subió a Nadia y la condujo al Hospital. Fue tragicómico pues Nadia estaba medio desfigurada por los golpes que recibió en la caída. Las enfermeras se alertaron pensando que fue un caso de violencia doméstica, pero Nadia las tranquilizó, explicándoles que había sido un accidente con la bici y que podía demostrarlo con testigos.

Hugo se ofreció a quedarse esa noche con Nadia para cuidarla, ella accedió pues vivía sola. Sin darse cuenta, pasado un tiempo, esos cuidados se convirtieron en convivencia, ambos estaban perdidamente enamorados.

Seis meses después del accidente de bici, Roxy recibió la invitación al casamiento de Nadia con Hugo. La tarjeta indicaba que la boda sería a las once horas del domingo catorce de febrero próximo, en la Catedral Metropolitana de Asunción, y que la fiesta sería después de la ceremonia religiosa, en la costanera.

Roxy fue sola al casamiento. Los novios salieron en bicicleta de la iglesia, y seguidos por sus amigos del club de ciclismo, se dirigieron a una carpa blanca en la costanera, allí se celebró la fiesta cargada de amor y sencillez. Cuando Roxy se acercó a felicitar a los novios, guiñándole un ojo a Nadia, le dijo:

—Ya decía yo que había algo raro en eso de gastar tanto en el alquiler de la bici los fines de semana. Pero por lo que veo, fue la mejor inversión de tu vida, te ves divina. ¡Qué sean muy

felices! Nadia y Roxy se abrazaron llorando de emoción.

Cumpleaños de Sil

en Sanber

A veces, las chicas jugaban buraco o rummy. El pasado 17 de noviembre, había sido el cumpleaños de Sil.

«Para el viernes y sábado de la próxima semana, las invito a la casa de Sanber, estaremos allí desde el viernes de tarde hasta el domingo de mañana; yo tengo que volver a Asunción antes del mediodía, vendrán mis suegros a almorzar», rezaba la invitación de Sil en el chat.

Tina, Nori y Marilú aceptaron sin dudar. En esas ocasiones pasaban largas horas, contando anécdotas o simplemente matándose de risa por cualquier tontería. Varias veces, antes de la pandemia, el grupo acostumbraba a ir de paseo al interior, a pequeños alojamientos temáticos. La que más insistía en hacer turismo interno, era Nori. A su marido no le gustaba viajar, ni al interior ni al extranjero, y a ella, sin embargo, le encantaba, el polo opuesto. En las chicas del gimnasio, encontró justo lo que tanto quería, pasear en compañía algunos fines de semana.

Para tal efecto, Nori seguía a una página por Instagram, que semanalmente ofertaba paseos por distintos lugares de atractivo turístico o histórico del país.

Llegó el fin de semana, y fueron, Tina y Nori, en la camioneta de Sil, quien las pasó a buscar de sus respectivas casas. Marilú, que tenía que atender unos clientes, fue por su cuenta, más tarde.

Cuando Marilú llegó el viernes de mañana a su oficina, no habían llegado aún los demás. Esta situación, siempre le daba un poco de temor. Si bien la casa era segura, Marilú sentía que alguien la observaba. No sabía si alguien quería decirle algo, tal vez algún antiguo habitante de la casa. Miraba el retrato de su abuelo, luego observaba el de Serafina. A lo mejor, sería bueno compartir con las chicas sus temores y presentimientos. «Las penas compartidas disminuyen y las alegrías se multiplican», rezaba un viejo dicho. Terminó de trabajar a las dieciocho, y se dirigió sola en su auto a San Bernardino, rumbo a la casa de Sil.

Esa noche para la cena, fueron al Hotel y Bistró Casa del Val, donde Nori había reservado una mesa. Hacía fresquito en la terraza cercana a la piscina. La cena estuvo deliciosa, había bastante gente en el lugar. Al final de la noche, el mozo trajo una pequeña torta con una velita, y terminaron dichosas cantando cumpleaños feliz.

Al volver a la casa jugaron una partida de buraco. Nori no era tan amiga de las cartas, no tenía paciencia, pero como a Marilú y a Sil sí les gustaba, se sacrificaba; como no le interesaba, olvidaba su turno, y jugaba mal sus cartas.

—No desmerites este juego—le dijo Marilú a Nori —. Mirá que es una copia de la vida. Después de barajar, cortar y repartir las cartas, al llegar tu turno, te toca escoger la estrategia para la

jugada, y si te distraés o fallás, vos y tu compañera pierden la partida.

—En realidad, para estar con ustedes nomás juego — se disculpó Nori—. No es lo mío.

—Sirve para relajarse y pasar el tiempo — siguió defendiendo al juego Marilú. —Al concentrarte, olvidas otros pesares y trabajas la mente.

A la mañana siguiente, las chicas se divirtieron muchísimo haciendo hidrogym, jugaron rummy y tabú de siesta. Solo Marilú y Sil tomaban vino; Tina, cerveza; y Nori, como toda abstemia, jugo, agua y nada más. Fueron también a ver el atardecer al club, y pasaron por el supermercado para abastecerse. Sil comentó que era impresionante cómo había gente en la ciudad todo el año; para muestra servía ver que el supermercado estaba lleno, al igual que las estaciones de servicio y otros locales de venta rápida. Amanecieron el domingo contando anécdotas, ya cansadas de los juegos de mesa.

Nori quiso ir a la primera misa, y Sil, que la llevó a la iglesia, también se quedó en la misa. Luego se encontraron con las demás para desayunar en una confitería de la esquina.

Tina sugirió que fueran al Hotel del Lago, que había reabierto sus puertas. Le interesaba visitar la habitación que llevaba el nombre de Serafina Dávalos. No había mucha gente alojada en el hotel. Los pasajeros y visitantes tenían que soportar varias restricciones. Por suerte, el conserje del Hotel les dijo que la habitación no estaba ocupada. Las acompañó, abrió la puerta de la habitación, que quedaba en el segundo piso, en el corredor balcón que daba al lago.

Nori dijo que nunca había estado en el Hotel del Lago, quería sacarse fotos en cada rincón que fuera posible, y con el lago de fondo también. Una vez terminada la interminable sesión de fotos, las chicas ingresaron a la habitación “Serafina Dávalos”, y pudieron observar los cuadros de algunos pasajes de la vida de Serafina, colgados de las paredes del cuarto. Los mismos tenían una breve reseña al pie. Tina tomó fotos de los cuadros. Después del desayuno volverían a Asunción.

Pasado el fin de semana, Tina tendría material para escribir unos tres cuentos. De soltera, a Sil le había ocurrido un suceso de tipo misterioso con el Karai Pyhare. Marilú fue a hacer firmar unos documentos de un cliente a la esposa de este, y Nori subió a un Uber donde se enteró de un caso de intento de homicidio. Con las tres historias, Tina tenía casi todo el mes cubierto; le faltaría solo una más para cubrir su columna y darse un respiro, aunque no estaba segura de esto último; cada día tenía más ganas de escribir. Todo lo que veía y escuchaba, ella lo iba guardando en la cabeza, al tiempo que pensaba cuál sería el título adecuado para tal o cual relato. Sin darse cuenta y sin que se lo hubiera propuesto, ignoraba que estaba dando los primeros pasos de una aspirante a escritora.

El Señor de la

noche en Asunción

Era jueves de noche. Mis padres habían ido al cumpleaños del dentista y amigo de mi papá. Yo tenía quince años y estaba de novia con Gustavo, un chico que cursaba el último año del colegio. Fermina, la señora que trabajaba en casa, se había casado un mes antes, tenía la noche libre y también había salido. Como no quería quedarme sola, llamé a Gustavo para que viniera a ver una película conmigo. Aceptó.

Llegó y pedimos pizza por delivery. La película que elegimos era medio de terror, Doctor Sleep, de Stephen King. La crítica mencionaba que era una secuela de la novela El Resplandor, del mismo autor. Nos desilusionó, esperábamos más. Entonces, Gustavo, se puso a buscar en no sé cuál plataforma, la versión de 1980, y como era un genio de la piratería, la encontró.

No nos imaginamos el efecto que nos causaría. Al terminar la película, nos quedamos callados, nos miramos sin querer admitir que estábamos impresionados. Queriendo olvidar el horror de suspenso que acabábamos de experimentar; comenzamos a acariciarnos. Aún no habíamos pasado al segundo tiempo, yo me sentía un poco nerviosa.

De repente, de la nada, escuchamos un silbido bien fuerte y sostenido. No hicimos caso, y seguimos con lo nuestro.

Como a los cinco minutos, vuelta a escuchar el mismo silbido. Nos separamos, ya un poco extrañados, pero enseguida retomamos nuestro acercamiento, que se iba volviendo cada vez más intenso.

Un tercer silbido, más fuerte aún, hizo detenerse a Gustavo, quien justo en ese momento, estaba desabrochando los botones de mi blusa.

Nos miramos extrañados, y decidimos salir al jardín (de donde parecía provenir el silbido) pero no vimos nada.

Aprovechamos para pasear por el patio, que estaba a oscuras. Apoyándome por una pared, Gustavo comenzó a besarme la boca, bajando luego por el cuello. Yo me dejaba.

Entonces sí fue muy raro. De entre las plantas del patio, se sintió otra vez un cercano silbido como advertencia explícita, o al menos eso sentí yo.

Esta vez Gustavo perdió el control.

—¡Parece como si alguien nos estuviera espiando, con la intención de asustarnos! —dijo furioso —. ¡A mí no me van a joder!

—Gus, dejá nomas—le atajé yo. Él estaba como fuera de sí, con el rostro desencajado.

—Bueno, nena, vamos a tu pieza.

Una vez en mi cama, nos fuimos quitando la ropa lentamente, pero, otra vez, nos detuvo un silbido corto, que sonó detrás de las persianas de mi dormitorio.

—Perdón, mi amor, yo así no puedo seguir— se disculpó Gus—. Esto es lo más raro que me pasó en la vida. No puedo, no puedo.

Nos vestimos. En silencio lo acompañé hasta la vereda. Se despidió con un apurado beso y me dijo asustado: «¡Me corriste, sentí una corriente de electricidad, chau!». Subió a su auto rápidamente.

Ni bien se fue Gus, mis padres regresaron del cumpleaños del dentista. Temí contarles lo que había pasado, pues no les pedí permiso para que viniera Gustavo a casa, estando ellos ausentes.

A la mañana siguiente, le conté todo a Fermina.

—Fermina, yo creo que el que silbaba raro, era el mismo tipo que me roba la ropa interior en los veranos.

Yo me refería a la desaparición de mis bikinis, cuando los colgaba en el patio para que se secaran; siempre, solo la pieza de abajo desaparecía, al igual que otras prendas íntimas, solo mías, no las de mi mamá ni las de Fermina. Me habían comentado, que podría ser algún vecino fetichista, y que, por precaución, colgara mi ropa interior dentro de mi baño.

—Heee, — me dijo Fermina—. Pero esta vez, no creo que haya sido el fetichista, fue el Karai Pyhare (Señor de la noche). Él es muy celoso de las chicas que se quedan solas en su casa.

—¡Fermina, vos estás loca! Esas cosas no existen, son leyendas. Este silbido era super real. En la clase de guaraní, cuando estudiamos los mitos de nuestra cultura, nos contaron de él. Primero, la profesora dijo que nunca hay que decir su nombre, que no hace ruido al caminar, por tener acolchados los pies con su pelambre negra. Gustavo y yo no vimos nada, pero sí escuchamos esos espeluznantes silbidos.

—En serio te digo— insistió—. Pero quedate tranquila, voy a preparar caña, miel y un atadito de cigarros para dejarle esta noche; eso le gusta, así te va a cuidar y ya no va a volver a asustarte.

Esa noche no pude dormir, esperando escuchar sus silbidos. Por suerte no sentí nada.

Cuando le comenté a Gustavo, todo lo conversado con Fermina, con vergüenza me dijo:

—Fue la primera vez que sentí aquel extraño escalofrío correrme por la espalda, nunca sentí un terror semejante—.

Nos abrazamos fuerte, en silencio, como cómplices. El tiempo pasó, Gus y yo seguimos juntos,

pero nunca nos atrevimos a compartir con nadie nuestra experiencia, ni tampoco pudimos olvidar aquella noche en la cual el señor de la noche visitó Asunción.

Kuñá de confianza

Cuando tuve que vender mi auto para ponerme al día con mis deudas, mis amigas que usaban Uber, me aconsejaron pedir una conductora mujer, pues decían que se sentían más seguras que subiendo a diferentes autos con hombres desconocidos; me enseñaron todos los trucos para utilizar la app «Kuñá de confianza».

La conductora que tomó mi viaje era una jovencita que me cayó muy bien, enseguida me di cuenta de que también era muy conversadora.

—Sí, no sabés, mamita— me dijo—. Yo soy muy sola, y mi trabajo en el Ministerio de NN es muy tedioso y rutinario. Como salgo a las quince horas, me sobra el tiempo, por eso me hice socia de esta aplicación. Gano dinero y puedo interactuar con la gente. A veces siento que ayudo a los demás y ellos, sin saberlo, me ayudan a mí. Por ejemplo: el lunes pasado, subieron dos mujeres al móvil, una mayor, y la otra parecía ser su enfermera o dama de compañía.

Allí nomás la pasajera, dirigiéndose a su enfermera/cuidadora, dijo: —Pronto que, tengo que llegar al banco antes que la bruja de mi hija me agarre y me envuelva con sus líos, nde sinvergüenza. Igual ko le crié a las dos, Lara y Mónica, y esta, la última, Mónica, me salió peor que hija de mandinga. Por suerte, la mayor se fue a vivir a Alemania por sus estudios. La segunda me salió mal. Su esposo es posesivo, él la domina, y se vale de ella para sacarme dinero; no salió por mí, que nunca me dejé joder por mi marido. Enseguida pillé que era un haragán, bandido de cuarta. Lo ayudé mucho ya; la última vez, se enteró de que vendí mi campo de Falcón y enseguida le mandó a Mónica, que es su igual. Le tuve que dar, qué pio iba a hacer, si mi hija me hizo creer que él se tenía que operar. Mamopa, operación desplume fue; ni se operó, ni sé en qué gastó mi dinero.

La enfermera/cuidadora callaba y parecía prestarle atención, según pude observar por el espejo retrovisor.

—Primero me quiso matar poniéndome veneno para ratas en la canilla de mi baño donde me lavo lo dientes y me enjuago la boca. Me sentí mal y el doctor en el análisis de sangre descubrió el veneno. La denuncié, porque es la única que entra en el baño de mi dormitorio. Tenía las pruebas, pero terminé hasta dándole plata a su papá, ese manipulador de cuarta. ¡Intento de homicidio fue! Nangá, tuve que retirar todo, guaú su papá podía tener otro infarto.

—Mi ahijada si qué, a la que le crié como a mi hija desde los doce años, sabía que tenía que esperar hasta mi muerte para poder disponer del terreno que le compré en Areguá; le puse con usufructo, no le gustó, pero disimuló bien, demasiado la conozco; me di cuenta enseguida de que ya quería echar mano de la casa para traerle a sus parientes kuera. La misma cosa pasó, yo piko soy tan bruja o ellas están locas. Mi ahijada me inyectaba en los remedios una substancia que se descubrió después, cuando tuve preinfarto otra vez. Le mandé nomás, justo conseguí para mi novio. Sé que puede ser mi nieto, pero demasiado bien me trata. Yo le vigilo por las cámaras, y

veo que no toca mis cosas. A mi hija y a mi ahijada, todo el rato las pillaba. Por eso rajaron. Pero es buena la vida, al final, me da este consuelo. Hasta el pañal me cambia. Yo no tengo vergüenza de él, verdad Sixta, verdad que es churro y bueno mi novio.

Sixta, disimuladamente miró a la conductora, con una sonrisa de lástima, como pidiendo disculpas por la verborragia de su jefa.

—El viaje terminó, y me convencí a mí misma de que había hecho muy bien en tener este trabajo extra; no necesito ni leer ni ver películas, con mis pasajeros me entretengo de lo mejor —concluyó la conductora, sonriendo plácidamente.

Calor de hogar

La casa quedaba en un elegante barrio residencial de Asunción, estaba custodiada por un guardia, que se encontraba dentro de una caseta de blindex con aire acondicionado y portero eléctrico; toqué el timbre y el guardia me abrió la ventana corrediza. Le expliqué que yo llevaba un documento del Banco que antes había firmado su marido, refiriendo que su esposa no salía de la casa y que hiciera el favor de acercarme hasta ella. Le mostré mi celular como prueba; allí podría corroborar el mensaje de su jefe, indicándome la dirección y horario en el cual podía acudir.

Crucé el jardín y en la puerta me estaba esperando una mujer de mediana edad, con uniforme de mucama, que me hizo pasar a un hall muy grande, lleno de vidrios semi polarizados, desde donde, a su vez, se divisaba un patio paradisíaco.

Entonces, bajó ella, despacito, por la gran escalinata, vestida como para una fiesta. Parecía la escena de una película de Buñuel.

Me dijo como al descuido, que estaba sola en la mansión y que le sobraba el tiempo. Hizo algunas preguntas sobre el documento que debía firmar, pero, a la vez, se notaba que no entendía nada, aunque intentaba que no se notara. Me preguntó luego de la firma si deseaba algo. De pena, por verla tan sola y solícita, acepté, no pude imaginar que era un brunch, digno de un hotel.

Sabía que su marido estaba en la oficina de donde volvería bien entrada la noche.

Ella ya era abuela, pero sus hijos casi nunca traían a sus nietos a la casa, a no ser que ella los invitara a cumpleaños o aniversarios. Me dijo también que, en época de vacaciones de los nietos, solía organizar viajes pagados por ella, y solo entonces podía compartir con su prole.

—¡Es que mis hijos están tan ocupados! — se lamentó.

Daba pena verla tan solícita, ofreciéndome bebidas y canapés. Insistía en que me quedara a tomar el té.

—No puedo— respondí—. Muchas gracias.

Lo hice por varias razones: tenía otro compromiso, jamás mezclo trabajo con amistad, mi cliente era su marido, no ella.

Presentía que deseaba preguntarme algo que yo no podría responder, o contarme alguna cosa. Tal vez fuera solo mi imaginación, y ella simplemente quería matar el tiempo, que se notaba le sobraba. Antes de abandonar la mansión, repasé mi vista por toda ella. Era de un buen gusto a toda prueba, pero le faltaba calor de hogar.

Sole

Ni bien comenzó la pandemia, algo raro sucedió con Sole, la quinta amiga del grupo. Se había apartado del grupo sin ninguna explicación; se comunicaba, a veces, solamente con Tina. Todas las del grupo habían aceptado su alejamiento, pero, en ocasiones, le preguntaban a Tina por Sole.

—Chicas, Sole está bien, más la relación con su vecino no prosperó. Su mamá se contagió de covid, piensan que el bicho lo habrá traído la empleada, a pesar de todos los cuidados. Por suerte, se recuperó super bien. Me comentó que fue a un casamiento, les envía saludos a todas, sin embargo, prefiere que no la incluyamos en el grupo. Dice que sigue mi columna —les contó Tina por el chat.

En varias ocasiones, las chicas habían tratado el caso del alejamiento de Sole. Y atando cabos, llegaron a la conclusión de que tal vez ella, se sintiera un poco fuera de lugar dentro del grupo. Si bien Tina también era soltera, no cargaba con esa pesada carga que significaba para Sole ser hija de una mujer mayor, que tuvo dos hijos sola. No se podía ni mencionar, que el único hombre de la familia, su hermano Alberto, les había dado la espalda, y además, sin consultarles, les había confiado el cuidado de Ellen, su hija discapacitada, valiéndose de su imprescindible ayuda económica. De verdad, era una situación que dejaba sin palabras a cualquier persona que se enterara de la triste situación. La madre de Sole, doña Mercedes, se había recibido de enfermera a los treinta y cinco años, con mucho sacrificio, pues su padre no la apoyaba. La abuela de Sole ayudaba a su hija, con los pocos ahorros que tenía, fruto de la tienda de la familia, una mercería muy bien ubicada en el mercado cuatro.

Doña Mercedes acariciaba el sueño de poder ganarse la vida, y así ser independiente económicamente de su despótico padre, muy chapado a la antigua. Pero, lastimosamente, o para bien, según el cristal con que se lo mire, el saldo de ese sueño, fueron Sole y su hermano Alberto. El padre de ambos era un señor casado que, muy discretamente, hacía llegar una simbólica ayuda financiera a doña Mercedes. El abuelo de Sole, nunca más le dirigió la palabra a su hija. Así, Sole y Alberto, crecieron en silencio dentro de esa familia, que era incapaz de hablar más que lo estrictamente necesario.

Los abuelos de Sole murieron relativamente jóvenes. Doña Mercedes siguió atendiendo la mercería. Con lo que ganaba allí, más la ayuda del padre que tenía otra familia, los hermanos fueron creciendo. Alberto trabajaba con un aduanero, y le fue muy bien desde el inicio. Luego se mudó y se casó con una joven alemana, Liesel, quien parecía provenir de una familia adinerada. Ella estaba en el país, por un intercambio social y humanitario, haciendo su labor en la Cruz Roja. Justamente, antes de ir a conocer a su familia a Alemania, la esposa de Alberto tuvo un parto prematuro. Así fue como nació Ellen, la sobrina de Sole. Pasada la cuarentena, la niña quedó bajo el cuidado de su abuela doña Mercedes. Alberto y Liesel prometieron volver luego de los trámites para su traslado definitivo, ella planeaba convencer a su padre de invertir en el rubro ganadero en el Paraguay, y que los nuevos esposos fueran los encargados de sus negocios. Así

fue como Ellen se crió con su abuela doña Mercedes, quien una vez más, tuvo que callar, y hacer frente a la situación, con el pragmatismo que la caracterizaba.

—Chicas— escribió Marilú en el chat, leyendo lo que compartió Tina sobre Sole— su historia me hizo recordar a una compañera de facultad, Elsa. Ella ya falleció hace muchos años, su historia de vida es muy ejemplar; por el privado, te voy a enviar un audio, Tina, a ver si te inspira algún relato para tu columna. Aprovecho para felicitarte Tina, me gustaron tus tres últimos cuentos: El Señor de la noche en Asunción, Kuñá de confianza y Calor de Hogar. Te deje comentarios en tu página de Facebook.

—Gracias, amiga —respondió Tina.

Elsa

En la facultad, tuve una compañera inolvidable, mucho mayor que yo; podría haber sido mi madre, por la diferencia de edad entre las dos, pero eso no impidió que fuéramos buenas amigas. Yo la admiraba, pues le había costado mucho retomar los estudios con sus sesenta años recién cumplidos.

Había sido la única hija mujer, salió sorteada, y el premio era cuidar a su madre y seguir al frente del negocio familiar de donde surgía el sustento del hogar. Era una simpática tienda con todo tipo de productos, un bazar, como le decían antes.

A Elsa le pesaba ser la única encargada de cuidar a su madre. En su juventud, siendo soltera y sin pareja, sus hermanos, dieron por hecho que esa tarea le tocaría a ella. Elsa estuvo de acuerdo, pensando que era lo correcto.

Como se daba por hecho que la vida de Elsa estaría dedicada a cuidar de su madre, le aplicaron también, el cuidado de Edgar, un sobrinito discapacitado. Así, sin más trámite, Elsa pasó a ser responsable de dos personas, a quienes cuidaba con paciencia y amor.

A pesar de la buena posición económica y social, de la cual disfrutaban sus hermanos, sobre todo el mayor, emparentado con un poderoso jefe militar de aquel entonces, Elsa debía hacer malabarismos para ir a Clorinda, a comprar la mercadería del Bazar y también medicamentos.

Nadie la escuchó cuando dijo que deseaba ser abogada. Sus opiniones no contaban. Ni su madre, su última esperanza en recibir apoyo. Tal vez ella creía que Elsa estaba moralmente obligada a cuidar de ella, y también de su sobrino discapacitado.

El tiempo pasó. La madre murió. Elsa ya estaba mayor, pero aún abrigaba la ilusión de ser una profesional independiente. Recordó así, la ascendencia nórdica de su abuelo paterno, y con una tenacidad inquebrantable, y a fuerza de mucho esfuerzo, logró que su sobrino fuera admitido en un centro donde se albergaba y daba trabajo a personas de su misma condición. Fue un triunfo para Elsa, saber que su sobrino, a quien consideraba el hijo que nunca tuvo, estaría mejor allí, que a su lado.

Habían pasado muchos años. Viendo su negocio prosperar y ya sin tantos frentes que cubrir, se dio cuenta de que había llegado su momento. El de ella, solo para sí misma, parecía imposible, pero era cierto. Se volcó de lleno al estudio, convirtiéndose en una alumna distinguida y querida por sus jóvenes compañeros.

Logró recibirse y ejercer como abogada. Se la veía feliz y realizada por los pasillos de los tribunales; había rejuvenecido. Brillaba. No dejó de asistir a los encuentros a los que le invitaban sus jóvenes colegas. Su presencia era bastante apreciada, porque siempre aportaba anécdotas, cargadas de riqueza por su experiencia de vida.

En uno de esos encuentros, me refirió un hecho, que llamó mi atención. Había ocurrido en tiempos de la dictadura. Un militar de alto rango se enteró de que, en el mismo destacamento, donde su hijo era subalterno, había tenido lugar una reunión nocturna llena de alcohol y desenfreno. El militar supo también que su hijo había participado de tan deshonrosa fiesta; a raíz del lamentable incidente, donde perdió la vida un pobre soldadito, echó a su hijo de la casa y del destacamento, y nunca más le dirigió la palabra, como si hubiera muerto.

Esas y otras leyendas urbanas, formaban parte de su rico acerbo, yo no sabía si eran o no ciertas, pero me cautivaba escuchar a Elsa. Aprendí a quererla. A veces, la recuerdo caminando sonriente por las calles del centro; cuando me encontraba con ella, me comentaba los casos que estaba llevando, me miraba y me decía cosas muy lindas, como una tía buena que te desea el bien.

Ejerció diez años la profesión, fue íntegra y ejemplar. Por la llamada de una compañera, me enteré de su fallecimiento. No me puse triste, pues me consolaba saber que había podido alcanzar su anhelo e ideal de vida, antes de morir.

Tarde de compras

—Hey, Tina. ¿Me acompañás este fin de semana al shopping? Resulta que están con descuentos en varias tiendas, y ya saliendo de nuevo a reuniones sociales, me veo sin ropa; ahora que estamos volviendo a la normalidad, me siento semidesnuda— dijo Tina a Nori por privado.

—Claro, amiga, a mí también me hace falta ropa nueva. Te paso a buscar el sábado a las 14.30, así después nos da el tiempo para merendar juntas antes de la misa, o si no, iré nomás a misa el domingo de mañana —dijo Nori a Tina —. Te voy a contar la historia de mi tía Elpidia, tal vez te sirva para tu columna. Entre paréntesis, te estás volviendo famosa, mucha gente comenta tus escritos, qué gusto, amiga.

Llegado el sábado, tal como lo habían acordado, Nori pasó a buscar a Tina en su auto, y las amigas fueron juntas al shopping cercano a sus casas, visitaron varias tiendas, y luego se sentaron en una confitería a merendar. Tina pidió un croissant de jamón y queso con una chocolatada. Nori pidió un sándwich Beirut con un jugo de durazno. Ya se podía observar una considerable cantidad de personas. Parecía un sábado normal, la mayoría de las personas aún estaban con tapabocas, y otros ya se encontraban con la cara descubierta. El poder de las vacunas estaba a la vista.

—Tina, ¿cómo va tu trabajo de investigación sobre Serafina?

—Bastante bien, leí un libro sobre historias de amor entre mujeres, y la primera de ellas, es la historia de Serafina y Honoria Balirán, desde la perspectiva de ellas. Me envió el libro la presidenta de la ONG Arya, a través de mi amiga Rosa Brun.

—¡Qué bueno! ¿Y qué más te falta? —insistió Nori.

—Y que me acompañe Sil a la casa de unos parientes de Serafina, no la quiero molestar, anda con poco tiempo entre sus cosas y la familia.

—No temas insistirle, Sil es un tesoro, ni bien pueda te acompañará para la famosa visita —le animó Nori.

Se quedaron un rato más, repasando las compras que habían hecho. Entonces Tina se animó a preguntar.

—¿Y cómo seguís con tu marido, todo bien?

—No tanto, por allí nomás vamos tirando— respondió Nori.

—Yo no me quiero meter, pero creo que tenés que hacer un balance. Ya sé que vas a decirme que no estoy casada y no tengo experiencia, pero sí tengo una cantidad de amigas que, en su oportunidad, se apresuraron, y ahora se plaguean solas. Sus hijos no les hacen caso, y se

arrepienten. ¿Por qué no se dan una nueva oportunidad? Los dos son buena gente, me apena que no lo intenten. Hace un esfuerzo, amiga; no quiero después decirte, yo te avisé.

—Estoy muy confundida y frustrada. Ya no sé qué hacer— respondió abrumada Nori—. Ya hablé con mi consejera espiritual, con mi confesor; ambos me apoyan. También pedí asesoramiento a una amiga abogada, no le quiero meter a Marilú en este mambo; ella le aprecia a Bernardo, igual que vos, siempre sale a su favor. Me cuesta decidirme, o sea, dar el primer paso para formalizar la separación.

—Si pudieras escuchar desde afuera lo que estás diciendo, caerías en la cuenta de que tu decisión no está madura; es fruto de una frustración que deberías canalizar hacia otro rumbo. No te juzgo, solo temo que te arrepientas.

Como al paso, Tina lanzó: —Me quiero retocar la nariz, siempre soñé eso, tengo el trauma de narigona.

—¡Ah no!, ahora soy yo la que te dice que te vas a arrepentir; mamá siempre decía, la mujer debe ser como una catedral, contar con un gran campanario, refiriéndose a la nariz; es tu personalidad, lo que te da ese aire único. Recordás a la reina Letizia de España, regia con su campanario, ahora tiene cara de bruja, toda cirujeada, cada vez está más desfigurada, queriendo eternizar su juventud ya ausente— remató Nori.

—Mirá esa señora sentada sola, allá en la mesa de la derecha, ¿la ves? —preguntó Tina.

—¿La de pelo blanco?, sí, ¿qué pasa con ella.? — preguntó Nori.

—Viste que antes no se veía en Asunción gente sola, las personas no se animaban a sentarse así, en un lugar público, por miedo a que la juzguen, aquí pues todo el mundo se preocupa de la vida ajena—dijo Tina.

—Ahora es común. La verdad es que hace rato se nota este fenómeno; yo creo que desde la primera década del año dos mil, ya comencé a fijarme en ese detalle, y sí, tenés razón.

—Tina, mamá siempre decía que sí tenía ganas de ir al cine, pero no con quién, no se animaba por el qué dirán, eso cambió totalmente. Creo que, por la globalización, y puede ser también por el individualismo o egoísmo imperante. Nosotras somos afortunadas, siempre nos acompañamos. Yo no tendría problemas, creo, en hacer como esa señora.

—¡Bah! No te creo— le respondió Tina—. Vos sos remamitis, hermanitis, no te veo en ese plan. Yo sí. Solo me llamaba la atención la mirada triste, como perdida, que tenía la señora que estaba sentada sola, revolviendo interminablemente su tacita de café negro, con dos chipitas, que no había tocado todavía.

—La verdad, a mí esa señora, me recuerda a mi tía Elpidia. Eso sí, me pone un poquito nostálgica; hace tiempo que no pensaba en ella, es de quien te dije que hoy te contaría su historia. Era la tía soltera de la familia, pero no estaba sola, ¿cómo explicarte? Acto seguido Nori se puso

a relatar a Tina la historia de su tía abuela.

—Son las 20 — interrumpió Tina, cambiando otra vez de tema—. Tengo que volver a casa, avisame por WhatsApp cuando llegás vos, ¿sí? Se despidieron con su saludito acostumbrado, moviendo las manos con un chau, chau.

El soldado del

portarretratos

La visita semanal era obligada. El destino: la casa de mi tía Elpidia, hermana mayor de mi abuela Gregoria. Quedaba hacia el Colegio Cristo Rey, si bien era lejos, eso parecía no importar a ninguno de sus sobrinos, quienes la rodeaban con cariño. El frente de la casa tenía una entrada moderna que no combinaba con la construcción de la entrada derecha, más antigua, es decir, parecían dos casas distintas.

Ese ritual de la visita semanal, no me disgustaba para nada, al contrario, era muy agradable ir a su casa, porque tía era muy buena anfitriona. Los encuentros por lo general se desarrollaban con el saludo de siempre.

—¡Hola, tía! ¿Cómo estás? —saludábamos al unísono con mamá.

—¡No tan bien como ustedes! — contestaba tía, al tiempo que nos besaba y abrazaba feliz. Su cuerpo olía siempre al perfume Heno de Pravia que religiosamente recibía de regalo en sus cumpleaños, junto con talco, polvo para el rostro, colorete, y algunos pañuelos que a veces usaba en la cabeza.

Tía Elpidia era todo un misterio para mí y a la vez una caja de sorpresas. Como mamá había sido su primera sobrina, quedó prendada de ella. A su vez, mamá fue siempre muy apegada a tía. Como tenía muchos hermanos menores, a la pobre tía, le habían dicho que iría solo hasta el cuarto grado; que era suficiente pues allí ya se aprendía a sumar, restar, multiplicar y dividir, leer, conjugar verbos, manualidades y hasta canto. No había más plata para la matrícula ni la lista de útiles del quinto grado. Fue así como tía Elpidia, comenzó a ayudar a rematar el dobladillo de los vestidos que le encargaban algunas vecinas; en ocasiones eran manteles, carpetas, pero con el tiempo, le fueron encargando prendas y ajuares de novia, cualquier cosa que le trajeran las que se fueron convirtiendo en clientas. También aprendió con habilidad a hacer los cigarros que fumaban los vecinos, además de dulce de mamón y dulce de guayaba, que vendía por kilo en frascos de vidrio. En su casa nunca faltaba la limonada o el jugo de pomelo para los sobrinos o visitas que llegaban a la casa.

Sobre el mármol de la vieja cómoda del dormitorio de tía Elpidia, había un portarretratos de bronce. Mamá me había contado, que tía le sacaba lustre cada semana con una cremita que untaba en una franela naranja, objetos que había comprado de la famosa ferretería de don Salustiano, cercana a la casa.

Al principio creí que el personaje del portarretratos era su padre. Pero luego me fijé que el sujeto no se parecía al del retrato ovalado que junto al de su madre, tía Elpidia, tenía sobre la cabecera de su cama.

—Tía, ¿quién es el señor del portarretratos con bigotes vestido de soldado que tenés sobre tu cómoda, al lado de tu muñeca? — le interrogué un día, movida por la intriga.

Tía Elpidia me dijo «¡shhh!!». Y añadió: — Era un soldado al que quise mucho, fue mi novio, me regaló su foto antes de ir a la guerra del Chaco. Fue el único amor de mi vida. Le prometí esperarlo, pero él murió en la primera batalla de esa Guerra sin sentido entre paraguayos y bolivianos.

Tía agregó, tristemente, que sus hermanos, a pesar de ser muy celosos, no le prohibieron conservar el retrato, por pena hacia ella.

Parece que tía era un poco fogosa. El recuerdo del soldado a veces la atormentaba. Entonces, pedía a la antigua criada de la casa que, si le daba por ir detrás de algún hombre, la atase con una soga al tronco del pomelo del patio, y que de paso le salpicara con gotas de agua bendita.

Al cabo de los años, tía Elpidia se volvió la favorita de todos los sobrinos, hijos de sus hermanos y de los sobrinos nietos, quienes la visitábamos muy seguido. Es que ella te recibía como si fueras la persona más importante del mundo, te mimaba, decía que había rezado por vos, y siempre pero siempre, tenía preparada una rica merienda o lo que fuera, con la cual te agasajaba.

Mamá estaba convencida de que toda la culpa de la triste historia de amor de tía Elpidia, la tenía la tortuga, animal de mal agüero, que vivía en su patio, a quien le había puesto por nombre Periquita, y la llamaba silbando.

Murió muy viejecita, rodeada de su sacerdote confesor, quien vino a darle la unción de los enfermos, y de todos sus sobrinos. Dentro de su ataúd, pusimos junto a su cuerpo, la muñeca negra de porcelana (de cuya pollera colorada con motas blancas, siempre sacaba caramelos para regalarnos), el portarretratos del soldado y su rosario de cuentas blancas. Parecía un ángel dormido. Cómo lloramos y sentimos tristeza los sobrinos. No tuvo hijos, Dios no lo quiso, pero se fue rodeada del inmenso amor que sembró en todos nosotros.

Las inocentes

tortugas

No tengas tortugas, porque te llevan hacia atrás, todo pasa más despacio, o no pasa nada. Comen lechuga y pasto nada más, es cierto que son mascotas que no dan trabajo, más que buscarlas cuando se pierden en el patio; no salen de su caparazón, mimetizándose con las plantas, pero es mejor tener otro animal.

Eso había escuchado Lourdes de su abuela, aunque pensaba que eran supercherías. Es más, olvidó por completo aquellos dichos, cuando se casó y comenzó a decorar su casa. Le gustaban mucho las tortugas. De cada viaje, siempre traía muchas tortugas de regalo o para adornar la sala, y las coleccionaba.

Pasaron los años, sus hijos se fueron poniendo grandes, su marido resultó ser un gran estafador, y se esfumó. Uno de los hijos de Lourdes, cayó en mala junta; no estudiaba, sino que se pasaba farreando, hasta que se perdió en las drogas.

De repente, Lourdes recordó aquellos dichos de su abuela, y, queriendo culpar a alguien, no encontró nada mejor que responsabilizar de su mala suerte, a las tortugas que como adornos tenía en su sala.

En esas estaba, cuando llegó del colegio su hija Camila, con Tatiana, una amiga con la que volvía siempre caminando.

—¡Rápido!, ayúdame a tirar estas tortugas en la vereda, cerca del basurero — le dijo Lourdes en forma histérica a su hija.

—Perdón— le dijo, susurrando con vergüenza, Camila, a su compañera Tatiana—. Es que en casa se está viviendo un verdadero infierno, mi hermano está en manos de un Siquiatra para ver si sale de las drogas.

—No tengas vergüenza—respondió Tatiana—. Vamos a casa.

—Espera un rato— dijo Camila—. Voy a buscar las tortugas.

—No las tires— dijo Tatiana—. Yo las voy a llevar a casa, ¿son esas que están en la sala?

—Sí — respondió Camila.

Después de cinco años, Tatiana y su familia se mudaron de barrio. Las amigas, a pesar de haber terminado el colegio y elegido carreras distintas, conservaron su linda amistad. Un día, en el diario, Lourdes vio en exequias, que había fallecido Luis Alberto, el hermano de Tatiana, y le

avisó a Camila, con quien rápidamente acudió al velorio.

Luego de dar los pésames a toda la familia, Camila le preguntó a Tatiana qué le había pasado a su hermano.

—Se encaprichó con una moto — le respondió—. Y ya ves cómo terminó. Para mis padres es toda una tragedia; Luis Alberto era su orgullo y esperanza, en realidad para toda la familia, pues estaba por recibirse de ingeniero electromecánico. Luego, abriendo grandemente los ojos, y llevándose las manos al rostro, exclamó: «¡Camila, las tortugas! ¡Nos alcanzó su mala suerte!».

Paseo a Atyrá

Nori formaba parte del chat, de un grupo que se llamaba Gente que ama el arte; solían hacer paseos a distintos puntos históricos de Asunción o cualquier lugar interesante del país. Recibía muchísimas invitaciones a paseos turísticos culturales. Se pasaba reenviando por el chat de las chicas, infinidad de flyers, anunciando el próximo paseo. Lo hacía para no estar en su casa. A pesar de que Nori había llegado por fin a un acuerdo de convivencia pacífica con su marido, era un alma inquieta, y no podía permanecer inactiva. En esta ocasión, Marilú fue quien se prendió a la invitación. Almorzarían en el restaurante del Convento Marianella, que quedaba en Atyrá, antes pasarían por el pueblo, a visitar la feria y la catedral.

Después del paseo, fueron a la casa de Sil en San Bernardino. Nadie estaría ese fin de semana por allí, y Sil les había dado las llaves.

Algunas personas del grupo Gente que ama el arte, fueron en sus respectivos autos, y otras en un minibús alquilado para la ocasión. Entre ellos había un joven, se veía muy decaído, intentando conectarse con la actividad. Su madre y su tía estaban detrás de él. Se las notaba muy ansiosas. Entablaron conversación con Marilú, y ambas se desahogaron.

—Es que el pobre Hugo, está así porque un íntimo amigo suyo, travesti, falleció hace poco, en extrañas circunstancias— dijeron susurrando y mirándose entre sí—. Luego, Hugo se enteró de los detalles, y no pudo reponerse más. Su sicólogo nos recomendó sacarlo a pasear, anda muy callado, encerrado en su mundo.

Marilú se acercó bastante canchera a Hugo, y comenzó a hablar con él; la historia que él le contó era muy triste, y se entendía por qué le había afectado tanto el fallecimiento de su amigo; en realidad, compañero del teatro, donde ambos actuaban como aficionados, en obras dirigidas al mundo LGTB.

Se compartieron los números de celular, y quedaron en seguir charlando.

Cuando terminó de hablar con Hugo, Nori le preguntó a Marilú:

—Qué es lo que tanto te contaba ese muchacho, pinta de afeminado tiene.

—Sí, es gay, pero dice que su mamá y su tía no saben.

—Se han de hacer nomás, es imposible no darse cuenta. A pesar de que la madre suele ser la última en enterarse. Y bueno, ¿qué te dijo?

—Es una larga historia, especial para la columna de Tina, allí te vas a enterar.

¿Sí o no?

Nunca te decidías, y no me importaba. Me bastaba solo con pensar, que yo ocupaba un lugarcito en tu mundo, aunque fuera a escondidas. Tampoco me preocupaba que no te definieras. Ese problema de identidad, también lo sufrí yo, mucho antes que vos. Hubiera tenido toda la paciencia que necesitaras, pero no quisiste. Un día era sí; al otro, no. Ya conocía esa letanía. ¡La había escuchado tantas veces! Entendía todo, no hacían falta muchas explicaciones. Así me tuviste por tantos años. Te lo repito, hubiese aceptado todo. Después… qué decir. Tu doloroso silencio fue mi sentencia. ¿Te definiste? ¿Sí o no? La duda consumía mi vida en una hoguera, como si yo fuera un brujo en tiempos de la inquisición. No era más que un maldito travestido, que había que sacar del medio porque molestaba y chocaba a los demás mí forma de ser. Tu gélida ausencia tenía una explicación, te casabas en dos semanas. Como regalo de bodas, quise obsequiarte mi vida. Fui rumiando la idea. ¿Buscar una cuerda para la horca? No, sería terrible que me recordaras así. Fue entonces que decidí la manera de partir. Ya no tendrías que evitar pasar delante de mi casa. No te desviarías más. Te dejaría en paz. Fue dulce la mezcla de blancos polvos. Cerré los ojos, pensé en vos, y todo terminó para mí.

Reacción de los

lectores de Tina

Tina acostumbraba a leer todos los comentarios de los lectores de su columna en la revista del diario, una vez que esta fuera publicada y distribuida en físico. Muy poca gente, a no ser quienes estaban suscriptos al diario, leían en formato físico; era el digital el que tenía mayor alcance.

Debajo del artículo de cada semana, podían leerse todo tipo de comentarios. La mayoría de ellos eran positivos. Había personas que decían sentirse identificadas con los relatos, o inclusive le daban datos de ciertos temas, era todo bien interactivo.

El soldado del portarretratos y Las inocentes tortugas, tuvieron muy buena crítica. Sin embargo: ¿Sí o no? causó cierto revuelo. Varios lectores dijeron que fue de mal gusto, y otros le aconsejaban que no tocara ese tipo de temas, que no se entendía si era una denuncia o un poema, o qué era. En síntesis, no tuvo buena aceptación.

Tina se debatía entre dar el gusto a sus lectores, o ser fiel a sí misma, escribiendo como le salía. Había avanzado bastante con el curso de redacción por internet, y estaba explorando géneros que antes no conocía. Consultó con una compañera de la radio y con Sil. Ambas le animaron a dejarse llevar por la imaginación y a seguir escribiendo a su manera; eso la haría más interesante, que estar escribiendo por encargo, sobre algo que no llamara su atención. Tina pensó que estaba en un punto en el cual, debía despojarse de ciertos prejuicios, y tabúes de la sociedad.

Ejercicios al

aire libre

Por la prohibición sanitaria de ir al gimnasio en el inicio de la pandemia, cada una de las chicas se acostumbró a hacer ejercicios sola. Sil, Marilú y Nori hacían ejercicios en su casa, o caminaban juntas en forma intercalada. La más disciplinada era Tina, iba a correr al Parque de la Salud, al ex Seminario Metropolitano o a Ñu Guazú. Salía bien temprano en las mañanas, antes de arrancar la jornada. Como estaba ya esclavizada a su columna, atendía a todo lo que pasaba a su alrededor; ese lunes pudo ser testigo de la próxima historia, que sobre la marcha se le ocurrió enviar al diario, ni bien la tipeara.

En el Parque de

la Salud

Era lunes, mi día favorito, después del domingo. Muchos dicen odiar los lunes, pero a mí me encantan. Arranco la semana con todas las luces encendidas y las pilas recargadas, después del fin de semana.

Ese lunes, como de costumbre, fui al Parque de la Salud, iniciando así la rutina de la semana laboral. No había mucho tráfico por el camino que tomé desde casa. El viento era fresco y bailaba entre las hojas de los árboles. Un espacio amado, solo mío. Consideraba sagradas mis caminatas día de por medio; me ayudaban a despejar la mente y mantenerme en forma. Es que tantas salidas, encuentros con amigos y visitas a la familia, traen como consecuencia unos cuantos kilitos de más. Ni en sueños me puedo negar a las copas de vino que acompañan a cada festín. En el parque, solo en el área de los juegos infantiles, se escucha la risa de los niños. Al caminar por los senderos, me parece escuchar el correr del agua de un río o las olas del mar rompiendo en la playa. A veces llevo el celular con el auricular y pongo algún tango o bolero. Mientras camino, recuerdo la misa del domingo, el almuerzo en familia, y agradezco a Dios poder tener ese espacio de retiro en medio de la ciudad.

Ya había tomado ritmo. De repente, cuando caminaba tranquilamente por el tramo del primer sendero, el agradable silencio que reinaba en el lugar fue interrumpido por una desagradable voz de mujer, a quien no se le había ocurrido nada mejor que poner en altavoz el celular.

—¿Qué? ¿Otra vez estás de guardia? ¿Ricardo, vos te olvidaste de que hoy es el cumpleaños de papá?

—Sí, es lunes, ¿y qué? Sonia, dejame de joder, querés. No pienso ir al cumpleaños de tu viejo; ahora que se volvió a casar con una pendeja, está imbancable. Ni a mí me gusta la cachaca y el reggaetón, pero él, ahora que está con la piba esa, se las da de gran entendido en esa boludez. Yo no sé cómo podés perdonar que haya traicionado a tu madre.

—Pero, Ricardo, eso es algo entre ellos. Yo me llevo bien con mis padres, por separado, sí. A los dos los amo, con sus luces y sus sombras.

—¡Nooooo! Vos perdonaste a tu papá, la traición que le hizo a tu madre, únicamente por la guita que te pasa todos los meses. Allá vos, si tenés estómago para recibir ese dinero, que sabés perfectamente que proviene de la corrupción.

—Ricardo, no seas injusto con papá. Estás siendo muy duro con él, lo estás juzgando. Él no fue quien fundó la corrupción en este país de cuarta. Desde la época de la conquista se maneja todo así. Muchas veces ya hablamos sobre el tema.

—No, Sonia, no lo juzgo. Pero tampoco me trago a la mosquita muerta esa de su nueva esposa (tu madrastra). A otro perro con ese hueso, andá que por amor le va a soportar los ronquidos a tu viejo, que ni vos podías tolerar. Desde que te conocí, tu vieja y vos vivían quejándose de sus ronquidos. Se burlaban de él, diciendo que hacía temblar la casa.

A todo esto, yo no sabía si parar de caminar cerca de Sonia, pedirle que desactivara el altavoz del celular, o aumentar el ritmo de mi caminata. Venció la curiosidad. Hacía como que miraba absorta el cielo. De repente, cerraba los ojos, intentando recordar una oración. También intenté abstraerme, imaginando que íbamos a comer esa noche en casa, con mi marido. Pero todo fue inútil. No pude dejar de prestar atención a la cada vez más acalorada conversación entre Sonia y Ricardo.

—Mirá, Ricardo— dijo Sonia con un tono amenazador—. Yo me tengo que tragar muchos sapos de tu parte también. Vos pensás que no sé qué algunos de tus compañeros de guardia no tranzan con los dealers a quienes le pescan con droga. Cansada y harta estoy de que llegues a casa con ese fuerte olor a cigarrillo, después de tus rondas. Y encima, no contento con haber pasado de guardia con tus amigotes, tengo que escuchar sus audios, llenos de guarangadas. ¡Por favor! Somos pocos y nos conocemos mucho. Lo mínimo que te pido es que me acompañes de vez en cuando a algún que otro encuentro con la familia o amigos, y nada. Siempre con la excusa de una guardia, que oportunamente te pide tu jefe. ¿Acaso sos el único que está disponible? ¡Todo tiene un límite! Le debemos mucho a papá. Te recuerdo que vivimos en un departamento de su propiedad, y también manejo un auto suyo. Con lo que vos ganás, no alcanzamos ni una semana al mes. De repente, no escuché nada más, solo hubo silencio. Me intrigaba cómo habría terminado la conversación. Al parecer, Ricardo le cortó a Sonia por la cara.

Seguí mi ritmo y tuve que dejar a Sonia y su historia atrás. Ella se detuvo y creo que estaba marcando de vuelta el celular. Yo me agaché a ajustar los cordones de mis championes, para ganar tiempo y no perder el hilo. Pero temía que Sonia se percatara de que la estaba espiando.

—¡Kore! — masculló entre dientes Sonia. Pude percibir odio y rencor en el timbre de su voz.

Se volvió imposible seguir con mi plan porque Sonia se puso a trotar y se adelantó raudamente. Con la reciente lesión de mi rodilla izquierda, no podía arriesgarme y aumentar el ritmo de mi caminata que, por cierto, estaba llegando a su fin.

Me esperaba la vuelta a casa: la ducha, vestirme con la ropa que ya tenía preparada, y de allí, dirigirme al colegio. Mi clase de los días lunes, comienza a las 10. Amo a mis alumnos de los lunes. Son un desafío para mí. Vuelan, son inquisitivos. Esto me exige estar en constante proceso de actualización. En fin, espero que Sonia y Ricardo, vayan esta noche al cumpleaños del cachaquero, reguetonero; no me cae mal el tipo. Vaya uno a saber por qué terminó haciéndose el pendejo. Quién soy yo para juzgarlo. Tal vez, algún día, yo también termine así, nunca se sabe.

Tina toma un

nuevo curso

Tina escribió a las chicas, diciendo que necesitaba verlas. Se estaba volviendo un poco obsesiva con el tema de la escritura, si bien en los inicios, le era un placer su trabajo en la multimedia, la radio, y su columna en la revista, había llegado un punto en el que prefería quedarse en la casa a leer o escribir.

El número de seguidores de la famosa columna iba en aumento, y seguía siendo bien interactiva; los lectores participaban, enviando sus opiniones sobre los artículos o cuentos. La entrega “En el parque de la salud”, tuvo buena aceptación.

Tina seguía viviendo su rutina, con su mamá y la tía Ana en la casa. El duelo tras la muerte del papá de Tina fue muy acompañado y llevadero. Entre las tres, se complementaban sin molestarse. A veces, eso es difícil, viviendo juntas, pues suelen surgir roces por cualquier motivo. No era este el caso, se disfrutaba en el hogar de un agradable ambiente, donde reinaba la armonía.

El papá de Tina les había dejado un buen pasar. Contaban además con sus propios ingresos cada una, y la suma de todo hacía que vivieran con comodidad.

La mamá y la tía Ana fueron de viaje a visitar a una prima que vivía en Córdoba. Luego irían a Mendoza, a conocer unos viñedos. Estuvieron fuera dos semanas. Durante ese tiempo, Tina se sintió un poco sola y, abrumada por el silencio, se apuntó a otro curso on Une. Esta vez, tomó un curso de redacción creativa, y como se acercaba el mes de agosto, la propuesta había sido escribir sobre Asunción. A pesar de no estar muy segura de lo que estaba haciendo, Tina se animó a publicar su prosa sobre la capital del país.

Asunción

Asunción es una madre generosa. Todos los meses del año, nos regala variedad de hermosas flores, que brotan de los árboles que pueblan sus veredas o los patios de las casas. Pero, lastimosamente, tiene hijos ingratos que la aman, aunque son poco amables; no la cuidan como ella se merece. Aun así, Asunción, como toda madre, sigue brindando a todos, el esplendor de su naturaleza exuberante y subyugante. A través del paso de las estaciones, nos brinda el aroma de sus diversas flores. Esa fragancia que impregna el ser es valorada recién cuando se está lejos.

Hoy, quince de agosto, en pleno invierno, se puede observar un estallido de flores de lapacho; luego de que florezcan sus tres colores: rosa, amarillo y blanco, florecerán los jacarandas, después el chivato, los jazmines, la flor de coco, el palo borracho, y el ciclo volverá a empezar. Madre de ciudades y madre nuestra, gracias por tu bondadosa generosidad.

Tina recibe una

carta por correo

«Chicas, recibí una carta muy rara por correo, el remitente era un nombre muy extraño, decía: una fiel seguidora te pide un favor», escribió Tina en el chat de las superpoderosas.

«En el correo, esta seguidora, me decía que guardaba desde niña un terrible secreto, que nunca se había animado a contar a nadie, y que, al leer el adjunto, me daría cuenta de qué se trataba.

Efectivamente, al terminar de leer todo el texto que ella pretende que yo publique, me di cuenta de que se trataba de una historia de abuso de menores, algo bastante difícil y muy triste para mi columna».

—Bueno, ¿pero te parece interesante o no? —le preguntó Sil.

Tina respondió que no estaba segura, dudaba en publicarlo. Hacía tiempo que ya no enviaba los borradores de sus escritos a las chicas, pero en esta oportunidad, les pidió que hicieran de lectoras beta. Todas aceptaron.

Atando cabos

Marina:

Te debo una explicación, no quiero ni deseo herirte, pero hay cosas que ya no puedo callar más, me desborda tanta ira y rencor acumulados en mi interior, todos estos años. Como un detective empeñado en descubrir al culpable de un crimen sin resolver, intrigada, recorrí los laberintos de mi mente, intentando desentrañar el meollo de tantos sinsabores. Busqué, primeramente, en los dolores de espalda, un supuesto lumbago y un desvío de columna. Llegaron, más tarde, las migrañas, para dar paso al peor de todos los males: el temido insomnio. Todo siempre muy bien solapado por los mejores profesionales de nuestro medio, que, con medicaciones, como cómplices, sin saberlo, me hundían cada vez más en el abismo insondable de mi desconsuelo.

Nada, ni el ruido de las fiestas ni la infinidad de parejas, compañías, nada, sirvieron. Las medicinas, terapias, cursos de cualquier cosa, ejercicios, nada me daba la respuesta a tan inexplicable angustia. Un interminable estado de stress.

Llegó la luz a mi vida, fue un encuentro inesperado, pero muy oportuno. Logró acallar en mi corazón por varios años, unos de los misteriosos causantes de los recurrentes altibajos en mi estado de ánimo. Era una luz bondadosa que me cuidaba. Esperaba el momento en el cual yo estaría lista, para abrir el cerrojo del baúl que contenía, el que yo ignoraba era el más oscuro secreto de mi vida. Era algo que creía haber escuchado, no sabía dónde, como al descuido; alguien dijo algo al respecto. Nadie daba mayores explicaciones, simplemente estaban actuando en la obra de teatro de la vida.

Marina, nunca nada que hayas hecho o dicho, me afectó en forma negativa. Al contrario. Eras la única persona positiva que podía guiarme. Tu presencia, tu voz, me infundían respeto y seguridad. Los demás solo tenían para mí sus despojos, sus miserias, estaban enfermos, enfrascados en sus propios problemas. Recién ahora, al cabo de tantos años, pude darme cuenta. No los culpo.

Una niña abusada, ¿puede alguien imaginar que eso fuera posible en nuestra familia? ¡Imposible! ¡Pero si son gente de buen prestigio! ¡No puede ser verdad!

La resiliencia y el afán por superarme me obligaron a reprogramarme y aceptarme, pero no podía dejar de seguir husmeando en el pasado, buscando pistas, atando cabos. Siempre de fondo, con mucha asesoría.

Pasados más de treinta años, era imposible tapar el sol con un dedo. Las pesadillas eran recurrentes. La situación se volvió insostenible. A la vez, el velo de la piedad me decía que no era bueno levantar el avispero. Para qué remover tanta basura. Pero llegó el difícil momento de pronunciar la palabra incesto.

Él se volvió innombrable. Cuando solo lo imaginaba sin pronunciar su nombre, mi corazón galopaba enloquecido, y se me secaba la boca, algo me atragantaba, quedaba muda, bloqueada, helada. Era eso, sí, lo que tanto temía descubrir.

Creo que no hace falta seguir, ya te habrás dado cuenta totalmente de quien te estoy escribiendo. Ya no quiero nunca más volver a tocar el tema; solo tratar de asumir, olvidar, perdonar y curarme definitivamente. Sé que podrás entenderme, aunque duela; lamentablemente, tendrás que hacerlo.

Gracias, hermana.

Chat de las chicas

—La verdad es que estuvo entre triste y fuerte, la carta a Marina— dijo Marilú en el chat.

—No tuvo ningún comentario — respondió Tina—. Debo tener más cuidado con lo que publico.

—Yo más bien creo que la gente no quiere ni pensar en ciertas situaciones; es mejor leer algo que simplemente te robe una sonrisa, o te haga sentir bien —comentó Sil—. Si bien el incesto es un tema muy delicado, a mí, en realidad, me pareció interesante, pensá que tal vez, esa seguidora tuya, haya sentido algún tipo de reparación.

—Es lo que me consuela, pero no volvió a escribirme — dijo Tina.

—A otra cosa, Tina, quedate tranquila, ya se te va a ocurrir algo que vuelva a acaparar la atención de tus lectores—dijo Marilú.

—Eso espero — terminó Tina con un emoticón de carita triste.

La peluquería

del barrio

Sil esperaba invitados esa noche, a cenar en su casa. Su marido había convidado a unos socios extranjeros, y ella debía dar una grata impresión. No tuvo tiempo de ir a la peluquería del club, donde la atendían de maravilla.

A veces, esa imagen de perfección que rodeaba su vida, la dejaba un poco cansada. Era extenuante estar en todas: el costo de que la empresa funcionara bien, que su marido estuviera contento; sus hijos, padres y suegros bien atendidos, significaba que ella debía dividirse en varios pedazos.

De niña soñaba con ser artista. Con el paso del tiempo fue dejando atrás esa ilusión. La pequeña Sil, fue dejando pedazos suyos esparcidos por el mundo, hecha jirones. Del capullo emergió con alas rotas; era la sufrida y triste sombra de una mujer, que tenía que ser lo que los demás esperaban de ella. Por los suyos, olvidó muchos de sus sueños. Se propuso volver a nacer, y llegar a ser la persona que había deseado; y eso lo consiguió con creces.

Sil volvió en sí, y consultó con las chicas por el chat. Nori le aconsejó que vaya a lo de su peluquera, y le envió el contacto y la ubicación: quedaba en el barrio. Fue, y quedó muy bien impresionada con la peluquera y el salón. No había otras clientas, así que la peluquera, que al parecer tenía ganas de hablar, se puso a charlar con ella. Terminado el servicio de lavado, planchita, manos y pies. Sil, medio mareada, al subir al auto, tomó su celular, y le envió un audio a Tina, en el que le relataba dos historias, una de la propia Nenucha, y otra, de un suceso que había ocurrido en el barrio, que las chicas no conocían, pero la peluquera sí.

Sil terminaba diciéndole: «Creo que tengo un buen material para tu columna, Nenucha también te lee, y está de acuerdo en que lo compartas. Dice que guarda la revista donde salen tus artículos, para que los clientes puedan leer mientras esperan ser atendidos».

Nenucha

Hacía veintidós años, una vecina abrió su peluquería en el garaje de su casa, le puso por nombre su apodo, Nenucha; le gustaba pues se lo había puesto su querida tía abuela Betina. Nenucha era entrada en carnes, pero a la vez muy sexy, se teñía el pelo con distintos tonos vanguardistas, tenía ese algo que inspiraba confianza en toda su clientela. Como siempre, la mejor propaganda era el de boca en boca; no podía quejarse porque cobraba lo justo y trabajaba muy bien, tomando turnos por adelantado. Su agenda estaba repleta. Pronto el garaje se transformó en una coqueta peluquería de barrio con todos los complementos necesarios para su creciente clientela.

Esa tarde Marilyn Rojas, había pedido turno a las dieciocho. Nenucha la vio bajar de su auto rumbo a la peluquería, y pensó en lo triste y agobiada que se veía. Sentía afecto por ella, le dejaba muy buenas propinas y casi no hablaba. Lo cual era un alivio, pues había quienes la confundían con una psicóloga o un cura. Marilyn se había divorciado, pues su marido quería una familia numerosa, pero ella no pudo concebir a pesar de haberse sometido a numerosos tratamientos. En una ocasión le había dicho a Nenucha que sentía que había cumplido con las expectativas de sus padres y de la sociedad. Ya no necesitaba darle el gusto a nadie más que a sí misma. Nenucha aprobaba esa reflexión y se sentía identificada con ella. Le había costado muchísimo superar el acoso de su madre, quien ansiaba que Nenucha fuera una profesional médica. Se tuvo que conformar con una hija peluquera pero que, a pesar de no ser una "Doctora", la mantenía como una reina. Terminó su coloquio interior con una sonrisa en los labios al tiempo que abría la puerta de vidrio a Marilyn; recordando una historia que esta le había contado sobre unos antiguos inquilinos de su casa.

Cuando Marylin extendió sus largas piernas, enfundadas en botas negras de caño alto, pisó un montón de hojas secas. Pensó que las habrían dejado allí al barrer la vereda los vecinos de su casa que ahora estaba desalquilada.

Esa casa, era algo así como su jubilación privada anticipada. La había comprado quince años atrás, cuando ganaba lo que quería, vendiendo y alquilando casas; era una época en la cual, aún no había marcas internacionales que copaban el mercado inmobiliario. Siempre tuvo suerte con sus inquilinos.

La construcción de la casa era buena, y estaba ubicada en una zona inmejorable, cercana a colegios, y no muy lejos del centro de Asunción. Ahora tendría que poner un aviso para volver a alquilarla, ya que el último inquilino la dejó. Le había enviado un telegrama colacionado, que rezaba: «Sírvase aplicar los meses de garantía, a las molestias ocasionadas». Había pagado seis meses de alquiler por adelantado y en efectivo. O sea, no le debía nada, pues inclusive le envió fotos de los comprobantes de pago de servicios básicos al día; se había retirado a los cinco meses del inicio del contrato de alquiler.

Al ver a Marilyn, los vecinos de la casa de al lado, que estaban parados en la vereda, salieron a su encuentro. La señora Petrona, la saludó diciendo:

—¡Gracias a Dios que vino señora! ¡Hace rato que queríamos hablar con usted!

Marilyn preguntó qué había pasado. Tomó la palabra la vecina, diciendo con voz medio asustada:

—Es que Ña Marylin, allí entraban muchas personas extrañas. Chicas embarazadas, que después, sin más, se iban sin su bebé y sin panza, y no se escuchaba ningún llanto. Después sí que ya llegaban parejas rubias, que ni hablaban nuestro idioma, preguntaban la dirección, al llegar en taxi. A veces venían acompañadas de esa señora que se viste muy bien y tiene auto lindo. Raro era todo, Ña Marylin. ¡Qué suerte que se mudaron! Nosotros aquí en el barrio, ya sospechábamos que era el bebé tráfico que salió por la tele.

Cambio de color

Era una tarde gris, el plomizo color de las nubes presagiaba una tormenta. Macarena tenía que ir con un grupo de amigos a una fiesta en San Bernardino, sería en el Hotel C.

Como Macarena estaba en el que ella creía era el mejor momento de su carrera de modelo, no se perdía ningún acontecimiento. Pensaba que, si algún empresario del rubro la viera, podría contratarla para un anuncio publicitario.

Esa noche, en el Hotel C., habría una fiesta exclusiva para la movida de modelos y agencias publicitarias, con invitados especiales. Vendría de Brasil el grupo Caiobá.

En la casa de una de las chicas de la agencia de modelos, la brasileña Bruna, se reunieron y contrataron entre todas a Doni Diverti, el mejor estilista del momento, que iría con su equipo de maquilladoras y peinadoras a la casa de Bruna.

A Macarena se le ocurrió pedir que le retocaran las mechas, y entre tanto alboroto, a Nenucha, que entonces era asistente de Doni Diverti, se le fue la mano con la emulsión, se equivocó y cambió el color, o vaya a saber qué le pasó entre tanto alboroto y confusión. Como resultado, el pelo de Macarena, de rubio con mechas platinadas, pasó a ser negro.

Macarena gritaba indignada, casi se desmayó, se agarraba de los pelos insultando a Doni y a su equipo. Llorando dijo que no iría a la fiesta, y dejó la casa de Bruna dando un portazo. Amenazó que se vengaría de Doni, y agregó que todo eso era parte de un complot en su contra.

En la madrugada siguiente, con unos tragos de más, el conductor del auto de las modelos se estrelló contra una columna en una curva, volviendo de la fiesta en San Bernardino.

Llorando, afligida, Macarena llamó a Doni, y desesperadamente le imploró que le disculpara. Ese infortunado episodio del teñido en color negro de su cabello, le había salvado la vida. También le pidió que le diera el teléfono de Nenucha; la madre de Macarena estaba convencida de que ella era su ángel de la guarda, y quería darle las gracias de corazón.

Corte de luz

Casi sin darse cuenta, Sil se volvió habitué de la peluquería de Nenucha, pues iba casi todas las semanas. Era el lugar donde podía relajarse un poco, salía de allí bien arreglada; cada vez le asombraban, y divertían más, todas las anécdotas que Nenucha le contaba. Creyó recordar un viejo dicho «Hay que andar bien con las peluqueras de barrio, se saben todos los secretos».

Ese sábado de siesta, no había nadie en el salón, justamente por eso Sil elegía ese turno. En esa oportunidad, Nenucha le comentó que una vecina muy simpática, Miriam Balbuena, vivía enfrente mismo a su casa, por eso, la veía entrar y salir a cada rato; era muy amable, y solía visitar casi a diario a Nenucha. Pero parecía que a Miriam solo lo urgente la movilizaba. Confundía movimiento con actividad. En realidad, le encantaba vivir al límite, le producía el efecto de la adrenalina. Las llegadas de las facturas de ANDE y ESSAP, eran una prueba de ello para Nenucha. Pero, sobre todo, la de la ANDE. Como en su casa se consumía mucha energía eléctrica por el lavarropas, aire acondicionado, etc, era la factura más cara.

Como Miriam se había visto obligada a fraccionar los pagos, pues no tenía trabajo fijo y era un poco desordenada, no pudo darse cuenta de que debía cada vez más a la ANDE. Pensó que alquilando la pieza grande con baño que tenía construida en el frente de la casa, al joven doctor que instaló allí su consultorio, podría ponerse al día. Sin embargo, su desorden, le hizo olvidar el propósito original que la llevó a alquilar la pieza.

Cobraba el alquiler y en vez de guardarlo, gastaba todo el dinero en apagar el incendio más cercano y apremiante.

El colmo fue cuando en el horario de consultas del doctor inquilino, llegó el aviso de desconexión de la luz por falta de pago. Los pacientes comenzaron a sudar, pensando solo se trataba de un acostumbrado corte de luz de la ANDE. Como tardaba en volver la luz y ya estaba por oscurecer, el doctor preguntó a su secretaria qué pasaba. Dicho sea de paso, ella había sido testigo del retiro del medidor por parte de los funcionarios de la entidad, quienes dejaron el aviso correspondiente a la dueña de la casa. La secretaria, no tuvo más remedio que decir la verdad.

Furioso, el doctor, y avergonzado con sus pacientes, le increpó a su locadora, quien le pidió disculpas. El doctor tuvo que cerrar la consulta del día, y se retiró dando un portazo. Fue tragicómico, pero a la vez, todo continuó casi igual.

La yuyera

En otra visita de Sil a la peluquería, después del acostumbrado saludo, Nenucha comenzó diciendo:

—El caso de la yuyera del barrio, ese sí terminó mal— continúo diciendo Nenucha.

—¿Qué pasó, con qué yuyera? — preguntó Sil, quien, a todo esto, ni tenía tiempo de mirar su celular de tanto que le hablaba Nenucha; más bien, de repente se le cerraban sin querer los ojos, eso sí, la voz de la peluquera le relajaba.

—Ña Mami, así se llamaba — volvió a iniciar otro relato Nenucha—. Era yuyera, entre otras ocupaciones, que se veía obligada a ejercer para ganarse la vida. No tenía padres, y si los tuvo, no los recordaba; había crecido al amparo de una señora que la crió, a cambio de su ayuda para vender yuyos y empanadas.

Ña Mami tuvo tres hijos por quienes debía velar y responder, los diferentes padres de los chicos habían desparecido de la faz de la tierra. Se hizo de mucha experiencia al lado de la señora que la crió, y supo cómo manejar a su clientela, era buena en las ventas. A causa de la necesidad, no fue a ninguna escuela, la calle fue la única Universidad de vida para ella. Daba igual si al negocio de las empanadas y yuyos se le anexaba el de venta de paraguas en los días de lluvia, o venta de ropas en época de cambio de estaciones.

Pero su fuerte eran los yuyos; tenía un don innato para acertar al diagnosticar con precisión a los enfermos de todo tipo, que acudían a ella, atraídos por su buena fama de curandera consumada.

Ya independizada de la patrona que la había criado, montó su propio negocio, le iba muy bien. Sus hijos fueron formando sus propias familias.

Ña Mami aún era joven, y anhelaba que la vida le diera otra oportunidad para ser feliz. Sus socias le decían que se cuide de Fredy, su pareja, que era mucho menor que Mami, no parecía ser amigo del trabajo. Nada le importó a Mami, nadie sabía lo que Fredy le hacía sentir; y si ella quería mantenerlo, ese era problema suyo, ¿acaso alguien alguna vez le había dado un solo guaraní? No, nunca.

Por esos días, Mami tuvo una venta muy importante de ropa recién salida del Mercado. Colocó todas las prendas, el día treinta y uno, fin de mes; todos cobraban, y allí estaba ella para efectivizar.

No hubo mayores explicaciones, la policía solamente llamó a sus hijos para entregarles el cuerpo. La habían apuñalado por la espalda, y no tenía consigo ni un billete de dos mil guaraníes. Todos en el inquilinato, sabían que ese treinta y uno, Mami iba a cobrar a sus clientes.

Los hijos gritaban, lloraban, los vecinos del inquilinato también. Nadie atinó a dar las características de Fredy, quien brillaba por su ausencia.

«¿Pero por qué le habrá pasado esto a Mami?», gritaba una vecina. «¡Era tan buena!», decía otra.

Hasta que la vecina más vieja respondió: «Por culpa de la promiscuidad».

Repunte

La saga de la peluquería de barrio “Nenucha”, que podían considerarse cuentos de sicología social, hizo que repuntara el número de seguidores en las redes sociales de Tina, quien cada vez se encontraba más enfrascada en su profesión de periodista y aprendiz de escritora en sus tiempos libres.

Uno de los lectores de Tina, volvió a enviar una carta por correo. En ella, le decía que la misiva contenía una historia de la vida real. Si Tina la publicaba, sería como rendir un homenaje póstumo al protagonista. En esta ocasión, no consultó con las chicas. Le parecía muy linda la historia.

Una misión y

un destino

La mujer, de nombre Magdalena, había tenido seis hijos. Solo dos eran del mismo padre. Pero eso era solo un resultado de tinte geográfico.

Vivía a la vera del río, donde su madre se ganaba la vida dando de comer a los pescadores de la zona. Como era una zona inundable, cada tanto se mudaban. Los padres de sus dos primeros hijos, se marcharon de su vida tal como habían llegado, sin avisar.

Su madre enfermó muy gravemente, Magdalena se repartía entre atenderle a ella y a los niños. Le resultaba difícil dedicarse a dar de comer a los pescadores, quienes eran la fuente primaria del sustento de toda la familia.

Y volvió a repetirse la historia. Un pescador del humilde comedor se mostró interesado en ayudarla, aunque de paso, la dejó embarazada.

Con el nacimiento de su tercer hijo, Magdalena se dio cuenta de que tenía que buscar un hogar con mejores condiciones para el crecimiento de sus hijos; se lo comentó a una vecina, que a su vez conocía a una señora que andaba buscando niños para otras mujeres que no lograban concebir.

El trámite fue rápido. Le dieron remedios y hasta le regalaron ropa para su madre. No sintió pena al desprenderse de sus hijos. Al contrario, estaba llena de esperanza y se consolaba pensando que era lo mejor para ellos: tener la posibilidad de un futuro mejor.

Con el cuarto amor ocasional, un macatero, Magdalena tuvo dos hijos más. Fue la época de su vida en la cual experimentó mayor felicidad, sumada a su aparente estabilidad económica, que nunca había conocido. En esos días, tras una corta pero terrible agonía, murió su madre.

Creía que por fin era dueña de su vida, pero estaba equivocada. El macatero que decía estar profundamente enamorado de ella, un buen día desapareció sin dejar rastros, pero sí sus huellas, como sus otros amores.

Su vía crucis volvió a comenzar, y reapareció en escena la vecina. Fue fácil dejarse convencer de entregar a sus dos últimos hijos. La paga esta vez fue más generosa. Además de dinero y ropa, la mamá acogedora, en señal de agradecimiento, le montó una despensa en el Puerto de la ciudad.

En este nuevo escenario, Magdalena se asentó por un largo tiempo. Tuvo a su sexto hijo, a quien puso por nombre Francisco. No sabía ni de quién se había embarazado esta vez, pero se dijo a sí misma: «De este no me voy a desprender».

Era un hermoso niño. Parecía un ángel en toda la extensión de la palabra. Estudió y fue alumno destacado desde pequeñito en la escuela. Todos los clientes de la despensa le tenían cariño. Francisco ayudaba a su madre en todo, hasta que ella también cayó gravemente enferma.

Ya casi apagada, alcanzó a contarle la historia de su vida, y que él tenía cinco hermanos. Le dio a Francisco la dirección de la antigua vecina. Tal vez ella supiera dónde estaban sus hermanos, no se quedaba solo en este mundo. Antes de partir, le agradeció por haber sido tan buen hijo. Lo bendijo y le aconsejó buscar a sus hermanos.

Terminados sus estudios, Francisco se propuso forjarse un destino de hombre de bien. Ya próspero el negocio de la despensa, lo dejó en manos de un personal de su confianza. Sin dudarlo, se dirigió a la dirección que le dio su madre en un papelito. La casa de la antigua vecina, la persona que más deseaba ver en su vida.

Como Francisco era tan correcto, y llevaba el corazón cargado de buenas intenciones, tuvo suerte, encontró a la vecina. Le contó que su madre había fallecido, pero antes de expirar le había contado que se tuvo que desprender de sus cinco primeros hijos, pensando en un mejor porvenir para los mismos.

Como la vecina, la señora Victoria, parecía ser una buena persona, la escuchaba con atención. Francisco agregó que se sentía bendecido por haber podido crecer al lado de su madre, y se sentía responsable de trasmitir a sus hermanos, el mensaje de ella. ¿Cuál mensaje? Que los amó profundamente, pero, para que tuvieran un mejor destino, se despojó de ellos.

La señora Victoria entendió todo y le sugirió buscar a sus hermanos en las redes sociales, facilitándole a Francisco, los nombres de los padres adoptivos, de quienes guardaba los datos. A pesar de que la señora Victoria se dedicaba a una tarea, considerada por muchos, deleznable, ella se sentía con la conciencia tranquila. Estaba convencida de que hacía una obra de bien, ayudando a cada parte involucrada.

Francisco lanzó el anzuelo, y pronto por Facebook, todos los hermanos lograron ponerse en contacto. La cita entre todos sería en una ciudad fronteriza; en el mapa geográfico, los puntos de unión estaban lindantes.

¡Qué decir del encuentro! Fue inolvidable. Se presentaron todos, y enseguida comenzaron a tratarse como si hubieran crecido juntos; se encontraban parecidos y ninguno guardaba rencor en su corazón, solo ilusión, la sangre era igual. Ya no solo eran misteriosos amigos de una red social, sino que podían reconocerse como hermanos, por los rasgos. Se aceptaban como tales, y hasta empezaron a quererse, todo al mismo tiempo.

Se despidieron, con la promesa de volver a encontrarse en el mismo lugar, antes de Navidad. Cada uno volvió a sus actividades, con el corazón lleno de alegría; al fin sabían su verdadero origen, eso no tenía precio.

En el mes siguiente, intercambiaron entre sí, miles de fotos y anécdotas, ya de todos ellos, como hermanos. ¿Quién podía imaginarse que Francisco sufriría un penoso accidente de tránsito?

Fue rápido, y quienes lo vieron, dijeron que tenía una sonrisa dibujada en el rostro.

Nadie buscó al culpable, fue en la Ruta II, cerca de Capiatá, un día de lluvia. No quedó ningún rastro ni indicio del responsable.

Los hermanos no lo podían creer. Entre todos lo enterraron junto con su madre. Cada uno de ellos tenía la certeza de que el amado hermanito menor, Francisco, cumplió con su misión y destino en esta vida, lograr unirlos como familia.

Nuevas historias para

la columna de Tina

Fue muy positiva la reacción del público de la columna al último artículo, había comentarios que señalaban que las redes sociales les habían servido a muchos, para reunir a familias que, por diversas circunstancias, se habían separado.

Esto alentó a Tina. Se había anotado con Sil y Marilú, a un tour por la Avenida Mariscal López. Era del grupo de Instagram que Nori seguía, pero ella en esta oportunidad no pudo ir al tour, estaba en un proceso de acercamiento con su marido. Él la había invitado a ir al interior juntos.

—Parece que está dando muy buenos resultados el acercamiento entre Nori y Bernardo, funcionó que ella haya ido a consultar con una orientadora matrimonial—dijo satisfecha Marilú—. Yo no tenía muchas esperanzas.

—Gracias a Dios y a esa amiga tuya, hay una nueva oportunidad para ese matrimonio, les faltaba que se tengan un poco de paciencia nomás — respondió Sil a Marilú.

—La verdad es que son muy buena onda los dos, daba pena verlos distanciados, y ellos tontamente andaban mal — acotó Tina. Al mismo tiempo sacaba su cámara fotográfica.

El megáfono de uno de los organizadores comenzó a llamar a los inscriptos al tour, dividiéndolos por grupos.

Comenzó puntualmente el recorrido por la Avenida Mariscal López y General Santos, partieron desde la Villa Arcallana. Fue todo super instructivo. El paseo terminó en la antigua casona de la familia Peña, donde les sirvieron bocaditos y bebidas.

Tina había tomado muchas fotos a lo largo del trayecto. En cada casa les estaba esperando un guía arquitecto, que iba contando la historia del lugar: quién la construyó, con qué finalidad, qué personajes famosos del país habitaron allí, y quién era el dueño actual. A Tina le había llamado la atención una casa totalmente siniestrada. Le tomó unas fotos a la casa y el auto quemados. Esa foto fue el disparador para el siguiente relato de su columna.

La casa verde

Era una casa de dos pisos pintada de color verde musgo, con las aberturas blancas. Parecía ser una construcción de la década del setenta. Como estaba sobre la Avenida Mariscal López, pasaba inadvertida, rodeada de antiguas quintas señoriales, que en su mayoría conservaban el esplendor de sus inicios.

Quienes pasaban a diario en auto o en ómnibus, raramente se hubieran fijado en ella. Solo los peatones podían reparar en su lamentable estado.

Las malezas del jardín habían cubierto gran parte de la entrada principal. En el garaje se observaba un auto Toyota Crown, que alguna vez había sido marrón, totalmente incendiado.

El vehículo había sido el obsequio a una joven pareja recién casada, como regalo de bodas. Los padres de los novios eran, por ambos lados, muy adinerados.

Al comienzo, todo fue bien. El noviazgo había durado seis años. Joaquín y Celeste eran chicos populares entre sus amigos. Él era ingeniero agrónomo y trabajaba en la estancia de su padre. Celeste era arquitecta, y ella misma diseñó la casa que sus padres y sus suegros les regalaron.

No habían convivido antes de casarse, como se estilaba en ese entonces. Tal es así, que Celeste comenzó a sorprenderse ante ciertas reacciones de Joaquín, ni bien volvieron de la luna de miel.

La dinámica era más o menos igual casi todo el tiempo. Joaquín iba al campo por espacio de una o dos semanas, y cuando volvía a Asunción, se quedaba unos cinco días.

La primera vez, Celeste se encontraba sumamente emocionada. La casa estaba toda amoblada y decorada. Una joven empleada, sobrina de la señora que trabajaba en lo de su madre, hacía las labores domésticas. Su papá le había regalado un Toyota Crown, al tiempo que le decía «Es para que causes buena impresión en tus clientes».

Todo era motivo de felicidad. Pero Celeste, en seguida, notó algo distinto en Joaquín. No sabía explicarlo con palabras.

Esa primera vez, Celeste hizo pasar el grosero e incómodo mutismo en el que se encerró Joaquín; pensó que tal vez fuera así nomás, ahora que pasaban todo el día juntos.

Mientras él estaba trabajando en el campo, Celeste atendía los trabajos que ya tenía, y fue haciendo nuevos contactos. Era la época del boom de Itaipú y corría mucha plata en todos los rubros. La segunda vez que Joaquín volvió del campo, si estuvo de buen humor.

Y así, a veces, estaba muy animado, aunque en otras ocasiones se encerraba en el escritorio y pedía que no lo molestaran.

Pasado el primer año de matrimonio, Celeste quedó embarazada. Los abuelos de ambos lados estaban felices, todos sus anhelos se iban cumpliendo.

Nació el primer hijo de la pareja, se llamó Álvaro Joaquín, en honor a los dos abuelos. Al comienzo, Joaquín se entusiasmó con el pequeño Álvaro, pero se repitió el patrón; en algunas visitas lo mimaba mucho, se interesaba en todos los detalles de la crianza, pero en la siguiente visita, apenas lo miraba, y permanecía callado, respondiendo con monosílabos.

A Celeste comenzó a preocuparle esta bipolaridad en el carácter de Joaquín, pero no sabía con quién consultar al respecto. Temía que su madre y su suegra, se llevaran alguna decepción, y a la vez, no se sentía segura sola con Joaquín.

El tercer año de matrimonio, la pareja tuvo a su segundo hijo, Federico Luis. El nombre lo eligió Celeste.

A este segundo hijo, Joaquín prácticamente le ignoró desde su nacimiento.

Un día, antes de dormir, Celeste se atrevió a preguntarle a Joaquín qué le estaba pasando, porque lo notaba muy distante.

—Es que siento que les querés más a los chicos que a mí— le respondió Joaquín, tenía celos.

—¡No seas tonto Joaco, son nuestros hijos, ¡cómo vas a pensar algo así, es un amor diferente! — le dijo Celeste.

En adelante, Celeste tuvo más detalles de atención con Joaquín, pero nada parecía funcionar. Sus viajes al campo se fueron prolongando. En vez de dos semanas, llegó a tardar un mes en volver a Asunción; cuando lo hizo, volvió con la barba larga y la mirada perdida.

Celeste no aguantó más, fue a casa de sus padres, con los chicos y la niñera. Le daba pena llevarles problemas, pero notaba a su marido cada vez más extraño y distante.

—Qué hermosa visita— dijo la mamá de Celeste al recibirlos.

—Vengan mis muchachos — dijo el papá, riendo alegremente.

—Mamá, papá, disculpen que los moleste, pero tengo algo un poco delicado que contarles— comenzó a relatar Celeste.

Llorando, Celeste, les fue comentando detalles de la convivencia con Joaquín, que le habían causado cierto temor. Sus padres la escucharon. Luego de la conversación, su padre le dijo:

—Puede que esté teniendo algún trastorno emocional. Yo siempre supe que tu suegro tuvo un hermano, Ramiro, que terminó recluido en un centro de menonitas en el Chaco. Ojalá no se trate de nada grave. Lo difícil va a ser abordar el tema, nadie quiere reconocer este tipo de comportamientos en sus hijos. ¿Te hizo algún tipo de daño físico?

—No — le respondió Celeste—. Eso es lo peor. A veces creo que es todo producto de mi imaginación. Por otra parte, las chicas que trabajan en casa, ya hace rato se dieron cuenta de lo rara de la situación.

—Yo te aconsejo que hables bien con tu marido — siguió el padre —. Ante el menor indicio de que se vuelva violento, nos llamás y vamos a buscarte, dando conocimiento a sus padres.

Celeste volvió a su casa un poco más tranquila. Su madre le había dicho que estaría pendiente de ella y que rezaría una novena a San José. Quizás por el desahogo con sus padres, Celeste experimentó un periodo de calma.

Pasados seis meses, Joaquín comenzó a volverse errático nuevamente, y en esta ocasión, no quiso volver al campo por un mes. Además, comenzó a tomar, primero cerveza y después ya cualquier bebida alcohólica. Esto alarmó nuevamente a Celeste, quien se atrevió a llamar a su suegro.

Una vez enterado don Joaquín padre, una sombra de preocupación cubrió su rostro, frunció el ceño y tristemente le dijo a Celeste:

—Yo guardaba la esperanza de que se le pasaría, pero veo que no fue así. A pesar de que Joaco siempre se destacó por su inteligencia, buenas notas y condiciones de atleta; era más bien retraído y taciturno. Sus amigos lo contuvieron muchísimo, y luego vos — le dijo mirándole con dulzura a los ojos—. Mi hermano Raimundo (que en paz descance) también comenzó así.

Celeste le dijo que amaba a Joaquín, pero que había comenzado a tenerle miedo, cuando él la miraba fijamente a los ojos y no le hablaba. Le contó también que a menudo, Joaquín celaba de sus propios hijos, y que, últimamente, le había insinuado que también sentía celos de sus clientes.

—Mire, don Joaquín, yo nunca le dí motivos; prácticamente trabajo desde casa ya que el estudio está a la vuelta. Nunca imaginé que pasaría esto; de novios, Joaquín nunca fue celoso.

—Es porque estos episodios, se le daban muy de tanto en tanto. Por lo visto, ahora se le acentuaron — dijo como disculpándose don Joaquín.

La charla terminó, con la promesa de que el suegro de Celeste consultaría con un buen médico amigo.

A pesar de que contaba ya con la ayuda de su padre y su suegro, Celeste no se sentía segura. La última visita de Joaquín se convirtió en un verdadero infierno. Se enteró de que ella había hablado con su padre.

—¡Aquí la que está loca sos vos! — le dijo Joaquín al enterarse de que su padre había pedido cita con un psiquiatra. Esto no se va a quedar así, no pienso ir a ningún loquero, andá vos si querés.

—Joaquín, no grites por favor, los chicos.

—¡Sí, que se enteren de que su mamá es una tarada, que anda con sus clientes, sale diciendo que va a trabajar y vuelve de noche!

Celeste se encerró en el dormitorio con los chicos abrazándola, ellos lloraban, y Celeste también. Joaquín se puso a golpear fuertemente la puerta con los puños.

Después del griterío, Joaquín se encerró en el dormitorio con llave, y no salió más. Reinaba en la casa un silencio sepulcral.

Al día siguiente, salió como si nada.

El ambiente familiar se volvió insoportable. Joaquín miraba de reojo, daba portazos. Celeste temía que la ira se volviera a despertar en él, prefería callar.

El padre se desentendió de su hijo, pues Joaquín volvió al campo.

Esta vez, pasaron tres semanas sin novedades de él.

Una noche, Celeste escuchó unos ruidos raros en el frente, era Joaquín que estaba llegando del campo y bajando sus cosas, sin ninguna consideración al sueño de sus hijos. Llegó al dormitorio, y Celeste se hizo la dormida. Joaquín tenía olor a alcohol, como siempre.

A la mañana siguiente, Celeste llamó a su suegro, antes había hablado con su padre. Le explicó que ya no quería seguir con Joaquín, él se había vuelto un ser extraño al que le tenía mucho miedo. Le pidió por favor que se hiciera cargo de Joaquín, que él no estaba bien. Era un peligro para sí mismo y la familia, había venido manejando borracho del campo. Con mucha pena, su suegro aceptó y le dijo que iría a buscarlo.

Dos días después, estando Celeste, los chicos y las empleadas en la casa, de madrugada, comenzaron a toser; era a causa del humo que se extendió por las habitaciones. Comenzaron a gritar y a correr chocándose entre todos. Celeste impartía las órdenes de salir hacia el jardín.

En la vereda, riéndose a carcajadas, estaba Joaquín con un bidón de combustible y un soplete. Al mismo tiempo que todos salían atropelladamente de la casa, llegaron los bomberos y la policía

Joaquín se reía de manera siniestra, sujetado de ambos brazos por dos enfermeros, quienes intentaban ponerle una camisa de fuerza.

—La sacó barata, señora —le dijo un bombero a Celeste—. Parece que el señor es un pirómano.

—El señor es mi esposo — respondió tristemente Celeste.

Primer borrador

La casa verde no fue aceptada para ser publicada en la columna de Tina, su jefe le dijo que era una historia muy larga y aburrida, que la acortara. Tina no quiso hacerlo. Pero justamente esta situación, que le ocurría por primera vez, le hizo preguntarse si aceptarían publicar su cuento sobre Serafina Dávalos.

Volvió a leer el material, le dio unos cuantos retoques, y se lo envió por correo a su jefe. En asunto colocó «Primer borrador», y en el correo le preguntaba si en el futuro le publicaría el cuento. Solo quedaba esperar.

En el Unión Club

Era el tres de diciembre del dos mil veintiuno. Las chicas del grupo fueron juntas a ver la obra de teatro unipersonal de Gustavo Ilutovich “Serafina dónde estás”, que se estrenaría en el Unión Club. Tina hizo la compra de las entradas anticipadas, y luego las chicas le hicieron la transferencia bancaria. El interés de todas era saber si por fin Tina, podría terminar el cuento que le había quedado pendiente hacía un año, en el curso que había tomado por zoom.

Llegaron temprano. El lugar estaba iluminado y se sentía en el aire una atmósfera misteriosa. Las chicas se sentaron juntas, en la primera fila. Hablaron con los presentes, y justo allí, Sil vio a la amiga que había comentado. Una de las descendientes de Serafina Dávalos. Se levantó del asiento, estirando a Tina para que la acompañara. Se acercó a ella, la saludó y le presentó a Tina. Quedaron en hablar al final de la función, que estaba por comenzar.

La obra trataba de la vida de Serafina Dávalos, escrita e interpretada por el mismo Gustavo Ilutovich. Era un relato en el cual, el actor se transformó en una variedad de personajes; terminaba con la misma pregunta que se había hecho Tina: ¿cuál fue el final de Serafina y dónde estaba enterrado su cuerpo? Al final, el hombre con barba blanca, que interpretaba a una mujer del siglo pasado, todo vestido de negro, con un velo, grita, preguntando: Serafina, ¿dónde estás?

Concluída la función, repartieron unas fotos de Serafina Dávalos entre los presentes. Tina no desaprovechó la oportunidad, para preguntar al actor que interpretaba a Serafina, dónde se había documentado, y para su sorpresa, le respondió que estaba casado con una descendiente de Serafina, justamente, la amiga a quien Sil le había presentado. Se pasaron los números de celular, y quedaron en verse más adelante. Pasarían dos años para que se diera el encuentro, en el cual Tina tomaría los últimos apuntes, sobre lo que, para ella, era una idea que no dejaba de darle vueltas en la cabeza. Se estaba adentrando, sin saberlo, en el género de la ficción histórica.

Tiempo de celebrar

Por fin terminó la pandemia. Desde mayo del 2022, todas las medidas sanitarias se relajaron. La gente comenzó a salir desenfrenadamente y los viajes volvieron. La algarabía se respiraba en el ambiente. Luego de tanto encierro y sufrimiento por las pérdidas de vidas humanas y el desempleo generado por tantos cambios, todos deseaban distraerse, olvidar ese borderline que habían experimentado. Dejar el dolor e incertidumbre atrás.

Marilú había invitado a las chicas a un after office, para celebrar el fin de año juntas. Las esperó en el quincho de su oficina, con café, jugo, bocaditos y champagne. La razón por la cual había elegido su lugar de trabajo para la reunión fue porque deseaba compartir con ellas, sobre todo con Tina, la sensación de que el retrato de Serafina, que tenía colgado en la pared cercano al de su abuelo abogado, a veces le hablaba. Como nadie le creería, Marilú no comentó el hecho con nadie. Pero, por otra parte, pensaba que había llegado el momento.

—Tina, no quiero que creas que estoy loca, pero siento que, desde el retrato, Serafina me habla, no sé si es mi imaginación, o tanto ya nos contagiaste tu interés en tu cuento sobre ella.

—Claro que te creo, Marilú, es más, te agradezco, porque me hiciste recordar que tengo que ponerle un título al cuento.

Las chicas comenzaron a debatir sobre el posible título, sugiriendo diferentes opciones, pero ningún título le gustaba del todo a Tina, o no lo encontraba apropiado. En Google había varios libros que llevaban incluido el nombre de Serafina.

Cambiaron de tema y siguieron el festejo, hablando hasta por los codos como siempre. Eran muchos los motivos para celebrar: gozaban de buena salud, contaban con un trabajo que les gustaba, y lo mejor, Nori se había reconciliado con su marido. Habían sobrevivido a una pandemia terrible, se sentían dichosas y muy afortunadas. Parecía que Serafina desde el retrato las observaba, con una leve sonrisa dibujada en el rostro.

La historia va

tomando forma

En el verano de 2023, Tina por fin logró concretar la visita a la descendiente de Serafina Dávalos. Sil la acompañó a visitar a su sobrina Rosemary y a su esposo, Gustavo Ilutovich.

Tina pensaba que esa visita, era lo que necesitaba para darle un cierre a la tarea que se había impuesto. Los únicos datos que tenía estaban conformados por el artículo periodístico que despertó su curiosidad, el libro Serafina Dávalos Feminista, de Rocco Carbone, Servilibro 2020. De toda la vida. Memorias de lesbianas en Paraguay, Aireana, Grupo de derechos de las lesbianas, Servicios Gráficos. 2020. Serafina Dávalos Precursora del Feminismo Servi Comics; Colección Protagonistas de la Historia en Paraguay, Guion de Andrés Colmán Gutiérrez, Dibujos y colores de ADAM. Servilibro 2020; algunos pocos apuntes de Internet; y el guion de su amiga, la actriz Techi Pereira, quien en una ocasión personificó a Serafina Dávalos, en una obra titulada Túnel Feminista.

Era el domingo ocho de enero de dos mil veintitrés. Sil tocó el timbre de la casa, y les recibió la señora Rosmary. Las chicas llevaron unas galletitas para compartir, el matrimonio anfitrión les estaba esperando con una rica merienda.

Durante la conversación de Sil y la sobrina nieta de Serafina, Rosmary Dávalos, Tina se pasó tomando apuntes.

Tina le leyó a la señora Rosmary, las preguntas que había escrito en un papel, comentándole, en primer lugar, que esta charla le hacía falta para dar un cierre a la pequeña investigación que había emprendido con el fin de escribir un cuento.

Amablemente la señora Rosmary Dávalos le fue refiriendo detalles, desconocidos para Tina, y algunos que corroboraron como ciertos, de aquel artículo que fue el disparador de su interés por la primera jurista paraguaya.

Tina le refirió que le había sorprendido leer los términos de la querella que había presentado Nicasio Dávalos, agregando que le parecía una historia hasta si se quiere lúgubre y que daba mucha pena.

La señora Rosemary Dávalos, refirió que estaba justamente trabajando en rescatar y valorar la vida y obra de la gran luchadora feminista.

Llegaron a la conclusión de que, a pesar de esa revelación periodística, era imposible empañar la valiosa trayectoria de Serafina. Las circunstancias de su muerte no podrían opacar el brillo de su vida.

Sil había intentado descifrar los garabatos que a prisa Tina hacía en su libreta, a medida que la señora Rosmary le hablaba sobre su tía Serafina. Al parecer después ni la propia Tina entendió lo que apuntó, porque sacó su celular, y empezó a escribir en notas. El título de sus apuntes decía: «Conversación mantenida con Rosmary Dávalos el domingo 08.01.2023».

Misas y novenas

Luego de la visita, en la cual había logrado apuntar nuevos detalles sobre Serafina, Tina volvió a retocar el cuento, pues se enteró de infinidad de datos que desconocía.

Sil y Nori eran las católicas, devotas y practicantes del grupo. En cambio, Marilú y Tina, eran más bien agnósticas, pero como se querían, procuraban ser bien diplomáticas, y no tocar temas que las enfrentarían.

Como era de esperarse, prontamente, Sil y Nori comenzaron a pedir misas por el alma de Serafina y Honoria. Sil lo hacía a través de un enlace con Las Carmelitas, que cada día le enviaba una amiga.

Por su parte, Nori también encargó una novena en la misa de la parroquia, por ambas.

No contenta con esos detalles, Nori pidió a su confesor que las acompañara a la Recoleta para celebrar un réquiem.

En la Recoleta

Llegó el día esperado. Las chicas se encontraron con el Sacerdote de la Capilla Oblatos de María, que fue a hacer el réquiem en vez del confesor de Nori, a quien le surgió un imprevisto y no pudo asistir.

Ingresaron a la Recoleta por el portón N° 1, sobre la Avenida Mariscal López. Fueron hasta el sitio solamente simbólico que erigieron en memoria de Serafina.

Una vez allí, el padre Gustavo, abrió su maletín y sacó los objetos religiosos que usaría. Luego del sencillo y bello homenaje, el sacerdote elevó una oración de perdón por lo ocurrido en el pasado, intentando así reparar el hecho de que no se le permitiera a Serafina tener un entierro digno, y que se ignore hasta hoy, donde están sus restos. Ese gesto, a Nori, que era la más aprensiva, le dio paz.

Vuelta al

gimnasio

En el verano del año dos mil veintitrés, la pandemia era ya tan solo un mal recuerdo. El covid había pasado a ser un tipo más de gripe. Algunas personas ya ni querían ponerse la cuarta ni la quinta dosis. Había pasado el miedo. Otros bichos más temibles andaban rondando el país, entre ellos un desagradable mosquito, que transmitía la chikungunya. La influenza reapareció, más brava aún que el covid.

Pasado el obligado encierro, la gente se relajó muchísimo, ya en la segunda mitad del año dos mil veintidós. Los viajes se dispararon, todo el mundo se tomó la revancha. Volvieron los viajes de fin de año de los estudiantes, por aniversarios, cumpleaños o simplemente paquetes que no habían sido usufructuados. Se ofertaban viajes imposibles de resistir.

Con todo volviendo a la nueva normalidad, las chicas del grupo regresaron al gimnasio. Ya ninguna se anotó en clases de baile, más bien, usaban la cinta, la bicicleta u otros aparatos.

Cristi estaba muy cambiada. Había perdido a un amigo muy querido durante la pandemia. Estaba como desesperanzada. El profesor de baile latino se mudó de gimnasio, fue a enseñar salsa a un club donde parece que le pagaban mejor. Se podía notar que había menos personal. Circunstancia que se repetía en muchos negocios.

—¿Sabés algo de Sole? — preguntó Marilú a Cristi.

—Se borró como muchos — le respondió Cristi —. Estoy haciendo una campaña bien agresiva para recuperar a la clientela o atraer a gente nueva.

—Sí, vi en Instagram—dijo Marilú —. Yo no me puedo quejar, no me faltó trabajo nunca, al contrario.

—Veo mayor cantidad de gente joven en el gimnasio— agregó Marilú, ellos viven el día a día; ¿viste cómo cambian de trabajo a cada rato, o largan todo y se aventuran a vivir en otro país?

—Es verdad — respondió Cristi—. Muchísimos pibes re bien preparados están abandonando el país, se puso de moda.

—Es como que ahora falta, en la lista a chequear, se añadió el «tengo que vivir en el extranjero»; me sorprende el desarraigo que existe entre los jóvenes —se lamentó Marilú.

—Yo no lo veo tan así, ahora nos toca a nosotros hacernos de los aventureros y repoblar Europa, su índice de natalidad es decreciente, es exactamente al revés que antes.

Así siguieron hablando Cristi y Marilú, retomando una vieja costumbre. El hecho de saber escuchar y conversar, era uno de los puntos a favor de Cristi; se interesaba en los clientes que deseaban conversar. Al tiempo que era respetuosa con los más reservados.

En eso llegaron las otras chicas: Sil, Nori y Tina.

Casi todo volvía a ser como antes, a excepción de las personas que ya no estaban.

Tina visita la

oficina de Marilú

Marilú había pedido a Tina que pasara a buscarla por su oficina. En principio, irían juntas al gimnasio. Marilú estaba sin auto. Pero la verdadera razón de ese encuentro era una consulta que a Tina le rondaba por la cabeza. No había olvidado que Marilú había mencionado en dos ocasiones, que sentía como si el retrato de Serafina Dávalos quería decirle algo.

Tina pidió pasar al baño para cambiarse de ropa. Tenía la costumbre de salir de su casa equipada hasta la noche, o sea, llevaba lo puesto, más la ropa del gimnasio y otra por si surgía alguna salida durante la jornada. Salía de día y volvía de noche a su casa. Era libre, no se debía a nadie. Su mamá y su tía tenían sus propios programas, y últimamente, la convivencia entre las tres, además de armónica, se volvió entretenida. Habían logrado esa sensación de equilibrio, gracias al respeto y el cariño que se tenían. Era una pequeña familia, al fin y al cabo. La tía Ana contaba infinidad de anécdotas, y entre ellas, una en particular, le llamó la atención a Tina, y la dejó en el tintero para una próxima entrega. Pero sabía a la vez, que eso significaba retrasar el escrito sobre Serafina Dávalos, que se había vuelto como un deber por cumplir en expectativa.

Luego de cambiarse, Tina pasó al despacho de Marilú. Se sentó en una silla, que estaba frente a la pared, donde estaban colgados algunos retratos, entre ellos el de Serafina Dávalos, al lado del retrato del abuelo abogado de Marilú. Lo observó detenidamente. Entonces se animó a preguntar:

—¿Marilú, precisamente qué es lo que sentías que el retrato de Serafina quería decirte?

—No te puedo responder claramente — le dijo Marilú —. Pero sí te aseguro que parece un hecho ligado al cuento que estás escribiendo. Es un poco loco hablar de esto, pero si te ponés a pensar, justo un tiempo antes de que comiences el curso por zoom, yo me había mudado aquí y decidido colgar el retrato.

—Luego, como que todo se fue uniendo. Tanto no quiero tocar el tema, no sea que me tomen por demente. Nunca en la vida tuve premoniciones ni nada por el estilo. ¡Dios mío!

Tina le respondió que se tranquilizara. Agregó que ella sentía que había llegado el tiempo de juntar las notas sueltas que tenía para el cuento, y sentarse de una vez frente a la computadora, y terminarlo. Coincidieron en que, si bien no era una carga, ambas percibían que Tina debía concluir el tema.

—Los otros cuentos me salen sin problema, no sé por qué con este me lié tanto —dijo Tina.

—Será porque lo tomaste muy en serio, dejaste de divertirte como con los otros; es el momento, ¿qué es lo que puede pasar?, ¿qué te preocupa? —respondió Marilú.

—Olvidé comentarte que mi jefe me dijo que era muy largo el primer borrador que le envié. Y me dijo algo que me dejó descolocada.

—¿Qué? ¿Te faltó al respeto o qué pasó?

—Nada que ver, me dijo que los dos últimos materiales que le envié eran más adecuados para un libro.

—Eso es buenísimo— le alentó Marilú— ¿Y qué pensás hacer?

—Y justo el profesor del curso por zoom que había tomado, nos invitó a los del grupo de WhatsApp, a lanzar un libro contando historias en conjunto; él estaría a cargo de la coordinación. Creo que me falta ponerles títulos, y esos dos últimos escritos, que no fueron aceptados para mi columna, los voy a enviar al profesor para que vea si pueden ir en el libro colectivo.

—¡Aparte de una amiga periodista, ahora voy a tener una amiga escritora! — dijo soltando una carcajada Marilú.

En esas se debatían las dos amigas, cuando por fin decidieron salir de la oficina rumbo al gimnasio, una vez que Marilú también se cambió de ropa.

Parecía que, Serafina, desde el retrato, sonreía levemente, complacida con lo escuchado.

Flechazo en el

cementerio

Martita, levantate ya. Así la despertó Lina. Era lunes, y a Martita siempre le costaba un mundo arrancar bien la semana. Su mamá salía muy temprano de la casa rumbo al trabajo, a Martita la buscaba un transporte escolar. Lina, su niñera, la vestía y luego desayunaban juntas. Más que un personal de servicio, Lina era parte de la familia, trabajaba en la casa, hacía ocho años, era oriunda de Caaguazú.

La historia de Lina era como la de miles de mujeres paraguayas. Había sido madre púber a los trece años, su hijo se llamaba Secundino, y le decían Nino. Parecía no extrañarlo o, simplemente, Lina era muy práctica.

Los fines de semana, o sea los domingos de siesta, se despedía de Martita para ir rumbo a la casita que cerca de la seccional del barrio, alquilaban Lina y su concubino.

«Qué fea palabra concubino», pensaba Martita. Su mamá le había explicado que significaba que Lina y don Torales, no estaban casados.

Lina tuvo antes de don Torales, dos novios o concubinos: don Cáceres y don Alfonso. El primero murió de un infarto, una calurosa tarde de enero, luego de jugar vóley en la canchita de la parroquia. Lina estaba agradecida con él porque había sido muy bueno con ella. No tuvieron hijos, y sin nadie más que le llevara flores al cementerio, Lina, los primeros seis meses después del fallecimiento de don Cáceres, iba hasta el Cementerio del Este, religiosamente, todos los lunes. Compraba algunas flores que revendían las señoras floristas, que estaban apostadas frente al cementerio, tenían sus puestos de venta en la vereda.

Una vez, Lina llegó al mismo tiempo que un cortejo fúnebre; sobre el cajón había innumerables coronas de bellas flores. Estando unos músicos ejecutando unas canciones, ni bien las coronas fueron puestas en el suelo para ingresar el féretro al panteón, las floristas se abalanzaron sobre las coronas, arrancando las flores. «Con razón eran tan baratos los ramitos», pensó Lina.

El ritual de su visita de los domingos de tarde a la tumba de don Cáceres terminaba, una vez que ella acababa de tirar las flores marchitas, cambiar el agua de la semana anterior y colocar las flores nuevas. Luego barría. Por último, se paraba en forma solemne delante de la lápida, rezaba un Padre nuestro, Ave María y Gloria, retirándose silenciosa y sola del lugar.

Pasados los seis meses, la visita semanal se transformó en quincenal. Lina comenzó a tomarse un domingo de por medio, para limpiar su casita y descansar un poco. El domingo siguiente, se percató de que había un nuevo vecino en el cementerio. Pensó que había sido el jueves anterior, pues era el día que ponían los nombres a las lápidas. La difunta se llamaba Celedonia Benítez de Alfonso; al pie decía «Tu devoto esposo». No figuraban hijos.

De repente nomás, vio a un señor mayor de unos setenta años, o sea mayor que Lina, quien solo contaba con cuarenta y un años. El individuo se quitó el sombrero al saludarle, al tiempo que se presentaba como el viudo de doña Celedonia Benítez.

Por el acento, Lina dedujo que era argentino, iba muy bien vestido. Después de aquel primer encuentro, el argentino, que se llamaba Ezequiel Alfonso, le invitó a tomar un cafecito a la salida. Lina aceptó.

Quince días después, don Alfonso y Lina, fueron juntos por última vez al Cementerio del Este. Era una despedida tácita de sus antiguas parejas. Pasaron a vivir juntos.

Lina siguió en el servicio doméstico, para tener su independencia económica, decía, a pesar de que don Alfonso trabajaba muy bien; parece que era importador o algo así. Lina pidió a la mamá de Martita, trabajar con retiro. Decía que don Alfonso, la llevaba al cine, a comer asado, por todos lados. Era la primera vez que Lina vivía rodeada de prosperidad. Estaba como deslumbrada.

Lastimosamente, parece que don Alfonso era contrabandista. Cayó una carga suya de mercaderías, y comenzó su mala racha.

La pobre Lina adelgazó, estaba ojerosa. La causa: el cáncer de hígado de don Alfonso, un bebedor consuetudinario.

De vivir un corto tiempo en la abundancia, Lina volvió a sufrir estrechez económica. Pero por suerte, de la seccional la ayudaban con los medicamentos. No fue larga la agonía de don Alfonso. A los seis meses, se fue como llegó, un domingo de tarde. Literalmente, no tenía donde caerse muerto. A lo largo de la enfermedad, habían vendido el auto y los electrodomésticos.

«Tuvo si qué el buen gusto de irse pronto y gracias a Dios que en la Seccional hasta un cajón fúnebre le compraron», pensaba Lina, quien quedó viuda y sola una vez más. Hasta que volvió a juntarse, esta vez, con don Torales.

La Tía Ana

Luego de la publicación de Flechazo en el Cementerio, en la columna de Tina, la tía Ana flotaba de alegría. A todas sus amigas les contó que ella fue la que aportó la anécdota.

Ese fue el último cuento de Tina que se publicó en la columna del diario.

Por suerte, cayó simpática la entrega. Tuvo varios comentarios, o sea, no pasó desapercibida.

La tía Ana le preguntó a Tina qué tenía previsto para la próxima publicación. Ana le contestó que estaba terminando un texto sobre Serafina Dávalos.

—Sí, recuerdo haber escuchado su nombre, pero no sé mucho sobre ella, creo que era abogada — respondió tía Ana.

—Sí, tía, fue la primera abogada del Paraguay. En realidad, fue una figura muy conocida, varios lugares llevan su nombre. Fue una pionera en muchos temas relacionados con los derechos de la mujer. Justamente por ser una figura relevante de nuestra historia, estoy intentando hacer un buen trabajo. No es lo mismo escribir historias inventadas o reseñas, que hablar sobre una persona que existió en la vida real.

—Y pedí ayuda entonces— le alentó tía Ana.

—Tal vez tengas razón, tía, puede que así me anime. En el fondo, creo que me estoy acobardando.

Tina siguió acompañando a su tía Ana, ella estaba en la hora sagrada en la cual tomaba mate con remedios de yuyos.

El retrato de

Serafina

Nací en Ajos en la primavera de 1877. Desde niña fui muy curiosa, y quería estar siempre a la par de mis dos hermanos mayores, Nicasio y Alejandro. En ocasiones, yo jugaba con ellos a la pelota, pero, el inocente hecho de que una niña chutara un balón era motivo de burla para los varones.

Nuestro padre, Gaspar Dávalos, tenía un negocio, al cual concurrían muchos clientes. Entre ellos, estaba el señor Belirán, con quien hacía negocios, ambos eran prósperos comerciantes.

El señor Belirán, era padre de una de mis compañeras de colegio, con la que siempre había congeniado, se llamaba Honoria. Éramos muy unidas, pero nuestra amistad era muy rara para las otras compañeras. Desde entonces, un halo de misterio nos envolvió.

Realmente, tengo que admitir que fui privilegiada. En sintonía con los patriarcas Dávalos, que daban libertad a sus hijos para elegir sus destinos, permitiendo que los suyos eligieran la vida que llevarían; mi padre no me impidió venir sola a Asunción, a seguir mis estudios. Confió en mí. Yo sentía que debía seguir el ejemplo de mis antepasados, entre quienes se encontraba el primer médico de la región. El patrón familiar me guiaba a hacer el bien al prójimo y, por ende, a la sociedad. Destacar entre los demás, era una consecuencia natural.

A principios de 1900, en Asunción, el círculo intelectual en el que yo me movía estaba integrado solo por hombres. Me era fácil debatir entre reconocidos señores, algunos estaban encantados conmigo. Acostumbrados a ver a sus esposas, madres o hermanas, cocinando, cuidando niños, tejiendo o haciendo crochet; les llamaba la atención la firmeza de mis convicciones.

Entre ellos, uno de los más interesantes, era Rafael Barrett, un intelectual anarquista de origen español. Él, tal vez sin habérselo propuesto, se convirtió en uno de los fundadores de la literatura paraguaya de denuncia, sobre todo, de las condiciones infrahumanas en las cuales era explotado el mensú. Yo no me perdía sus valientes artículos, merecían mi admiración.

Decía de mí que yo era «La reina de la colmena», y así me sentía yo. Solo con ellos (con los hombres), podía hablar sobre temas de interés común. Sobraban los dedos de una mano para contar a las mujeres que leían y escribían literatura, ensayos o investigación.

Nuestro país aún estaba devastado por los estragos que había hecho la Guerra Grande, y se le sumaba el hecho de hallarse inmerso en una profunda inestabilidad económica. Las diferencias políticas eran caldo de cultivo para reiterados enfrentamientos armados. Las mujeres teníamos muy pocas oportunidades, había una terrible desigualdad en todos los campos.

Yo era una librepensadora muy inquieta, y me gustaba mucho compartir mis ideas. Me llamaban

de distintos lugares para formar parte de diversas agrupaciones, nunca me negué. ¡Hasta encabecé una movilización! Lo hice para solidarizarme con las mujeres compatriotas, que como yo, deseaban la paz. Estábamos cansadas de tanta guerra.

Fui enérgica, sí, no me faltó fortaleza para recibirme de abogada. Para que me otorgaran el título y poder ejercer la profesión, en parte de mi tesis, hablé sobre la desprotección de la mujer, que, a mi parecer, era una falta de humanismo. Dijeron que me atreví a cuestionar y desafiar la antigua y aceptada creencia de que la misión más importante de la mujer era la de ser madre. No fue esa mi intención, sino hacer ver mi parecer: valorizar nuestra dignidad, ya que sostener que la maternidad era lo único y más importante para nosotras, significaba que nos desvalorizaban, al punto de que se podría considerar que éramos biológicamente inferiores.

Finalmente, obtuve la aprobación para ejercer la profesión; me dijeron que, aunque polémica, mi tesis fue brillante. No desaproveché la oportunidad para resaltar que era inadmisible que se nos siguiera negando el derecho a votar, pues sin el voto femenino, la democracia seguía estando incompleta.

Ejercí la docencia y hasta llegué a ser parte integrante del Tribunal Superior de Justicia. Fue un honor que lo tomé como un servicio a mi país, y como el triunfo de una mujer que representaba a las que no tenían voz.

Pero, no quiero hacer aquí una lista larga y aburrida de mis conquistas. Para mí, ser activa en la sociedad, era como un mandato implícito que recibí de mi familia.

Bastante se habló sobre mí. Muchos hacían caso omiso de mis logros, se escandalizaban del aspecto privado de mi existencia. Por algo se llama privado. Pero, en ese entonces, la sociedad se creía dueña absoluta de la intimidad de todos los habitantes de nuestro pequeño país.

Cuando Honoria vino a vivir conmigo a Asunción, para guardar las apariencias, se tuvo que convertir en mi secretaria. La palabra secretaria deriva de la palabra «secreto». Nadie tenía derecho a saber lo que yo hiciera en ese sagrado recinto conformado por mi despacho y mi hogar.

Intentaron amedrentarme, ningún desaire me desanimó; al contrario, cada murmullo despectivo, cada risa burlona, todo me daba más fuerzas; los escarnios se convertían en un desafío y en un incentivo a la vez.

Cómo podía importarme que les pareciera ridículo mi sombrero ladeado, que dijeran que se estaba por caer. Me tenían sin cuidado esas nimiedades; yo solo estaba empeñada en servir a mi país, con las armas que tenía: mis estudios y mis ganas de apoyar a Paraguay. Mi meta más anhelada era poner el hombro a la reconstrucción.

Decían que yo era la reencarnación del mal, un mal ejemplo para las recatadas señoritas de sociedad. Las madres, hasta les tapaban los ojos a sus hijas cuando yo me acercaba.

Repito, todo me hizo más fuerte. Inmune a la opinión de los demás, me tracé un rumbo, un norte.

Mi brújula eran mis ansias por saber más, y poder ayudar al semejante.

El escándalo de mi relación con Honoria acrecentaba nuestro amor. Sí, fue una gran historia de amor, de las que merecen ser escritas.

No les bastaba con todos los aportes que hice a la educación, en salvaguarda de los derechos de las mujeres de mi país. Decían que yo era una prestigiosa abogada y una enérgica intelectual, y sí, lo era.

Ambas estábamos totalmente desprotegidas, expuestas al ingrato juicio que nos tenía reservado la sociedad. Pero a pesar del caos reinante y de la hostilidad de los asuncenos, pudimos vivir juntas, sorteando la incomprensión y, en no pocas ocasiones, las burlas de los habitantes de la ciudad.

Nuestro Código Civil era una copia del argentino, redactado para un mundo donde el hombre jugaba el papel de amo y señor de las mujeres de la familia. ¡Imperaba el machismo! Ni las mujeres de buen pasar económico, tenían la seguridad de un porvenir tranquilo; podía ocurrir que el esposo dilapidara en malos negocios la fortuna que un padre había dado como «dote» a su hija; ella no tenía más derechos que los que su padre o su esposo le quisieran dar. Nuestra condición, nos hacía depender de por vida de nuestros hombres.

Ser soltera era una especie de maldición, sobre todo, teniendo en cuenta que veníamos de un genocidio, que casi nos dejó sin representantes del género masculino. Este escenario era más que propicio para que los hombres tuvieran más de una familia que mantener, a veces, en detrimento de la familia oficial o legítima.

La mujer no podía hacer nada más que callar. Sabía que, al alzar la voz, la esperaba el escarnio de propios y extraños.

La discriminación y presión social que sufrí, no hicieron mella en mi espíritu. El desprecio de los que me evitaban me rodeaba de una coraza invisible y por eso más fuerte aún. Mi determinación y entrega a mis propias ideas me ayudaron a no claudicar. Ante cada desaire, yo respondía con la búsqueda de mayor capacitación: esa que me permitió después defender a mujeres embaucadas por negociantes deshonestos. Claro que podía entenderles. Yo, simplemente, no encajaba en el molde. Siempre se ha temido a lo diferente y, a qué negarlo, yo era muy diferente a las jovencitas de aquella Asunción de mi generación.

Cuando me inicié en el ejercicio de la profesión de abogada, llamé a mi hermano mayor para que me ayudara en el estudio jurídico. Como dije antes, fui, en ese aspecto, muy afortunada; y así como mi familia me apoyó en los estudios, yo también, en su momento, alenté a mi sobrina Georgina Dávalos a concluir sus estudios. En una oportunidad, estuvo tentada a desistir; entonces, le sugerí que no hiciera caso a la gente, pues a mí también me habían criticado mucho por querer estudiar.

Valió la pena. Con el tiempo, fue un motivo de orgullo, ya que se convirtió en la tercera mujer médica del Paraguay. Logró formar, en el interior, a enfermeras que, llegada la Guerra del

Chaco, fueron de inigualable ayuda para nuestros soldados.

En ocasiones, Honoria y yo paseábamos caminando y, otras veces, en auto. Se apartaban de nosotras, cual si fuéramos bichos raros. No era nuestra intención fastidiar a la gente de la época, para quienes esos paseos eran un descaro. Era inconcebible para la sociedad, vivir libremente como lo hacíamos nosotras. Hasta piedras nos tiraron, vociferando improperios cuando, en una ocasión, tuvimos que detener el auto, frente a una procesión religiosa.

Honoria y yo estuvimos juntas hasta la muerte; nuestro compromiso no fue ante un juez, testigos ni ante el altar de la iglesia. Nuestra unión no encuadraba en ninguno de los parámetros ni normas imperantes. Para la mayoría, lo nuestra era, a todas luces, un error. No recuerdo quien haya empatizado con nosotras. Luego, en consecuencia, ese contexto nos hizo más unidas. Fue inolvidable lo que nosotras llamamos nuestra luna de miel, en el Hotel del Lago en San Bernardino. Ese sí era un ambiente amigable, compuesto por algunos extranjeros, que estaban más centrados en vivir sus vidas y aventuras, sin interés en perder el tiempo, fijándose en la vida ajena.

Los atardeceres del lago fueron testigos de nuestras largas y tranquilas caminatas a su orilla, lejos al fin de miradas acusadoras.

Solas celebramos nuestros aniversarios. Llegamos hasta las bodas de jaspe (1915 a 1957); el jaspe es una piedra que simboliza energía, fuerza y vitalidad. Honoria me dio todo eso, y también me apoyó para llevar a término mis ideas y proyectos.

Por supuesto que yo no podía esperar que todos los miembros de mi familia nos comprendieran. Les era imposible asimilar nuestro amor, más fácil era fingir que no se daban cuenta. Insistían en describir a Honoria como mi amiga inseparable, secretaria fiel, dama de compañía, entre otros nombres que sonaban celestiales y eran digeribles. Intentaban disfrazar o disimular lo obvio, para que no incomodara tanto.

Me visitaban, a veces, sobrinos y otros parientes. Pero por la presencia de Honoria, que tal vez celaba, ellos se sentían incómodos. Con el tiempo, dejaron de venir.

Me fui consumiendo lentamente. La diabetes fue haciendo estragos en mí. Preferí ocultarme de todos; en las postrimerías de mi vida, solo con Honoria me sentía protegida y a salvo. Vivimos como un exilio interior. ¿Para qué molestar a los demás?

A pesar de que Honoria, como única hija, heredó muchos bienes de su padre, inclusive una estancia en el Chaco, ya hacía mucho tiempo que yo había tomado la precaución de poner mis bienes a nombre de ella.

Eso sí, nunca, mientras tuve fuerzas, dejé de trabajar. Nicasio me ayudó hasta que tuvo su derrame. Cada año que yo renovaba mi carnet de abogada, al mismo tiempo, le renovaba el suyo, de procurador. Nuestro estudio jurídico, estaba en pleno centro, cerca del Tribunal. No muy lejos de allí, quedaba la casona donde vivíamos. Sé que luego se tejieron algunas hipótesis, entre ellas, que yo misma había pedido a Honoria no ser visitada por nadie, o que ella prohibió a mis

parientes que me visitaran.

Nunca imaginé, que llegaría el día en que hasta podrían llamarnos «Pioneras». Que habría retratos míos reproducidos por doquier, ni que podrían escribir, lo único que no me animé: mi historia de amor con Honoria.

Nosotras no necesitábamos hombres. Éramos autosuficientes. Teníamos también, nuestras pequeñas veleidades, llegamos a traer de París, por encargo, joyas, sombreros y otras prendas, que no se encontraban por aquí. La suma de todo, además de la consabida incomprensión hacia nuestra relación, pudo haber generado envidia.

El brillo de mis logros, ya me encandilaba. Apartarme de todo, no fue dejarme morir. Era el momento de la partida, en la intimidad, con dignidad, lejos de la curiosidad morbosa. Yo sabía que la culparían de mi estado, pero ¿qué podía hacer ella, más que acompañarme? Muchos la acusaron de mi abandono, del estado en el cual me encontraba en el momento de mi muerte. Pero nadie más que ella estuvo a mi lado.

El ocaso se acercaba. Creí encontrar en quien confiar, pero como pago, recibí traición. Solo buscaba una figura que protegiera nuestros bienes. Pero ya los años pesaban, y se notaba, por eso se aprovechó.

Tuvimos que mudarnos a la casa Número 815 de la Avda. Rodríguez de Francia. Un lugar muy diferente a la casona que habitamos tantos años. Después de la deslealtad que sufrimos, hubo que achicarse. No nos quedó otra opción. Fue terrible ser víctimas de tamaña felonía. A esa altura de los hechos, estar sobre un catre, en una humilde habitación, constituía un detalle mínimo.

Era el tiempo de los lapachos rosados en Asunción. Me despedía el mes de las flores, el mismo que me vio nacer y defender mi Tesis.

Sentía que las fuerzas me abandonaban y la debilidad me invadía. De repente, pesó la soledad. Aquellos muros invisibles, que, en un principio, fueron construidos como blindaje para protegerme de los demás, me convirtieron en una prisionera.

De nada sirvió que Honoria pidiera socorro al personal médico del Sanatorio Leriche. Consiguió que me viera el médico de guardia, Acuña Torres, pero ya no había nada que hacer. Y así fue, como me apagué, un 27 de septiembre de 1957.

A pesar del rechazo hacia mi vida privada, nunca pude imaginar que pensaran en negarme funerales cristianos. Yo era, igual que todos, hija de Dios. Si bien nunca llevé una vida religiosa, mi conducta de vida siempre buscó el bien común. Ese mismo que quiere Dios.

Una vez con el certificado de mi defunción en manos, Honoria buscó a un sacerdote vecino. Ese señor sí era un hombre de Dios. Cuando algunos de los que se enteraron de mi deceso, murmuraban victoriosos que no inhumarían mis restos en el camposanto; a escondidas, él y Honoria llevaron mi ataúd, a un lugar bien apartado, en el fondo del cementerio de la Recoleta. Estaba oscuro, aún no había amanecido. Solo estaban para enterrarme: Honoria, el sepulturero y

el padre. Les agradezco ese gesto.

Con el tiempo, construirían una tumba simbólica en un lugar destacado de la Recoleta. Pero eso ya no importa. Tuve una vida intensa, alcancé todas mis metas. Descanso en paz.

Lanzamiento

Fue muy lindo el lanzamiento del libro colectivo historias y relatos, de Tina y sus amigos.

Por fin Tina, a última hora, además del cuento “La casa verde”, envió el relato sobre Serafina, y lo tituló “El retrato de Serafina”, al fin y al cabo, lo que le había inspirado desde un principio, fue justamente el retrato de ella, que Marilú tenía en su oficina.

Las chicas fueron con un ramo de flores para ella. También asistieron la mamá, y la tía Ana, por supuesto. Hasta Cristi, del gimnasio, fue también con una amiga.

Nunca habían ido antes a un acto así. Estaban recontentas. Se sirvieron bocaditos, vino y gaseosas, después de la presentación, que estuvo a cargo del profesor de Tina. Fue en el Centro Cultural Manzana de la Rivera.

Todas compraron un ejemplar del libro, y Tina se emocionó cuando las chicas le pidieron que le dedicara un ejemplar a cada una. Ignoraban que este era el primero de muchos lanzamientos de libros en los que acompañarían a su amiga.

La casona

Tina sentía un inmenso vacío en el alma. Había pasado un tiempo prudencial desde que fue lanzado el libro colectivo donde estaba el cuento sobre Serafina. Justamente, una periodista amiga, lo publicó también en el suplemento cultural del diario donde trabajaba.

Su jefe le había felicitado, y como reconocimiento, le recomendó para una revista de la multimedia. Eso significaba un nuevo ingreso fijo para Tina. Más que la nueva perspectiva económica, a Tina le ilusionaba las expectativas que había generado en su jefe y otros compañeros del medio, su incursión en la literatura.

A pesar de todo, Tina sentía que aún le faltaba algo. Fue así, como sin habérselo propuesto, una tarde, luego de unos trámites en el centro, automáticamente, se dirigió a la calle Luis Alberto de Herrera. Pasó frente del Colegio María Auxiliadora, la calle Tacuary, y antes de Estados Unidos, a mitad de cuadra, divisó la casona donde habían vivido Serafina y Honoria.

Buscó un estacionamiento y luego, caminando llegó hasta el portón. Era una edificación construida a principios del siglo pasado. Podían observarse vestigios de pintura blanca y detalles de color coral. También se notaba que faltaban elementos como las cúpulas de los torreones, puertas talladas, las figuras de hierro forjado, los vitrales y las lámparas arañas. El estado de abandono era lamentable.

Siguió Tina, aferrándose a las rejas del portón. Un aire de antigua intimidad se percibía detrás de las persianas de un color celeste aclarado por el implacable sol de nuestro país.

Tina imaginó a Serafina, llegando tarde del trabajo, y a Honoria esperándola al terminar la escalera, entre las dos regias planteras.

El estilo de la casona era ecléctico vanguardista. Se observaban aún muchos elementos de distintos periodos. En la fina construcción, se encontraban presentes características que se comenzaron a usar a mediados del siglo XIX en Europa y que, posteriormente, se expandieron por el mundo.

Tina pudo apreciar estos detalles, por haber leído en un diario digital una descripción de la casona por parte de una arquitecta.

La casa, por su ubicación, aislada del centro de la ciudad, pudo haber sido una Villa como las que predominaban en los primeros cincuenta años del siglo pasado sobre la Avenida Mariscal López.

Lucía sólida y gallarda a pesar del abandono. Pensaba Tina: «Cuánto les habrá costado construir la propiedad, aún puede considerarse de un gran valor, sobre todo porque allí ha vivido Serafina».

Un velo de invisibilidad cubría esta casona, antes de que Tina se hubiera propuesto escribir el cuento sobre Serafina; nunca antes había reparado en ella. ¡Es tanta la dejadez de las autoridades sobre el patrimonio histórico edilicio de nuestro país!

Tina volvió a imaginar el momento en el que Serafina llegaba de su oficina, que no quedaba muy lejos. Estaba cercana al Tribunal de aquel entonces, hoy actual Ministerio del Interior. Tal vez, Honoria la esperaría con alguna bebida refrescante. Luego de lo cual cenarían juntas.

Habían tenido personal de servicio, con toda seguridad, máxime que Honoria y Serafina, ambas, provenían de familias acomodadas.

¿Cómo habría sido la rutina diaria de ambas? ¿Cómo fue que se animaron a enfrentar a aquel rígido orden social, sumamente conservador del Paraguay de inicios del siglo XX? Esas y otras ideas daban vuelta en la cabeza de Tina.

No, no estaba concluida la historia. Tendrían que venir otras Tinas a completarla.

Al cabo de un rato de mirar con pena la casona, Tina bajó de la grada a la cual había subido para observarla más de cerca y detenidamente. Se echó hacia atrás. Nuevamente sentía esa rara sensación de que la casa quería contarle algo más.

Tina sintió mucha frustración, no pudo resistir más, y se retiró del lugar. Buscó el auto del estacionamiento y se dirigió a su casa. Una vez allí, ya más tranquila, se propuso hacer algo más por el rescate de la memoria de Serafina, de su legado. Comenzó a averiguar qué podía hacer para ayudar a preservar la Casona, antes de que se derrumbara o cayera en el olvido.

Fue así como, buscando información en internet, se enteró de que en el 2021, la Secretaría Nacional de Cultura, declaró como Bien de Valor Patrimonial Cultural Nacional la casa de Serafina.

También la Secretaría Nacional de Cultura se encontraba trabajando en forma articulada con otras instituciones, en la puesta en valor de la edificación, y que a esta altura era considerada un icono de la ciudad.

No todo estaba perdido como había pensado Tina. Pensó en ofrecerse para ayudar en el proceso de rescate de la memoria de Serafina. Tal vez fuera poco lo que podía hacer, pero no dejaría de intentarlo.

Se propuso, como primer paso, escribir en la revista donde estaba hacía poco tiempo, un artículo sobre la casona. Le estaba yendo bien también allí.

La sensación de impotencia que sintió al principio fue dando lugar a la esperanza.

Amigas luminosas

Pasada la novedad del lanzamiento del libro de Tina y sus amigos, la rutina fue retornando a la vida de las chicas. Nori las invitó a cenar. Cuando llegaron a la casa, casi no pudieron creer que su marido las recibiera tan amable. Bernardo había cocinado paella, que era su especialidad. Parecía lejano el día en que la pareja había estado a punto de separarse. Era asombroso, para bien.

Sil había traído de postre, su famoso praliné. Marilú trajo dos botellas de vino, una para tomar y otra para obsequiarle a Bernardo. Tina fue la última en llegar. Como siempre, se le pasó la hora escribiendo. Ya sabían que se había vuelto una costumbre en ella, escribir a cualquier hora en que le surgiera la inspiración. Todas le disculparon porque trajo chocolates belgas para después del té o el café.

—¿Y qué estamos celebrando precisamente? — preguntó Tina, mientras se servía en un plato, arrolladitos de jamón y aceitunas, de la tabla de quesos que Nori sirvió de entrada.

—Que la vida es una fiesta, eso — dijo Nori levantando su copa cargada de gaseosa con abundante hielo—. Amigas del alma, gracias por haberme hecho el aguante cuando casi tiro mi vida por la borda; de no haber sido por la contención y el cariño con que me rodearon, hoy no sé si seguiría con Bernardo.

—Yo también quiero agradecerles —dijo Tina— por acompañarme en esta nueva aventura de mi vida, por estar siempre a mi lado, por bancarme tal cual soy.

— Para eso estamos, un brindis por las amigas luminosas —dijo Marilú, alzando su copa de vino, que le había servido Bernardo, antes de retirarse a ver la televisión en su cuarto.

—Chicas, gracias por estar siempre— agregó Sil.

Brindaron todas al mismo tiempo. Luego, las cuatro amigas, salieron al patio y miraron el cielo estrellado abrazadas.

En ese momento, Tina observó a Marilú, el corazón le latía fuertemente, fue entonces cuando recordó su visita a la casona de Serafina y Honoria. Se dio cuenta de que aquella interrogante que se había planteado frente a la casona era la que le decía que no había terminado el cuento. Sentía que, en su interior, crecía algo que había estado reprimiendo. Recordó, como últimamente lo hacía con frecuencia, que nunca había experimentado el enamoramiento hacia nadie. Era como un ser asexuado. Pero últimamente, era casi imposible ocultar la extraña atracción que sentía hacia Marilú. Temía hablarle del tema, en realidad, le producía pánico la idea de ser rechazada y perder su amistad. ¿Era eso lo que creyó presentir frente a la casona? ¿Tendría ella la oportunidad de vivir su propia historia de amor como Honoria y Serafina? ¿Sería Marilú capaz de entenderla? ¿Lo harían tía Ana, su mamá y las chicas? ¿Se quedaría sola? ¿Llegaría algún

príncipe azul?

—Tina, ¿qué te pasa? Pareces en trance— le increpó Nori.

—Nada— dijo Tina, mirando fijamente a Marilú— otro día les cuento.

FIN

La autora

Sofía Raquel Fernández Casabianca (Asunción,1964).

Escritora, Escribana Pública, Abogada y Mediadora. Es miembro de las asociaciones de escritores EPA, SEP, PEN y CIFATTE; y de fomento a la educación, ADEXTRA. Es integrante del Taller Literario del Club Centenario; y cursa el segundo año de la Escuela de Artes Literarias Josefina Pla, del Instituto Superior de Bellas Artes. Dirige en la actualidad, el Club de Lectura de Autores Paraguayos Contemporáneos.

Libros publicados:

La Caja de Latón (2018). Reseña de Cartas de familia, entre 1940 y 1947. El sobre azul de rafia. Cuentos (2020). Las madres de Antonella. Novela (2021). Concebida en la clandestinidad, un libro testimonial (2022). Primavera Gris. Cuentos, relatos y prosa literaria (2022). Velvet y otros cuentos (2023). Abrazo. Cuentos (2024). Todos en formato papel, Amazon y otras plataformas digitales.

Participó de algunas obras colectivas: “Alas de libertad, Historias del Buen Pastor”, “Historias en cuarentena”, “Memorias y escritos de primavera”, “Memorias y escritos de verano”; “8M-2022, Escritoras Latinoamericanas-Antología digital”, “Entre todos 7”, “Memorias y escritos de otoño e invierno”, “Jueves de 6 a 8”, “Palabras Malditas”, y “Esencias” Poemas de Amor.

LIBROS COLECTIVOS

2020

Historias en Cuarentena. Taller Literario del Club Centenario.

Alas de Libertad, Historias del Buen Pastor. Corazón Libre.

2021

Memorias y Escritos de Primavera. Cuentos. EPA.

2022

8M - Escritoras Latinoamericanas (Antología Digital). Memorias y Escritos de Verano. Prosa y Poesía. EPA. Memorias y Escritos de Otoño e Invierno. Poesía y Prosa. EPA. Como contar un cuento hoy. Taller de la Universidad Iberoamericana. Jueves de 6 a 8. Taller Literario del Club Centenario. Palabras Malditas. Antología de Terror. Esencias. Poemas de Amor. Honores Jehechakuaa. Poemas Patrios. 25 años escribiendo juntas. Prosa y Poesía. EPA. Entre todos 7.

2023

Multiverso. Obra colectiva del taller literario del Club Centenario. Cerebros Robóticos. Antología de Ciencia Ficción. Resplandores. Prosa y Poesía. EPA. Lo que dejamos atrás… Lo que vendrá (Antología Digital del Colectivo “Por las Huellas del Arte” integrada por escritores de 10 países). Palabras Libres. Prosa y Poesía. EPA. Entre todos 8.

2024

Arcanógrafos. Antología Fantástica. La otra voz. Antología Sicológica. Editorial Rubín (Argentina). Honores Jehechakuaa. Poemas Patrios II.

Leer «Las Chicas del Gym» es similar a ver un film de *Andréi Tarkovski*, el director ruso que, en sus largas escenas, describía visualmente la belleza de lo cotidiano, casi como obras de arte. La prosa de *Sofía Raquel* ha adquirido esa sutileza, los detalles casi fotográficos de lo que ocurre en el contexto social del gimnasio donde acuden *Tina, Nari, Sil, Marili y Sole*, son historias pequeñas que ocurren en cualquier barrio de Asunción, o de cualquier ciudad. El lector puede tener la seguridad de que leerá una obra que lo sumergirá en una historia que puede ser la historia de cualquier habitante de esta ciudad, o de otra, o de cualquier ciudad, el realismo es mágico cuando las descripciones son exactas para imaginarlas.

Osvaldo Olivera

Sofía Raquel nos ofrece en esta obra, el día a día de cinco mujeres que congenian y entablan relaciones amistosas. Entre una y otra actividad cotidiana de las amigas, emergen relatos de sucesos y situaciones, pasadas y presentes de su entorno que, sin duda, captarán la atención del lector y lo transportarán al lugar y momento de los hechos.

Mirella Cossovel de Cuellar

En «Las Chicas del Gym», aunque los relatos son sencillos y de fácil lectura, la autora logra tejer una trama que va más allá de la superficie, dejando en cada página un intrigante cuestionamiento. Con una prosa envolvente, *Sofía Raquel* llevará al lector a explorar las sutilezas y matices de las historias narradas, en un viaje literario que promete convertirse en una experiencia única e inolvidable.

Carmen Cáceres

Para mí, «Las Chicas del Gym» es un reflejo honesto y precioso de *Sofía Raquel*, una novelista en ciernes, una cuentista avezada y, sobre todo, una autora que aprendió a revelar la luz escondida en cada personaje, sin importar las sombras de su humanidad. «Las Chicas del Gym» es una oda a la amistad y a todas aquellas personas dedicadas a sanar el alma a partir de pequeños gestos.

Marco Augusto Ferreira